

RITA NIXON

*El amor
no es un
invento
de los
poetas*



Índice

Portada

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Créditos

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

CAPÍTULO 1

Comienzo a sentir un ligero mareo mientras miro las tapas de *maki* de anguila rebozado con semillas de sésamo sobre una mesa. Los colores llamativos se entremezclan en mi cerebro reconvirtiéndose en formas oníricas. Quizá me he pasado con el champán. Una imagen martillea mi cabeza mientras alargo la mano para comerme una nueva pieza de *sushi*. Es la de mi jefa Loles Bazán, la directora de *Metropolitan*, cuando tantas veces dice:

—Tengo que comer por lo menos cada tres días en un japonés o, si no, es como si me faltara algo.

¡Será puta! Con el sueldo que nos paga bien que ella se puede permitir comer en el Kabuki todos los días. Yo me tengo que llevar los *tupper* porque si no me dejo el salario en restaurantes. Es lo que tiene trabajar en una revista femenina de moda, y más que moda, corazón, cuya redacción se halla en el madrileño barrio de Salamanca. Pero claro, con los recortes y el descenso de ventas de la versión en papel de la revista, nos han dejado sin cheques de comida.

Pero eso no es lo peor. Como se cree Anna Wintour, le encanta humillarnos en público delante de toda la redacción. Quiere que veamos lo mala que es y que todos le tengamos miedo. Necesita escenificar su poder. A mi compañera Montse la machaca y está tomando pastillas para la ansiedad del estrés que tiene. Yo también tomo alguna pastillita que otra, desde lo de Esteban.

Pero eso no lo sabe nadie y vosotros no vais a abrir la boca, ¿verdad? Es que fue muy fuerte lo que pasó...

Quiero que sea un secreto para que nadie piense que soy una débil. Y menos que lo sepa Loles Bazán. Si detecta cualquier atisbo de fragilidad en mí, no parará hasta que me suicide.

Hoy la ha pagado conmigo. Resulta que he publicado en la web un reportaje sobre Fran Rivera en el que reconoce haber mantenido un romance en su momento con Lolita, la hija de Lola Flores, a la sazón amiga de la madre del torero, Carmina Ordoñez, y también exmujer de su padre, Paquirri. Como veis, la modernidad es un concepto que se queda únicamente en el título de la revista. El contenido es el de siempre, cotilleo *cum laude*.

Lo que ha pasado es que al ver que mi reportaje era tan potente, de los que a ella le ponen, Loles ha entrado en ebullición y se ha producido una explosión que ni las de Hiroshima y Nagasaki. La onda expansiva ha recorrido el palacete de la calle Ayala en el que se encuentra la redacción de *Metropolitan*, ha salido por la azotea y ha formado una nube negra que ha cubierto todo Madrid durante unos segundos. Y lo que es peor, el epicentro de tal desastre era yo.

¡Lo que ha podido soltar esa mujer por la boca! Se creará la directora de *Vogue*, pero muy fina no es. En su diarrea verbal, llena hasta la náusea de palabrotas, me ha amenazado cinco veces con despedirme y

tres con hundir mi carrera para siempre. Pero lo que ha querido decir es que hay que cuidar la cabecera y dejar los mejores contenidos para la revista, no quemarlos en internet. No se da cuenta de que la gente ya no compra en el kiosco, sino que consume *online*, y quiere las noticias cuanto antes mejor. Sigue viendo internet como el hermano pobre, la casta inferior del periodismo.

Y todo por culpa de la eterna guerra que Loles mantiene con la directora de la web, Noelia Linares. Dos personalidades egocéntricas y a cual más acaparadora de poder y méritos. Pero digo yo: ¿por qué su sangrienta pelea nos tiene que afectar a todos los redactores?

—¿Tú quién te has creído que eres, niñaata? —me ha dicho mientras le salía la bilis por la boca y hasta un ojo se le ponía bizco, que para dirigir una revista presuntamente de estilo de vida es bastante antiestético. Digo yo.

He mirado a mi alrededor y se me ha pasado por la cabeza contestarle que soy la única que ha conseguido exclusivas en los últimos dos meses. Pero en vez de eso, he dirigido mis ojos a mis compañeros y me he hecho bicho bola. O sea, que me he quedado callada como si quisiera ganar un concurso de mudos y mis ojos se han humedecido de tal manera que sólo tenía ganas de salir corriendo a llorar al baño. En ese momento, Loles se ha sentido la vencedora del duelo, su autoridad ha quedado manifiesta una vez más y se ha metido satisfecha y triunfal en su despacho.

Mis compañeros Hilario y Pedro, que son pareja, me han abrazado y me han acompañado al baño. Allí hemos llorado los tres juntos y nos hemos sentido como tres folclóricas en el entierro de nuestro amado torero. Para compensarme del día aciago, Sara, la de maquetación, me ha invitado a una fiesta de modernos en un ático de Alonso Martínez. Al principio he dicho que no, que sólo me apetecía quedarme en el sofá viendo una película de Julio Medem. Me ha entrado tal depresión sólo de pensarlo, que me he dicho: «O me suicido o salgo a conocer modernos».

Y aquí estoy en el salón de un pisazo de doscientos metros, reformado y decorado con un gusto exquisito por sus dueños, Fer(nando) Torregrosa y Carl(os) Satrústegui, los directores de cine del momento. Están celebrando el éxito en taquilla de su ópera prima: *El sable impecable*. Son pareja profesional y pareja sentimental, y la casa está llena de sus amigos gais y bolleras adulándolos y afirmando que no tienen nada que envidiar a Almodóvar o Amenábar. Lo típico de estos saraos *gilimodernitos*.

Yo no he visto la película, por lo que no tengo criterio para valorar su calidad cinematográfica, pero el título me horroriza, sobre todo por su simbología fálica. Y tampoco tengo nada contra el universo homosexual, el problema es que, después de lo de Esteban, ya no sé de quién fiarme. Y, por supuesto, estos ambientes dificultan enormemente mis posibilidades de encontrar al nuevo hombre de mi vida.

Alargo la mano y cojo mi décima *gyoza* bañada en salsa oriental. ¿Qué ingredientes llevará...? Mejor no intento averiguarlo.

—Perdona, la salsa te está chorreando un poco por la boca... —susurra una voz grave, como si fuera la de un locutor de radio de los programas matinales.

Me giro hacia él y, de repente, veo a Jesucristo que, vestido con túnica blanca y un escapulario, me mira de un modo aún más penetrante que la Tizona, la tuneladora que contrató Alberto Ruiz Gallardón, el que fuera alcalde de Madrid, para agujerear toda la ciudad y soterrar la M-30.

No penséis que estoy loca, es sólo que yo soy de imaginarme cosas. Pero cosas... muy extravagantes, muy... peculiares. Una temporada me dio por ver desnudos a todos los hombres que me iba encontrando, y

en una reunión con el presidente del grupo editorial, le solté:

—¡Don Arturo, qué bien le quedó la circuncisión!

Imaginad cuando volví a la realidad y me di cuenta de lo que había dicho y a quien se lo había espetado. También quise hacerme bicho bola, pero en lugar de eso me entró una arcada y unas enormes ganas de echar sobre la mesa de reuniones los raviolis rellenos de carne que me había comido al mediodía. Fue el propio señor Arturo de Gándara el que me acompañó al baño. Al final pude retener el vómito, pero la vergüenza no me la quita nadie. El presidente no me había acompañado sólo por ser cortés, que también, sino porque quería preguntarme cómo demonios sabía yo que él estaba circuncidado.

Pero volvamos a la aparición de Jesucristo. Esto es culpa de mi abuela, que cada vez que veía a Paul Newman o a Robert Redford en la tele decía que eran igualitos que Jesucristo. Se me quedó tan dentro, tan dentro que, ahora, cuando me topo con un tío bueno, me imagino a Jesús de Nazaret en todo su esplendor.

Y, en efecto, ante mí tengo a un hombre con todas las letras. Unos preciosos ojos negros color azabache que atraviesan mi pecho, un cuerpo esbelto como el de David Beckham, un morenazo a lo Don Draper en *Mad Men*, un exquisito estilo en la indumentaria al que un Brioni sienta de maravilla. Unos zapatos Versace, de esos que poseen la mejor horma para el caballero. En definitiva, un hombre que a buen seguro no es para mí. ¡Qué hombre, por Dios!

Rápidamente se me dispara la ceja derecha hacia arriba. Es mi detector de Eros. Cuando veo a un chico que me atrae, al mirarle, se me pone la ceja que ni al expresidente del Gobierno de España Zapatero. Menos mal que la gente no sabe identificar qué significa, pero yo sí: que estoy hablando con alguien con quien estaría dispuesta a llegar a algo.

—Perdona si te ha molestado lo que he dicho. Pensé que querrías saberlo —me explica Jesucristo, que así le voy a llamar hasta que me diga su nombre.

—No, no me molesta. Para nada. Esto... ¿Qué habías dicho?

—Que tienes la cara manchada con un chorrete de salsa.

Y en ese momento me doy cuenta de que probablemente estoy haciendo el ridículo y si tenía alguna posibilidad de pasar la noche con Jesucristo, esta posiblemente se ha esfumado. Saco el móvil, pongo la cámara en modo *selfie* y me miro la cara. No sólo tengo salsa, sino restos de arroz del *maki* y, sobre todo, un rostro que bien podría ser el de Marujita Díaz en sus últimos años de vida. ¡Qué mal me ha sentado la separación de Esteban, los casi treinta años y el *mobbing* al que estoy siendo sometida por la Loles Hijaputa Wintour!

Sí, casi treinta años. Me quedan treinta días para cambiar de decena. Para dejar de ser veinteañera, para convertirme en la versión 3.0 de mí misma, para comprobar con conocimiento de causa si es verdad que los treinta son los nuevos veinte o sólo es un invento de los treintañeros *peterpanes* para justificar su propia desorientación en la vida.

Cojo una toallita y me limpio el estropicio con la celeridad de Valentino Rossi lanzándole una patada a Marc Márquez. Perdonad la cita, pero es que a Esteban le gustaban mucho las motos. ¡Quién lo diría sabiendo cómo terminó el cuento! Miro a Jesucristo con mucha dignidad. Él no ha despegado la vista de mí, lo he notado, pero no creo que sea porque sienta algún tipo de atracción sexual. Será la fascinación por los frikis, como los que veían *El semáforo* o los que son capaces de tragarse horas y horas de los canales de videntes o de teletienda.

Le miro con la mayor dignidad que soy capaz de reunir y me presento:

—Me llamo Sol y soy especialista en cagarla en los momentos más inoportunos.

Jesucristo suelta una carcajada que resuena en mis oídos y me hace casi perder el equilibrio por la vergüenza.

—¿Esa es la frase que mejor te define? —me pregunta tras recomponerse.

—Una de ellas. Las tengo peores. ¿Cuál es la tuya?

—Me llamo Luis y me dedico a inventar sentimientos para que tú te gastes lo que ganas trabajando de juntaletras en un oficio que no te llena, porque te maltrata una jefa déspota.

Alucino. Lo sabe todo de mí. ¿Pero este tío quién es? ¿Rappel? ¿No será un holograma, otra de mis imaginaciones? Seguro que ha estado investigando mis redes sociales. No hay duda, es uno de esos tipos que saben todo de ti porque han rastreado en Facebook lo que has publicado tú o tus amigos. ¿O a lo mejor, esto es una cámara oculta...? ¡Joder, que me estoy obsesionando!

Pienso a toda velocidad en estas estupideces cuando, de repente, me fijo en que detrás del tal Luis, antes Jesucristo, veo a Sara mirándome con una sonrisa traviesa, guiñándome el ojo y señalando al guapo, presuntamente de manera discreta.

Por fin lo entiendo, ella le ha chivado al hombre que tengo delante todos los detalles de mi depresión. ¿Sabrá también lo de Esteban? Tengo que averiguarlo.

—¿Y eso a lo que te dedicas cómo es en cristiano? —le pregunto, tratando de poner el tono menos interesado que mi mente es capaz de imaginar.

—Soy creativo publicitario.

—¿Como Don Draper?

—Mucho más imperfecto. ¿Y tú tienes alguna otra habilidad aparte de cagarla en público?

Tengo que pensar a toda velocidad una habilidad que resulte interesante a Don Draper-Luis-Jesucristo. ¿Lo busco en Google? Creo que sería demasiado descarado teclear ahora en mi iPhone. Musas que nunca me habéis ayudado, ahora os necesito. ¡Por Dios!

—Yo sé hacer la gaita —le espeto a Luis sin poder controlar las palabras que salen de mi boca.

—¿Cómo?

—Dime una canción y te hago la versión gaitera sólo con mi voz.

No puedo creer que le haya soltado una parida de tal magnitud. Esto es el final. *The End*. La muerte de esta historia de amor neonata. Cuando iba a Berlanga, el pueblo de mis padres, mi amigo Pelao, que ahora es matarife de cerdos, me enseñó durante un botellón a hacer la gaita. No sé cómo, pero se me daba realmente bien. Diría que es lo único que hago a la perfección en mi vida. En lo demás que se supone que controlo no soy más que una mediocre y siempre estoy temiendo que descubran mi farsa. Pero lo de la gaita, lo reconozco, lo bordo.

—Venga, va, *Bailando*, de Enrique Iglesias.

Me quedo mirándolo durante treinta segundos teniendo la absurda esperanza de que se eche atrás en su decisión. Me mira invitándome con los ojos y su retadora sonrisa a proceder a mi actuación. Quién me manda meterme en estos berenjenales, como decía mi santa abuela, que en gloria esté. Además, ¿ha dicho Enrique Iglesias? ¿Esto es lo más moderno que hay en esta fiesta? Cierro los ojos y que sea lo que Dios quiera. Así que lenta, muy lentamente, coloco mi mano derecha en mi nariz, levanto el mentón y la mirada hacia el techo, estiro mi papada con la mano izquierda y comienzo mi interpretación.

Un sonido agudo, similar, no al de una gaita, sino al maullido de un gato al que le han pisado la cola, emerge de mi garganta, pasa por el filtro nasal de mi protuberante napia y acuchilla sin piedad las ondas acústicas del casoplón.

De repente, tan excelsa melodía se confunde con la carcajada de Don Draper y el innumerable coro de voces que lo acompaña. Termino mi interpretación, abro los ojos y allí están el señor disfrazado de hombre perfecto y todos los asistentes al cumpleaños, aplaudiendo sin cesar como si acabaran de ver una actuación de Tamara, la mala, la que se hace llamar Yurena por un litigio con la otra Tamara, la buena. Carcajadas que me parecen desproporcionadas, incluso para el alcohol y el nivel de coca y/o marihuana que probablemente lleven en el cuerpo.

Inmediatamente, un sentimiento de vergüenza pueril, extremo, mi acostumbrado sentido del ridículo durante el instituto, se manifiesta de manera contundente. Salgo corriendo como una exhalación hacia el baño, me encierro en un retrete de mármol con una taza de váter con forma de átomo y comienzo a llorar desconsoladamente. La segunda vez que me ocurre en este día.

Pero... ¿por qué lloro? ¿Qué me importa a mí lo que piense la gente? ¿Se reían de mí o conmigo? Todo el maremoto de sentimientos, sensaciones y estados de ánimo que me acompañan durante los últimos meses bulle dentro de mi cuerpo. Y de lo único que tengo ganas es de que explote mi cabeza y me deje en paz para siempre. A lo mejor debería acabar con todo.

Quizá si pienso mucho-mucho-mucho en un chiringuito de una isla paradisíaca, aparezca, por ejemplo, en Bali mediante eso de la teletransportación... O tal vez sea posible que me pueda meter por el váter y este me conduzca irremediablemente por un túnel hasta... hasta... Benidorm. ¡Dios mío, hoy me vale hasta Benidorm! Sólo hace falta desearlo con todas las fuerzas porque, como dice mi psicólogo, el de los ciento diez euros la hora, quien quiere, puede. Y yo...

—Sé que estás pensando que has hecho el ridículo, pero a mí me has ganado con tu interpretación. Es más, estoy pensando en incorporarla a alguno de mis *spots* publicitarios —dice Don Draper-Luis al otro lado de la puerta.

Su voz me hace pegar un respingo y volver a la realidad cuando ya me veía tomando el sol con un daiquiri en una mano y una novela de Federico Moccia en la otra. Abro la puerta y le miro fijamente a los ojos.

—¿En serio no te reías de mí?

—No, me reía contigo. Eres muy divertida.

Miente como un bellaco, o, mejor dicho, como un publicista, capaz de inventarse cualquier milonga para colocar su producto. ¿Qué querrá venderme? Sea lo que sea, lo compro, porque sólo escuchar esas palabras en un tono conciliador hace que me sienta casi como una infanta, dejemos lo de princesa y reina para más adelante. ¡Cómo nos manipulan los creativos publicitarios para convertirnos en robots consumistas!

De repente, una fuerza interior me empuja a hacer lo que hago únicamente cuando voy muy borracha. Me lanzo a su cuello y le doy un largo y húmedo beso. Menos mal que me lo acepta, porque no hay nada más triste que te hagan la cobra en un retrete.

Pero no, acepta, no me hace la cobra ni nada. ¿Alguien ha visto a un hombre haciendo la cobra? No son besos a lo bestia sino cortos, húmedos, diría que mucho más excitantes. Poco a poco su lengua juega con la mía y yo no me lo puedo creer. Estoy besando a Don Draper. Mi alucinación tiende a traicionarme

de nuevo y, por momentos, como tengo los ojos cerrados, imagino que estoy besando a John Hamm, el verdadero nombre del actor que interpreta a Don Draper en *Mad Men*.

Tiene la lengua de tamaño medio, ni demasiado corta, que casi no hace acto de presencia, ni una de esas lenguas de serpiente que se te meten hasta la campanilla si te despistas. Por un momento pienso: ¿el tamaño de su pene será proporcional al de su lengua?

¿Qué te está pasando, Sol? Hace seis meses había caído en un hoyo profundo y oscuro en el que la apetencia por el sexo era sólo un vago recuerdo y, ahora, de repente, estoy pensando en su pene. Un pensamiento que me hace abrir los ojos.

Y en ese momento me doy cuenta de que ya no estoy en el ático de Alonso Martínez rodeada de gais y bolleras *wannabe* en el mundo del cine. Me encuentro en el salón de Don Draper. O, mejor dicho, de Luis Moreno. Me ha traído hasta su casa sin apenas darme cuenta. ¿Pero este tío me ha drogado o qué? Bueno, y qué más da si me ha echado unas gotas del «beso del sueño». Yo, encantada.

Su mano derecha comienza a tocar mis tetas y poco a poco mis pezones tienden a endurecerse, mientras con la izquierda efectúa una incursión hacia las profundidades de mi ropa interior. El nivel de temperatura de mi cuerpo alcanza cifras del desierto del Sáhara al mediodía... Pero... un momento. ¡Dios mío! ¡No puede ser! ¡No me he depilado!

Más que el desierto del Sáhara, si Luis sigue haciendo su incursión en mi entrepierna, se va a encontrar con la mismísima Selva Negra. Rápidamente, me aparto de él en un movimiento de repliegue que ni la monja más casta del colegio en el que estudié.

—¿Ocurre algo? —pregunta Luis sorprendido.

—Tengo que ir al baño... Ya sabes, tanto champán en la fiesta... —Le driblo con un giro estratégico pensado un segundo antes de realizarlo.

Luis me indica «al fondo a la derecha», como en los bares, y entonces me doy cuenta de lo chulo que es el piso en el que me encuentro. Un espacioso salón decorado con muebles modernos y pinturas abstractas, tipo Chagall, puesto a la última en tecnología con un *smart tv* de 55 pulgadas y un equipo musical por *bluetooth*. Se escucha *Ziggy Stardust*, de David Bowie, el ídolo que se fue en silencio.

Llego a toda velocidad, me miro al espejo y observo mi cara de «estoy deseando acostarme con Don Draper, pero, ay qué horror, no me he depilado». ¡Cuchillas! Luis tiene que tener cuchillas de afeitar por algún sitio. Busco en todos los armarios del gigantesco cuarto de baño con un hidromasaje casi olímpico. ¡Lo que podría hacer yo con Luis en ese *jacuzzi*... y él conmigo!

No encuentro las cuchillas, pero sí doy con unas tijeras cortaúñas que me vienen perfectas para rebajarme el frondoso vello púbico. Una vez realizada la tarea con la precisión de un cirujano, descubro que hay una cuchilla de depilar en uno de los ángulos de la bañera. ¡Un momento, Sol, un momentito que aquí ha estado una mujer...! ¿Pero por qué te extrañas, descerebrada? Aquí vendrá una mujer diferente cada fin de semana, pero esta es tu noche y tienes que aprovecharla. Y no sólo porque llevas seis meses de sequía, sino también porque tienes para ti sola al tío más bueno con el que has estado en tu vida.

Emocionada por tamaño evento, comienzo a depilarme las ingles hasta que...

—¡Aaaaaaaaaaaaaah! ¡Ay, Dios mío; ay, Dios mío! ¡Madre mía, que me he cortado!

La sangre empieza a salir a borbotones y se forma un pequeño charco alrededor de mis pies. ¿Qué hago? Me echo agua, pero el líquido rojo no para de salir. Me arrastro hasta el armarito situado encima del váter y busco y rebusco hasta encontrar un poco de algodón clínico que, rápidamente, coloco sobre la

herida presionándola con fuerza.

¡Joder, cómo lo he puesto todo! La he liado parda. Esto no puede estar pasándome a mí. ¡No, por favor...! Esto es muy mío, pero no, por favor, que sea una de mis imaginaciones.

Va a ser que no.

Y me duele. Me duele mucho el corte. Es una zona especialmente sensible y... ¡Joder! Esto ha sido cosa de la bruja de mi directora, de Loles, seguro que me ha puesto la pierna encima para que no levante cabeza. ¿Pero qué coño haces, Sol, citando a los ilustres ignorantes de este país? Dios... ¿Qué hago?

Oigo unos golpes al otro lado de la puerta. Es Luis.

—¿Estás bien? ¿Tengo que llamar a una ambulancia o a la policía?

—¿Qué...? —le pregunto estupefacta.

¿Cómo puede saber lo que está pasando? ¿Tiene cámaras o qué? A ver si voy a estar en *Gran Hermano* de verdad y yo sin enterarme. Escaneo ocularmente el cuarto de baño en busca de algún artefacto registrador de vídeo hasta que...

—Que es broma. Oye, que no tardes mucho, ¿vale? Te espero en mi dormitorio, al otro lado del pasillo a la izquierda. ¿Sabes que la cama es el mejor lugar para fabricar sueños...?

—Ya salgo, ¿vale? Dame un ratito más, es que quiero estar muy guapa para ti.

—Para mí ya estabas perfecta, pero tú misma. Cuanto más tardes, más caros te van a costar mis servicios, que yo cobro por hora...

Río como una tonta la chorrada de Luis, porque supongo que no lo ha dicho en serio... Y tampoco creo que sea todo esto una broma pesada o un regalo celestial de mis amigas que, viendo que llevo tanto tiempo sin catar, quieren levantarme la moral. No, no puede ser, sería ya lo último.

Cojo el papel higiénico y empiezo a mojarlo en la sangre para, poco a poco, pero muy estresada, empezar a recoger el charquito y tratar de dejarlo todo como me lo había encontrado. Tiro el papel empapado en sangre por el retrete y, al pulsar la cisterna, observo como forma un remolino y la boca de porcelana blanca se lo traga. Presto atención a mi herida y advierto que por fin he conseguido cortar la hemorragia. Gracias a que me he echado unas gotas de colonia a falta de alcohol, el corte causante del estropicio ha quedado cerrado. Por si acaso, me pongo una tirita de Bob Esponja que he encontrado en un cajón.

Respiro hondo, hago pis, me lavo las manos y me dispongo a salir para reanudar el que va a ser el mejor polvo de mi vida.

Pero ¡horror! Cuando llego al dormitorio de Luis, después de perderme un par de veces a oscuras por la casa, observo que el atractivo publicista está dormido y, además, ronca, y de qué manera. No todo podía ser tan perfecto.

¡Se me ocurre la mejor de las ideas! Bueno, en realidad no es mía, la he visto miles de veces en las películas. Voy a despertarle metiéndome sigilosamente debajo de las sábanas y chupándosela. ¿Es demasiado osado...? Qué coño, es el polvo de mi vida, ¿no?

Al principio no surte efecto y aquello sigue más flácido que las nalgas de mi abuela, pero poco a poco voy logrando el objetivo y el palo comienza a ponerse enhiesto. Es el tamaño perfecto, mediano tirando a grande. Al menos de lo poco que yo conozco...

Luis me reclama y me coloco encima de él. Volvemos a besarnos, esta vez mucho más lascivamente que antes. Él desciende su mano a mi entrepierna y comienza a hacerme sentir aún más caliente de lo que

ya estaba...

—¡Ay, Aitor, ay! ¡Sí, Aitor! ¡Sigue, aaaah, ay!

Luis detiene en ese momento la manipulación clitoriana que estaba realizando y yo insisto en que continúe, por favor, que no me deje así. Que estaba a puntito.

—¡Ay, ay, ay, Aitor, ay! ¡Aitor, sigue, sigue!

—Has dicho... Aitor —me informa como quien de repente oye el nombre de alguien que conoce.

—¡Sí...! ¡Qué pasa! ¡Sigue, por Dios! No pares... —le suplico, presa de la desesperación de alguien a quien le han puesto el caramelo en la boca para arrebatárselo.

—¿Quién es Aitor?

—Mi psicólogo... Es que voy al psicólogo, ¿sabes? Pero no es que yo esté loca, no, ni mucho menos... Es por una tontería... Una relación fallida... Vamos, que todo el mundo lo hace en estos tiempos, ¿no?

—Si a mí eso me parece muy bien, pero ¿por qué te has acordado de él cuando estabas en pleno éxtasis conmigo?

De repente, caigo en la cuenta realmente de lo que acaba de suceder y Luis tiene razón. ¿Por qué en un momento tan crucial de mi vida, cuando estoy a punto de entrar en el paraíso, me acuerdo de Aitor, mi psicólogo, que, además, está felizmente casado?

La jodí y de qué manera. Iba a ser el polvo de mi vida y...

En fin, que la he cagado una vez más. ¡Si es que esto sólo me pasa a mí, si es que soy la leche!

Aún me acuerdo de aquella vez que, en plena excursión de fin de curso del colegio, le estaba contando a Ruth Orgaz, que era mi mejor amiga, que me había besado con Sergio Ariza. En ese momento, el tal Sergio pasaba por delante y negó la mayor. Me había pillado. No nos habíamos besado porque él me había hecho la cobra. Sí, un chico que hacía la cobra. Pero yo sólo quería fardar delante de mi amiga de haber besado al chico más guapo de la clase. Lo que yo no sabía es que, con el tiempo, Sergio se metería en una secta de esas que fomentan que hay que ser vírgenes hasta el matrimonio.

—Pues verás, me he acordado de él por error. Porque, no sé... Te llamas Luis, pero en realidad tienes cara de Aitor, ¿no te lo habían dicho antes?

—Una vez que fui a los Sanfermines, y estaba en una *herriko-taberna*, me lo dijo una vasca.

—¿Y qué hacías tú en una *herriko-taberna*?

—Un grupo *abertzale* quería contratarme para hacer una campaña publicitaria para captar más adeptos a su causa... La reunión fue allí.

—Y no lo harías, ¿verdad?

—No tenían suficiente dinero para pagar mi caché, pero por vender, yo vendo lo que sea...

—Pero el caso es que tienes cara de Aitor. ¿Ves? Asunto resuelto. ¿Podemos terminar lo que habíamos empezado? —le apremio sin disimular mi desesperación por acabar con mi sequía.

—¿Qué hora es? —me pregunta mientras busca su móvil en los pantalones tirados en el suelo...

Yo miro hacia la ventana y observo los primeros rayos de luz. La penumbra está dejando lugar a cierta claridad y soy capaz de fijarme en la decoración del dormitorio. Realizo una panorámica con mi mirada por toda la habitación, diseñada con un gusto sibarita propio de un amante de la estética y la apariencia. De repente, mis ojos se detienen en unas fotos en blanco y negro colgadas en una pared de color crema. Allí aparece Luis Moreno, impecable, como lo que he visto hasta ahora de él, junto con un

niño de unos seis años y una espectacular rubia. Los tres están en la playa, y ella, maravillosa, va vestida con un pareo blanco ibicenco.

—¡Dios, son las ocho menos cuarto, mi mujer y mi hijo llegan de Euro Disney en media hora y tengo que ir a recogerlos a la T4! Tomaban el vuelo a las seis de la mañana. Lo siento, pero te tienes que ir...
—El mazazo en forma de palabras procede de los labios de Don Draper.

¡Mierda! Lo tenía que haber previsto. ¡Cómo puedes haber pensado que a ti, Sol, te iba a pasar algo tan bonito! Una vez más me siento como si se hubiera caído el techo de la Capilla Sixtina sobre mi cabeza y ni siquiera Miguel Ángel fuera capaz de sacarme de los escombros. Como puedo, recojo mi ropa y me arrastro hasta la puerta. Veo la imagen de Luis diciéndome algo, pero ya no escucho sus palabras. Soy una zombi y lo único que quiero es salir de allí.

Camino por la calle como si fuera uno de los muertos vivientes de *The Walking Dead*, la serie favorita de mi ex.

Y lo peor... No tengo gafas de sol.

No te preocupes, Sol, el peor día de tu vida no puede durar más de veinticuatro horas. Me chorrea el optimismo.

CAPÍTULO 2

Como cada lunes a estas horas camino por la calle Ferraz en dirección a la consulta de mi psicólogo, Aitor Alegría.

Siempre suelo contarle cómo me ha ido la semana y esta vez, una de dos, o se muere de risa cuando se entere de lo que me pasó con el publicista el viernes pasado, o me dice la frase perfecta que me hace sentir mejor. Seguramente sean las dos cosas, ya que lo de desdramatizar los problemas es una de sus claves para conseguir que sus pacientes afronten la vida de otra manera.

Son las siete y media de la tarde, el sol aún está en todo su esplendor y la temperatura es perfecta para pasear por Madrid. Por este motivo, todas las terrazas están llenas de gente que sale de trabajar con ganas de tomarse una caña bien fresquita. Comienza la que para mí es la mejor época en esta ciudad, la primavera. Y no sólo porque queden justo veintisiete días para mi cumpleaños, lo que quizá en otros tiempos era motivo de celebración, sino porque una tiende a sentirse más optimista y con más perspectivas de conocer a alguien interesante. Aunque yo, de optimista, nada. Estoy a punto de cumplir treinta años y cada una de mis relaciones es más fallida que la anterior.

¿Por qué el publicista tenía que estar casado...? ¿Por qué ligó conmigo entonces...? ¿¡Por qué me manduco tanto el coco, joder!?

Saludo al conserje del portal de la calle Ferraz que hace esquina con Buen Suceso, en cuyo primer piso se halla la consulta de Aitor Alegría. El portero me saluda casi familiarmente, puesto que llevo cinco meses acudiendo cada lunes a las ocho de la tarde.

Me pregunto qué pensará este hombre de los pacientes que todos los días pasamos por aquí, qué locura tendrá cada uno, cuáles serán sus problemas, sus ensaladas de neuras. Me lo imagino colándose cada noche con su llave maestra en la consulta del psicólogo, leyendo los historiales de los pacientes y obteniendo material para escribir novelas de terror.

Se trata de un piso antiguo, techos altos y suelos de madera con varios balcones a la calle Ferraz, justo enfrente de la sede principal del PSOE. Uno de esos suelos que cruje al caminar haciéndote creer que estás en una película de miedo. Un suelo en el que, ni por asomo, podrás disimular cuando llegas a casa a altas horas de la noche y no quieres llamar la atención.

La secretaria del doctor Alegría, una señora con gafas antiestéticas y cara de no ser muy feliz, me hace pasar a la sala de espera, la típica estancia con dos sofás pequeños y varias sillas alrededor de una pequeña mesa de cristal sobre la que hay, desordenadas y deshojadas, varias revistas. Desde las típicas del corazón hasta aquellas especializadas en psicología, nutrición o deporte. No puedo evitar sentir cierto asomo de cabreo porque, una vez más, no hay ningún ejemplar de *Metropolitan*. ¡Joder, a ver si al

final voy a sentirme emocionalmente vinculada a la empresa!

Mientras espero, se asoman a mi cabeza los recuerdos del primer día que tomé asiento en la sala de espera, hace ya más de cinco meses, en una tormentosa noche del mes de noviembre. Yo no quería, pero mi hermana María José y mi madre se habían empeñado. Me habían visto muy mal después de lo de Esteban y dogmatizaron:

—Estamos en el siglo XXI. Todo el mundo va al psicólogo.

—¿Y vosotras por qué no vais?

—Nosotras no llevamos treinta y cuatro días sin salir de casa viendo telebasura y llamando a *Hablar por hablar*.

Hablar por hablar, ya sabéis, un programa de radio en el que los oyentes llaman para contar sus problemas y, luego, otros oyentes les dan consejos para solucionarlos.

Lo de comerme el coco, engrandecer los pequeños problemas y, en ocasiones, ahogarme en un vaso de agua me ha pasado toda la vida. Pero desde lo de Esteban, no dormía apenas y, por la mañana, era incapaz de levantarme de la cama. Me tuve que pedir la baja en la revista durante un mes, con el consiguiente mosqueo de Loles Bazán. No comía. Perdí cinco kilos que, por cierto, no hay mal que por bien no venga. Y un día me miré al espejo y pensé que estaba viendo el holograma de mi fantasma. Había tocado fondo totalmente.

Sí, ya sé que estáis pensando en qué fue lo que pasó con Esteban. No os preocupéis, que os lo voy a contar, sólo tengo que encontrar las fuerzas. Es que todavía hoy me duele, no porque ya no estemos juntos, que eso ya me da igual, sino por cómo sucedió todo. Pero comenzaré por el principio.

Conocí a Esteban cuando cursé el máster de periodismo del diario *El Mundo*. Él ya era un joven y prometedor periodista de la sección de cultura, tanto que un día el profesor de crítica cinematográfica estaba enfermo y vino él a sustituirle. Recuerdo perfectamente la primera vez que lo vi, tan guapo, con esas gafas de pasta que tan bien le quedaban y la barba recortadita.

Se notaba que era la primera vez que daba una clase en el máster y estaba un poco nervioso. Eligió como ejemplo *La red social*, la película sobre Facebook y Mark Zuckerberg, escrita por Aaron Sorkin y dirigida por David Fincher, que estaba en los cines en aquel momento. Se veía su pasión por el séptimo arte y su profesión. Y eso fue lo primero que me encandiló. Lo segundo lo descubriría muy pronto: su torpeza.

Estaba anotando en una pizarra una especie de fórmula para realizar el análisis de una película desde todos los puntos de vista (guion, dirección, realización, montaje, interpretación, etc.), cuando, al darse la vuelta, tropezó con una silla y cayó de bocas al suelo. De bocas literalmente porque sus preciosos y carnosos labios chocaron contra el piso de granito, provocando que la sangre saliera a borbotones de ellos. Yo, que me sentaba en la primera fila, corrí a socorrerlo. Saqué de mi bolso una toallita perfumada y empecé a limpiarle la boca, pero el alcohol que contenía la toallita provocó en sus labios un escozor descomunal y, en consecuencia, unos gritos auténticamente *tarzánicos*.

A la escena asistía toda la clase del máster entre divertida y anonadada, mientras yo no sabía qué hacer para que aquel hombre se callara.

Tanto grito me impedía seguir limpiando la herida y la sangre seguía manando, no sólo del labio sino, también de la nariz. Así que no sé qué me pasó por la cabeza para que mi mano fuese directa a su napa y se la tapara con mis dos dedos. Casi se asfixia el pobre. Entre el escozor, la sangre, la falta de aire y el

ridículo, aquel hombre me gritó:

—¿Pero tú qué quieres? ¿Matarme?

—Sólo quería ayudarte...

—Sí, ayudarme a morir. ¡Quita!

Esteban me apartó casi de un manotazo y salió de la sala totalmente avergonzado, y yo me quedé allí parada, mirando a los demás alumnos, que no podían dejar de reír. De hecho, alguno lo había grabado y lo subió a Twitter. Dios mío, me convertí en *trending topic* nacional porque, por supuesto, me mencionaron. Eso sí, me hizo ganar un montón de seguidores en la red social, lo que un par de años después me sirvió para conseguir el trabajo en *Metropolitan*. Por desgracia, ahora algunos medios valoran más tu número de *followers* que tu calidad como periodista.

Yo había conocido la torpeza de Esteban y él había experimentado la mía, que era como la suya, pero elevada a la enésima potencia.

No volví a coincidir con él hasta que, tres meses después, entré como becaria para hacer las prácticas en la sección de cultura. Se convirtió en mi jefe. Cuando me reconoció casi sale corriendo, pero luego conseguimos reírnos de aquella historia. Él también había logrado seguidores en Twitter y le había venido bien. Al final fue un *quid pro quo*.

Un día me dijo que si me apetecía tomar una caña después del trabajo. Y así otro día. Y otro. Hasta que uno de dichos días la cosa se alargó, nos besamos en un pub irlandés al lado del periódico y acabé en su casa, un apartamento en Chamberí.

De él me fascinaba su nivel cultural, la facilidad que tenía para escribir y que era un tipo transparente. O eso creía.

A los seis meses, cuando yo había acabado mi beca y estaba buscando trabajo, me fui a vivir a su apartamento. Nuestra vida transcurría entre ir al cine, comer en restaurantes diversos y hacer el amor. El sexo con él no era la bomba, pero en peores camas había toreado. Yo no disfrutaba del todo porque no le veía a él dando el máximo. No sé, había algo que no, que no...

La relación se volvió rutinaria en el último año y él menos fogoso aún. Cada vez hacía más planes por su cuenta sin contar conmigo y eso me mosqueaba un poco. Bueno, la verdad es que me molestaba bastante. ¿Me estaría poniendo los cuernos...? ¡Joder, qué ordinariez de frase, me parezco a mi madre! Pero no podía ser. Precisamente una de las cualidades que más me gustaban de él era su honestidad.

Pues sí que tarda hoy en llamarme el doctor Alegría. Qué raro, él no suele retrasarse. Bueno, así me da tiempo a contároslo todo.

Quise pensar que lo de sospechar que se estuviera acostando con otra era una de mis obsesiones nada más. Cuando tengo miedo de que algo ocurra tiendo a comerme el coco con ello y, en la mayoría de las ocasiones, todo suele ser producto de mi imaginación, pero no lo puedo evitar.

Pero en esta ocasión no era fruto de mi imaginación. La realidad superaba con creces la ficción.

Lo supe cuando mi amigo de la facultad, Fulgen, un gay promiscuo que piensa que todos los hombres son susceptibles de ser homosexuales, me envió una foto del tipo al que se estaba tirando su mejor amigo. Cuando abrí la imagen, me quedé estupefacta. Era Esteban e iba vestido muy raro. Pensé que era una de las bromas de Fulgen, pero luego me puso otra foto en el WhatsApp, la de Esteban con el citado amigo de Fulgen, un cachas con camiseta de tirantes. ¡Pero qué estaba sucediendo! Y ya la tercera imagen me mató. ¡Esteban y el cachas estaban besándose! ¡Joder, que sí, que me estaba poniendo los cuernos! Me desmayé

y caí redonda al suelo. Hasta que me hizo volver en mí el propio Esteban, que acababa de llegar a casa.

—Ahora entiendo por qué no lo dabas todo en la cama. ¡Te gustan los hombres! —le grité en cuanto reuní las fuerzas necesarias.

—¿Qué? ¿Pero qué estás diciendo? ¿Crees que soy maricón? ¿Eso piensa mi propia novia de mí? —me replicó con toda la hipocresía del mundo.

¡El muy cabrón lo desmentía! ¡Yo no podía creerme tanto cinismo! Por fin, cuando le enseñé las fotos que me había enviado Fulgen, se derrumbó y no tuvo más remedio que admitirlo todo.

Fui yo quien se fue de casa. El apartamento era suyo. Menos mal que no nos llegamos a comprar juntos un piso más grande, y eso que incluso estuvimos mirando posibilidades en alguna página inmobiliaria.

—Sol Llerena, puede pasar —me informa la secretaria del doctor Alegría—. Disculpa el pequeño retraso, el doctor ha tenido una llamada urgente.

Es momento de no volver a pensar en Esteban. Realmente lo tengo superado y ahora ya tengo claro que no fue culpa mía, que no ocurrió porque yo no fuera lo suficientemente sexy ni fogosa en la cama. Es sólo que Esteban había sufrido mucho interiormente durante un largo periodo de tiempo y ya, por fin, conmigo había salido todo a la luz.

Esteban está olvidado. Pero, ahora, en quien no puedo dejar de pensar es en Luis Moreno. Otra historia imposible. Y como es imposible, hala, a tomar viento.

Hablemos de Aitor Alegría, mi psicólogo. Tiene treinta y ocho años, el pelo negro como el azabache, una mirada de ojos verdes que es capaz de llegar al fondo de tu alma y el gesto serio, pero amable. Medirá alrededor de uno ochenta, está delgado, pero fibroso, y siempre va vestido con camisas de Adolfo Domínguez.

Sé perfectamente por qué cuando estaba en plena efervescencia amorosa con Luis Moreno-Don Draper me salió del alma el nombre de Aitor. Él ha sido quien me ha sacado del agujero, el que, dentro de que yo tiendo a darle vueltas a los problemas y eso va a ser así siempre, ha conseguido que me tome la vida de otra manera. Que mire hacia delante y no hacia atrás. Que sea más práctica y menos enrevesada. Que, dentro de lo que cabe, publicistas aparte, haya iniciado el camino hacia la consecución de llevar una vida razonablemente apacible.

Y, he de confesarlo, he tenido sueños eróticos con él. Vamos, que más que sueños, también me he masturbado con él. Y hasta la aparición de Luis Moreno en mi vida, era el hombre que ocupaba mis pensamientos.

Pero Aitor Alegría está casado. Así que se trata sólo de un amor platónico. Quizá sea como deferencia hacia él por haberme ayudado nada más... Yo qué sé. Quien dijo que a los treinta años ya se tenían las cosas más claras es que no ha vivido en el siglo XXI, es un cretino integral o ambas cosas a la vez.

—¿Qué tal ha ido la semana, Sol?

—Bueno, en el trabajo, la directora, Loles Bazán, sigue haciéndome la vida imposible. El otro día me gritó delante de todo el mundo, sólo porque había hecho bien mi trabajo para la web, no para la edición en papel.

—Ya hemos hablado de eso. No debes perder la compostura. No te pongas a su nivel. Por lo que dices, todo el mundo sabe de qué pie cojea. Tienes que ignorarla.

—Sí, pero es que no es fácil. Me hace dudar de mi propia profesionalidad, de si de verdad sirvo o no para mi trabajo. Ya te lo he dicho otras veces. Soy una mediocre y, en cualquier momento, alguien va a descubrir que no soy una buena periodista.

—Si te han contratado y te mantienen en tu puesto de trabajo, es que sirves para ser periodista. Créeme, ningún empresario contrata a nadie si no le sirve. ¿Estás buscando trabajo en otro sitio?

—En estos tiempos que corren es difícil buscar trabajo en otro sitio. Más si eres periodista. La profesión está por los suelos.

—Es paradójico, ¿verdad? Teniendo en cuenta que estamos en la era de la información, donde los ciudadanos están más al tanto de lo que sucede que nunca.

—Sí, tiene gracia. Pero sigo buscando y, a veces, estoy a punto de mandarlo todo a la mierda e irme a trabajar a un chiringuito de una playa brasileña.

—No es mala idea. Si al final lo haces, llévame contigo.

Un momento, ¿qué ha querido decir con eso? Supongo que será una broma. ¿O tiene algún significado más? ¿En serio se vendría conmigo a un chiringuito a Brasil? ¡Sol, no te rayes, por favor!

—Esto... Vale, pero vamos, que nunca me voy a atrever...

—¿Por...? No hay que tener miedo. Cuando uno tiene claro algo, debe obrar en consecuencia...

—Ya, pero es que yo no tengo claro nada. No me puedo tirar a la piscina así como así... ¿Tú alguna vez lo has hecho?

—¿El qué?

—Tirarte a la piscina cuando tenías claro algo...

—Alguna vez. Y alguna más debiera hacerlo...

Aitor se queda callado, pensativo, como si estuviera sopesando algo. Nunca lo había visto así. ¿Quién le habría llamado cuando yo estaba en la sala de espera? Es posible que esté teniendo algún tipo de problema, pero, obviamente, no me lo va a contar a mí, su paciente. Sería de locos. Bueno, aquí la loca soy yo y el cuerdo es él, que para eso es el psicólogo y cobra. Pero, obvio, él prefiere seguir hablando de mis problemas y no de los suyos.

—¿Estás con algún reportaje potente entre manos?

—Ando husmeando datos para encontrar más pruebas de que Fran Rivera se enrolló con Lolita. ¡Para lo que hemos quedado algunas, para escribir sobre cotilleos...!

—No te martirices por eso. Primero, tienes que comer. Y, segundo, la prensa del corazón, siempre y cuando no sea carroñera, es una especie de entretenimiento para mucha gente. Les ayuda a dejar de pensar por un rato en sus propios problemas. Digamos que, para algunos, tiene un indudable efecto terapéutico.

Mira por dónde, eso me ha hecho sentir mejor por un momento. No es que yo no fuera consumidora de prensa del corazón antes de trabajar en *Metropolitan*, que de vez en cuando entraba en la web del *Hola* y hasta alguna vez me compré la revista. Es sólo que cuando empecé a estudiar me imaginaba cubriendo las elecciones de Estados Unidos o cosas así. Pero, oye, si lo que hago sirve para ayudar a la gente, algo estaré haciendo bien.

—Visto así, la verdad es que tienes razón.

Eso es lo que me gusta de Aitor, tiene en cada momento la frase adecuada para ver las cosas de una manera positiva. Siempre ve el vaso medio lleno.

—Y hablando de cotilleos, ¿qué tal el finde? ¿Has salido? ¿Has conocido a alguien?

—Pues mira, sí. El viernes estuve en una fiesta en casa de unos directores de cine gais y allí conocí a un tipo, yo le llamo Don Draper, porque es publicista y es tan guapo o más que él...

—Y... ¿pasó algo?

—¿Que si pasó? Acabé en su apartamento. Que yo no soy de las de irme a la cama con uno la primera noche, por mucho que me guste. Pero, no sé, el tipo tenía una labia, supongo que es cosa de su oficio, vamos, que me engatusó. Y, bueno, también había tomado champán y algún que otro cóctel. O sea, que caí rendida...

—Vaya, no habías tenido ninguna relación desde lo de...

—Desde lo de Esteban. No, ninguna. No quería saber nada de los hombres, con perdón. Estaba inapetente. No me fiaba.

—¿Y ahora cómo te sientes?

—Ahora me fío menos.

—¿Por...? ¿No fue bien la cosa o qué?

—Fue genial, hasta que, cuando ya íbamos a meternos en la cama, me di cuenta de que no me había depilado las ingles... Y de ahí para adelante, un horror.

Le explico a Aitor, lo más aséptica que puedo, el episodio del corte en la depilación y la sangre a borbotones por todo el baño de Luis Moreno. Hasta que llego al momento en que el publicista me toca la entrepierna y grito entre gemidos el nombre de otro.

—Pero... ¿por qué le llamaste Alberto? ¿Quién es Alberto?

—Mi peluquero.

—Tu peluquero... ¿Heterosexual?

—Pues la verdad es que no se lo he preguntado, pero parece mariquita.

—¿Entonces?

—Entonces no sé, no sé qué me pasó... ¿Vale? Si lo supiera..., no vendría a verte a ti.

Si empiezo a mentirle a mi psicólogo, mal vamos, porque en poco me podrá ayudar, digo yo. Y las sesiones me cuestan una pasta, vamos, como para tirar el dinero. Claro que no puedo decirle que me salió su nombre cuando más caliente estaba. No puedo. No debo. Estropearía la perfecta relación psicólogo-paciente que tenemos. Me niego.

—¿Entonces, él se cabreó o qué?

—Se le cortó un poco el rollo... Aun así intentamos seguir, pero, claro, ya fue imposible.

—¿Alguien se quedó a media asta?

—No, estaban a punto de llegar su mujer y su hijo.

Y de pronto, no sé por qué, siendo un tío que conocí de una noche nada más, me pongo a llorar. ¡Por Dios, cómo me pasa a mí esto! Y, encima, no tengo ni un miserable baño al que correr a esconderme, ya que para ir al que hay en el piso, he de pasar por delante de la sala de espera, en la que seguro que hay ya más pacientes esperando su turno. Y no es plan.

Aitor se levanta de su sillón, rodea la mesa y se dirige hacia mí. Me coge del brazo para intentar consolarme, y ese simple acto hace que me sienta mucho mejor.

—Lo siento. Vaya palo. ¿Has vuelto a saber de él? ¿Te dio su móvil?

—No, salí de allí escopetada. Me he pasado todo el finde sin poder pensar en otra cosa.

—Bueno, sácale partido al incidente. Ha sido una buena experiencia, como para contar en las reuniones de amigas. Por lo de las ingles, me refiero. Y lo del peluquero... ¡Será una anécdota muy divertida!

—El problema es la querencia que tengo a encontrar hombres con alguna tara en mi vida. ¿No podrían ser como yo, normales? ¡Pues no, o son maricones o están casados!

—Es la tercera vez que oigo hoy esa frase. No sé si es un chiste o una realidad.

Me río. El idiota me ha hecho aflorar una sonrisa. Es verdad, es un chiste típico entre mujeres. Soy una mujer de chiste. Ay, Dios.

—Lo que pasa es que me obsesiono. Me obsesiono y no puedo dejar de pensar en otra cosa desde el sábado por la mañana. ¡Y ahora me pregunto a ver si la tarada voy a ser yo! Porque, digo yo, si no tuviera ninguna tara, no vendría a verte a ti. El problema no son los hombres, soy yo. Es normal que nadie quiera estar conmigo si estoy todo el rato con el coco encasquillado, si entro en un bucle sin fin con mis pensamientos. ¡Si es que no me soporto ni yo...!

—A ver, a ver, relájate un poquito. Estás entrando en eso que tú llamas bucle. Es un pensamiento erróneo. Lo único que tienes que hacer es no pensar en ello.

—Ya, claro, qué listo. ¿Y cómo coño se hace eso?

—Pues dejando abierta la puertecita de la jaula.

—¿Qué?

—Imagina que el pensamiento es un pajarito que se cuele en una jaula, que sería tu cabeza. Si intentas luchar contra el pensamiento, harás que la puerta de la jaula se cierre y este no sólo permanezca en tu cabeza, sino que se *enrabieta* y te haga daño. No, tú deja la puerta abierta. No luches por expulsarlo. Si tiene una salida, el pajarito estará un tiempo en la jaula, pero tarde o temprano se irá. Sin hacer ruido. ¿Comprendes?

Me he quedado mirando estupefacta los movimientos de manos que Aitor ha hecho imitando un pajarito. La verdad es que lo que dice, explicado por él, tiene sentido. Pero como si fuera tan fácil, joder.

—Sí, lo entiendo, pero sigo viéndolo muy complicado.

—Sólo tienes que tener claro el concepto y, después, aplicarlo. Al principio, te costará. Luego irá siendo más fácil.

—Ya, no es la primera vez que me lo dices.

—Ni será la última. Pero esto es como la gota china. Cuantas más veces te lo diga, más fácil será que tu cerebro lo asimile.

—No, si yo soy muy cabezota y cuando me pongo, me pongo. Como cuando me propuse sacar un ocho en selectividad para estudiar periodismo.

—Pues eso. Mira, además, he pensado una técnica que creo que te vendrá bien aprovechando que sabes escribir. ¿Alguna vez has escrito un diario?

—Me regalaron uno cuando era una chiquilla y solía escribir cuando había algún chico que me gustaba.

—¿Y alguna vez has tenido un blog?

—Escribía un blog de cine con Esteban, pero al final lo dejamos por falta de tiempo.

—Te propongo que escribas un blog de manera anónima. Y que en él cuentes tus dudas, tus obsesiones, tus pensamientos, lo que te pasa en el día a día...

—Pero cómo voy a contar mis problemas ahí, para que los lea todo el mundo...

—Nadie sabrá que son tus problemas porque nadie los identificará contigo... Además, te servirá como terapia. Es una manera de externalizar tus obsesiones, de verlas escritas por una extraña. Así podrás llegar a ser psicóloga de ti misma. Y, de esta manera, podrás darte consejos igual que se los darías a una amiga.

—¿Eso funciona?

—Créeme que sí.

—¿Y por qué tendría que hacerlo público? Lo puedo escribir en un documento de Word y guardarlo en mi portátil, ¿no?

—No funciona de la misma manera. Por un lado, tú no te abstraes de ti misma tanto. Y, por otro, es posible que tu blog lo lea alguien y te haga comentarios dándote consejos. Seguro que un porcentaje mínimo de esos consejos son muy válidos. Y apuesto a que tú sabrás diferenciarlos.

La verdad es que, a priori, no me convence mucho. Esta especie de confesionario de *Gran Hermano* me da mucho miedo. ¿Y si alguien descubre que soy yo? Me moriría de vergüenza. Tengo que pensar bien sobre esto para ver si me merece la pena.

De repente, vibra el móvil de Aitor. Este mira la pantalla, hace un gesto de estar harto de la persona que le está llamando y pulsa el botón que detiene el vibrador. En este momento no puedo hacer caso omiso a mi yo periodista. Ya está claro que Aitor tiene algún tipo de problema. ¿Será con su mujer?

—¿Todo bien? —le pregunto, tratando de usar un tono no demasiado entrometido...

—Tengo algún problema familiar... Nada serio.

—Cuando un psicólogo tiene problemas, ¿se puede tratar a sí mismo o tiene que acudir a un colega?

—Normalmente, los psicólogos van a otros psicólogos. Aunque, muchas veces, como te decía con lo del blog, lo mejor es hablarlo con alguien que sea buen oyente...

—Me ofrezco a ser tu oyente...

—¿Cómo? No, tú eres mi paciente... No funcionaría.

—¿Problemas con tu mujer? ¿No te habrá puesto los cuernos...?

Las palabras me salen de la boca casi sin pensarlas, sin ser procesadas por mi mente. Se ha instalado en mi cabeza la imagen de la mujer de la foto que está en la estantería al fondo, a la derecha, haciendo el amor salvajemente con un joven fornido de veinticinco años.

Dios mío, ¿pero por qué me meto en este berenjenal? Y a mí qué me importa. Por favor, Sol, deja de ser periodista por un día. O, más que periodista, cotilla, preguntona, figona, amante de los secretos ajenos. No tienes remedio. Seguro que te has cargado la relación con tu psicólogo.

—Sí —me contesta sin remolonear—. Se ha liado con un tipo diez años menor que ella.

—¿Y cómo te sientes?

—Libre. Tú no eres la única que ha estado perdida en la vida. Yo no tomé la decisión adecuada. Y, desde el mismo día en que me casé, no puedo dejar de pensar en ella.

—¿En tu mujer?

—En Clara, mi novia del instituto, una chica de mi barrio. Nos conocimos muy pronto... No puedo olvidarla... Siempre se termina volviendo al primer amor.

—¿Te vas a separar?

—Sí, pero aquí es donde empiezan los problemas. Cometí el error de casarme en gananciales y mi mujer me lo quiere sacar todo. Un consejo, nunca te cases en gananciales. No te aproveches de nadie ni dejes que se aprovechen de ti. Cada uno lo suyo.

—Tomo nota. ¿Y Clara? ¿Qué ha sido de Clara?

—No tengo ni idea. Pero ni la he olvidado ni creo que la olvide nunca...

Sus ojos me miran, pero su mente derrapa por las agris dulces colinas de la nostalgia... ¡Joder, menuda frase me ha salido! Ni el excelso Neruda.

—¿La buscarás?

Aitor se queda mirándome fijamente, sopesando si contestar a mi pregunta o no. Mira hacia la ventana, observando cómo la noche ya le ha ganado la batalla al día y tiene cerca de nueve horas por delante para inundar de oscuridad a todos los humanos. Entonces, alarga su brazo y consulta la hora en su reloj de pulsera. Y exclama:

—¡Tiempo! Se acabó por hoy... Ya vale de interrogatorios tipo revista del corazón, que yo también tengo que cerrar el chiringuito porque he quedado para cenar.

—¿Con quién?

—¿Con quién...? Anda, tira...

Qué tipo, cómo se ha escabullido. En ese preciso instante me doy cuenta de cómo me he enganchado a su historia como si fuera una telenovela. O, mejor, una comedia romántica de esas en las que al final él la encuentra a ella, se casan, viven juntos y comen perdices.

Qué momento más oportuno para tirarle los tejos... Se está separando de su mujer, está bueno, es un buenazo, me entiende perfectamente y me atrae en todos los sentidos... Pero no, no tengo nada que hacer porque su corazón, a día de hoy, lo ocupa la tal Clara. Y la pena es que lo más seguro es que ella haya rehecho su vida y hasta puede que tenga ya familia numerosa.

Y el mío... ¿Quién ocupa mi corazón...? Don Draper desde luego que no. Sólo fue un polvo de una noche. Bueno, ni eso, a eso no se le puede llamar polvo, ni siquiera polvito. Y ni he vuelto a verle ni volveré a saber nada de él.

En definitiva, sigo perdida. Pero más tranquila. No sé qué tiene este Aitor que siempre ejerce de bálsamo y apaciguador de mis turbulentas aguas. ¿Qué haría sin él?

Bueno, ahora viene lo duro de charlar con Aitor. ¡Jolín, ciento diez euros por una hora! Y así cada semana. Podría hacerme una rebaja por clienta habitual. Pero no, ni siquiera tiene una tarjeta de puntos o algo parecido. Una de esas que por cada cinco cosas te regalan una. Estos psicólogos no están a la última en *marketing*, pero lo cierto es que no lo necesitan, dada la demanda brutal de la sociedad actual. Cuerdos, cuerdos hay muy pocos o ninguno.

Le pago a la secretaria. En ese momento, aparece Aitor, coge su chupa negra de motorista y su casco y bajamos juntos en el ascensor. Nunca habíamos estado tan juntos. Ninguno habla. Noto cómo él está tenso. Como si fuera de su despacho de psicólogo no tuviera la misma seguridad que cuando juega en casa. A lo mejor le pongo nervioso, quizá le gusto. Pero no, no estaría bien. Parece estar volviendo al mercado y nuestra relación ha de ser puramente profesional.

No cruzamos palabra hasta el típico «Bueno, yo me voy para allá, que tengo la moto al otro lado» y el «Sí, yo me voy por allí, andando, que es bueno para la circulación, para la mía y para la de Madrid».

¿Podría haber elegido un chiste peor?

Intercambiamos dos besos, pero de esa manera tan ridícula en la que los dos ponemos el mentón hacia el mismo lado y chocamos las narices. Muy mío.

—Huy, perdón —se disculpa Aitor sonrojado.

—No es culpa tuya. Me pasa habitualmente. Y casi siempre, con los chicos más guapos.

Aitor sonrío e, inmediatamente después, se gira y se dirige con paso firme hacia su motocicleta, que veo a lo lejos. Lo observo durante unos segundos y parece una imagen de *spot* publicitario de colonia masculina, uno de esos en los que el guapo va paseando y todas las mujeres con las que se cruza se quedan prendadas de su aroma.

Ay, Dios, que he dicho anuncio y, una vez más, pienso en el maldito publicista. Te estás obsesionando, Sol. Acuérdate del pajarito con la puerta de la jaula abierta.

Una breve vibración en mi costado me anuncia que alguien me está enviando WhatsApps. Saco el móvil después de rebuscar entre los tres millones de objetos que habitan en mi bolso y compruebo que tengo varias llamadas de mi madre, de mi hermana María José y, al menos, cinco mensajes de esta última.

MJ: Sol, ¿dónde estás?

MJ: Sol, hazme caso, por favor.

MJ: Sol, por Dios, que tienes a mamá histérica y ella me lo está contagiando...

MJ: Que quiere saber si lo de Fran Rivera y Lolita es verdad.

MJ: Y ahora, sobre todo quiere saber si estás bien, que dice que no la llamas desde el jueves...

Sun: ¿Es que no sabéis que los lunes tengo consulta? Acabo de salir...

MJ: Tu madre anda a por uvas y yo tres cuartos de lo mismo...

MJ: Por un momento pensé que quizá habías conocido a alguien interesante este fin de semana...

Sun: ¡Qué pesada eres! Ya te he dicho que estoy muy bien sola.

Mentira cochina, pero bueno, que estoy harta de que mi hermana me restriegue su matrimonio perfecto.

Me dispongo a continuar por mi camino en dirección a mi piso en una paralela a la Gran Vía. En ese momento, oigo un chirriante frenazo de un coche y un ¡Bum! que retumba en toda la calle Ferraz.

Una terrible sospecha hiela mi sangre y asfixia mis pulmones. Corro perdiendo el aliento hasta el lugar donde se ha producido el accidente. Lo primero que veo es una moto de gran cilindrada tirada en el suelo, con los espejos y los intermitentes rotos, justo al lado de un Porsche Cayenne negro del que baja una mujer rubia de unos cuarenta y cinco años, una *femme fatale*, con los labios pintados de rojo y con tal cantidad de bótox inyectada en los mismos que parece tener dos plátanos. Bueno, más bien dos bananas.

Unos metros más allá se halla un hombre boca abajo sobre un charco de sangre y reconozco en él la chupa de Aitor. El casco ha desaparecido. Consigo darle la vuelta. Tiene un fuerte golpe en la cabeza del que chorrea sangre. Inmediatamente cojo su muñeca para tomarle el pulso.

Primero se cierran sus ojos...

Luego se cierra su corazón...

Para mí se cierra la esperanza...

CAPÍTULO 3

Si yo tuviera que elegir en este momento el lugar donde quiero que mis familiares y amigos velen mi cuerpo una vez haya fallecido, jamás me decantaría por el tanatorio de la M-30. Tendría que compartir espacio con otros cadáveres que, en salas contiguas, jamás libres de ruidos, murmullos y llantos, nunca me dejarían despedirme en paz.

El citado tanatorio tiene un patio interior, donde los allegados de los fiambres salen a desahogarse hablando de la inestable situación política, de la desastrosa temporada que está experimentando el Real Madrid o de lo buena o mala que era la persona que ha perdido la vida. Los mejores chistes siempre se han contado en los velatorios, pero eso era antes de que todos los asistentes se dedicaran a enseñarse los vídeos chorras que se comparten en los grupos de WhatsApp.

Cuando llego al poco agraciado edificio que diseñó Antonio Fernández Alba, a pocos metros de la mezquita en la que cuentan que se gestaron los atentados del 11M, queda sólo una hora y media para el entierro y posterior incineración. Así que subo la cuesta lo más rápido que puedo. Y sí, tengo comprobado que he de ir al gimnasio y que con las jornadas de compras no es suficiente, puesto que me falta la respiración. Está claro que llegar a los treinta tiene que suponer un punto de inflexión en mi vida, sobre todo en cuanto a alimentación y ejercicio físico se refiere.

Al lado de la puerta principal se encuentra el bar del tanatorio, el local con las copas más baratas de Madrid, donde solía iniciar las noches de juerga en los tiempos de la universidad. Una opción bastante mejor y más calentita que el botellón a cero grados de temperatura en la plaza del Dos de Mayo.

Al pasar por la puerta de la cafetería me encuentro a mi primo Tomás. ¿Cómo no lo había pensado antes? Trabaja como gerente del tanatorio de Madrid desde que tenía veinticinco años y ya tiene cuarenta y cuatro. Vamos, que se ha pasado la vida entre cadáveres. Él suele decir que son mejores que los vivos porque ni te engañan ni te dan la lata ni te quitan a tu mujer. Esto lo comenta desde que la que era su esposa le abandonara por su mejor amigo.

Al verme, Tomás se sobresalta.

—¿Se ha muerto alguien de la familia?

—No, un amigo.

—Ah, menos mal. Mira que el tío Eulogio está pachucho, tiene ya ochenta y siete años por lo menos. Por cierto, ¿sabes que el otro día me encontré al primo Juanjo? Se ha comprado un BMW el tío, yo no sé de dónde saca la pasta porque con lo que gana en el ayuntamiento...

Había olvidado la infinita capacidad de Tomás para mostrarse totalmente insensible a los muertos ajenos, aunque supongo que es algo que va en el cargo que ostenta. Y, sobre todo, su charlatanería

aburrida. Me atrevo a asegurar que tiene el récord Guinness de palabras no interesantes verbalizadas en un minuto. Y yo estoy con prisas, que no llego. No tengo más remedio que cortar por lo sano, en caso contrario seré yo la que acabe en una de las salas por suicidio inducido por mi primo.

—¿Sabes en qué sala está Aitor Alegría?

—En la nueve, creo...

—Gracias...

Me dispongo a girarme para ir a buscar el mencionado velatorio cuando mi primo Tomás me agarra por el hombro...

—Pero espérate diez minutos, mujer. Nos tomamos aquí una caña, que están superbaratas, a un euro...

Además, hace cuánto que no nos vemos, ¿desde el entierro de la tía Josefa María?

Sí, es el típico primo al que sólo veo en los entierros, las bodas y las comuniones. Y precisamente en los sepelios no falla, porque al ser él un jefe del tanatorio, siempre se encarga de organizar todos los papeles a un módico precio con descuento para familiares. En las bodas nadie quiere sentarse junto a él porque monopoliza la conversación y no te deja hablar con nadie más... No me miréis así porque seguro que en vuestra familia también tenéis uno.

—Tomás, ahora no puedo. Quizá en el próximo entierro. Me tengo que ir.

No espero a su contestación y me dirijo a la sala indicada, rauda y veloz, sin querer mirar los dramas de los demás invitados a la fiesta de la muerte, la mayoría de ellos fumando como carreteros en ese vergel de plantas de centro comercial al que dan todos los apartamentos mortuorios. Imagino que si pasas más de veinte minutos respirando ese aire, tienes muchas papeletas para acompañar a los protagonistas de la noche. Y, por fin, llego a la puerta de la sala nueve.

Deberían haber puesto el cartel de aforo completo porque dentro no cabe ni un hilo dental. Pocos segundos después de entrar, mientras trato de abrirme paso entre la marabunta, me topo con una señora vestida de negro, rímel corrido por las lágrimas y pañuelo en mano para secárselas.

—¿Y tú quién eres? —me pregunta con la expresión de quien siente invadida su intimidad—. ¿De qué conocías a mi hijo?

—Yo... era... su amiga. —Si le digo que era su paciente, igual se piensa que estoy loca.

—¿No serías su amante? Mira que mi nuera me dice que mi hijo tenía un lío y yo le he dicho que eso es imposible.

—¿Un lío? No, yo sólo soy su amiga. Trabajábamos juntos...

—Pues dame un abrazo, hija mía. Y llora un poquito conmigo, que el Señor se nos lo ha querido llevar. Tan pronto, tan joven...

La madre de Aitor me da un achuchón fuerte con sus inmensos senos amelonados y se pone a sollozar en mi hombro.

No puedo evitar emocionarme y diez o doce lágrimas furtivas escapan de mis ojos recorriendo mis mejillas casi hasta las comisuras de los labios. Siento el amor de esa mujer hacia su hijo y reconozco en mí misma un halo de amor hacia mi psicólogo. Pero no se trata de un amor sexual ni romántico, simplemente como si él fuera alguien de mi familia, a quien tengo un aprecio especial, un ser de misma o parecida sangre.

—Anda, ve a verle y a despedirte de él. Está como dormidito... —me anima la señora, al tiempo que me doy cuenta de que muchas miradas se fijan en mí, como buscando algo de alivio en mi complicidad.

Me dirijo hacia el cristal para darle el último adiós a Aitor e intentar que me transmita los postreros retazos de esa paz y raciocinio que emanaban de sus consejos. Me veo obligada a esperar, ya que tengo delante, pegados al cristal de la pecera, a tres fornidos deudos. Algunos familiares, a mis espaldas, poco respetuosos con mi difunto psicólogo, comentan historias ajenas al momento.

—Eran unos neonazis que habían ido a buscar negros y latinos por el barrio de Tetuán, y tuvo la mala suerte de encontrárselos cuando volvía de trabajar por la noche —cuenta un joven de unos treinta años a un señor de unos cincuenta con bigote y barriga de buen vivir.

—El pobre Moncho... Desde que lo adoptaron, sus padres nunca habían tenido ningún problema por el color de su piel. De hecho, él defendía a *todo* el mundo, incluso a los racistas. Y ahora van unos *skins* y lo rajan por ser negro...

Qué historia más triste, pero ¿de quién están hablando? ¿Tendrá algo que ver con el psicólogo...?

Por fin, los tres *armarios* se separan del cristal y puedo ver el cadáver de Aitor, la verdad que bastante desfigurado... Negro como un tizón... Tumbado dentro del féretro como si estuviera echando la siesta...

Pero... ¡Ay, que este fiambre no es mi Aitor, que me lo han cambiado! ¡Que se trata de un señor de raza negra!

Ay, Dios mío, ¿dónde me he metido? ¿Pero qué vela se me ha perdido a mí en este entierro? Que la he cagado por culpa del gilipollas de mi primo. ¿Y cómo salgo yo de esta?

Ahora caigo. Desde que era pequeño, Tomás siempre había confundido el seis con el nueve. Era un disléxico numérico. Le ha pasado toda la vida y no veas qué follón a la hora de marcar los teléfonos. ¿Y cómo no me he acordado?

Me santiguo delante del tal Moncho y, disimuladamente, inicio el camino de vuelta. Después de detenerme varias veces para intercambiar con familiares y amigos los típicos «Se van los mejores», «Era una gran persona» y «No somos nadie», y tras prometerle a su madre que quedaríamos a tomar un café para contarle cosas de su hijo que ella no supiera, alcanzo la puerta de la sala y salgo. Me fijo en el nombre del fallecido que pone en la puerta: Ramón Santos Montes.

En el patio interior siguen fumando los mismos de antes y traigo tal estado de tensión que estoy a punto de pedirles un cigarro. Pero me contengo. Debo decidir si voy al bar a asesinar a mi primo o hago una incursión en la sala seis. Mejor me quedo con la segunda opción. Tengo menos posibilidades de ir a la cárcel.

La sala número seis sí que tiene en el cartel situado al lado de la puerta el nombre de Aitor Alegría. Es él, no hay duda. La estancia está mucho más vacía que la anterior: tres o cuatro corrillos; un guaperas solitario rubio, con barba y gafas de *johnlennon*; oteando el ambiente, dos tipos de entre treinta y cinco y cuarenta años en una esquina comentando un penalti que, por lo que he oído, no era penalti, y dos señoras mayores en un sofá hablando en voz baja.

Cerca de las anteriores, ensimismada en escribir algo en su móvil, la viuda de Aitor, nada doliente por cierto, a la que recuerdo de la foto que vi muchas veces en la estantería de su consulta. Es una mujer de unos treinta y cinco años, morena, más pintada que un cuadro barroco, con perlas en las orejas, vestida con un traje de chaqueta negro como si acabara de llegar de un viaje de ejecutivos del puente aéreo Madrid-Barcelona.

Ah, y un perro. Por cierto, bastante más compungido que la santa esposa del finado.

Me dirijo hasta el cristal para darle el último adiós, segundo intento, y allí está, dentro de la caja, con las manos juntitas y un excesivo maquillaje que hace que le brille la piel de la cara. Tiene mucho mejor aspecto que la última vez que lo vi. ¿Por qué te has ido? ¿Qué voy a hacer yo sin ti? ¿Quién me va a repetir hasta que me entere que tengo que dejar la puerta de la jaula abierta...? Me siento como una viuda sin serlo, no por el amor que no siento por él, creo, sino por la sensación de vacío, por la necesidad de apoyo al haber perdido el asta que me sostenía.

De repente, mientras lo miro, no sé si son imaginaciones mías, pero noto cómo se le mueven las pestañas. Agudizo la vista y sus ojos se abren. Como quien se despierta de un largo sueño. Gira su mirada hacia mí y me sonrío, pícaro. Se siente demasiado encogido dentro del féretro, eleva las rodillas y se apoya en el borde para levantarse. Se acerca hasta mí. Me mira con los ojos brillantes y una media sonrisa socarrona.

—¿Te lo has creído?

—Dime que es verdad, dime que estás vivo.

—Claro. Siempre lo voy a estar. En tu cabeza, hasta que tires las llaves de la jaula al mar y nunca más la vuelvas a cerrar.

—No me dejes cerrarla nunca. Te necesito para sentirme yo también viva.

—Ahora vas a caminar por ti misma, sólo necesitas mi recuerdo para ser feliz.

—¿Qué recuerdo?

—El blog, ¿has empezado el blog?

—¿De qué quieres que escriba en el blog?

Su imagen comienza a desvanecerse y yo toco el cristal para que no se vaya, dejando una mancha con las huellas de mis dedos. Alguien me habla justo a mi lado.

—El mío, por si te sirve de algo, es sobre limpieza. Ahí hay un nicho poco explotado en internet.

Miro a mi derecha y veo a una chica de aspecto oriental, mirada triste, más bajita aún que mi uno sesenta de estatura, finita, con piernas de palillo que muestra bajo un vestido verde. Abre su bolso, coge un pañuelo de papel y limpia las marcas que he dejado tras tocar el cristal con los dedos. Lo hace con una rapidez inusitada.

Entonces veo de nuevo a Aitor, que vuelve a estar metido dentro del ataúd, los ojos cerrados, durmiendo con la paz que sólo un saco de lexatines puede conseguir.

—No sé si te ayudará, pero a mí escribir el blog me servía para relajarme. Quién diría que está muerto cuando parece que sólo está descansando, ¿verdad?

—Y tanto. El descanso eterno lo llaman.

—¿De qué conocías a Aitor? —me pregunta con sus ojos rasgados clavados en mi entrecejo.

—Sólo soy una amiga, nos conocíamos en el instituto —le miento por las mismas razones que lo hice antes con la madre de Moncho—. ¿Y tú?

—He sido su paciente —me contesta la joven, cuyo español es perfecto, por lo que descarto que haya llegado hace poco del lejano Oriente.

—¿Su paciente...? —acierto a repetir, dándome cuenta de lo estúpida que parezco.

—Sí, llevo dos años visitando su consulta. Tengo un trastorno, un TOC, soy obsesiva compulsiva... Sobre todo con la limpieza. ¿No me has visto borrar el rastro de tus dedos?

—Sí, me he dado cuenta... ¿Y él te ayudaba?

—Mucho, con sus terapias y con la medicación me sentía mucho mejor, pero esto ha sido un palo muy gordo.

—Yo también me obsesiono, ¿sabes?

—¿Tienes TOC?

—No, pero he sufrido varios desengaños amorosos y tiendo a pensar que mi sino es quedarme sola y, además, no aguanto a mi jefa...

—Aitor te hubiera ayudado.

—Me ayudó. —La miro fijamente a los ojos como quien confiesa una fechoría—. Te he mentado. Yo también era su paciente.

—Me lo imaginaba... ¿Cómo te llamas?

—Sol. ¿Y tú?

—Tomomi.

Unos gemidos inequívocamente sexuales, procedentes del cuarto de baño de la sala mortuoria, comienzan a escucharse nítidamente en toda la estancia. Se mezclan con golpes rítmicos y constantes contra la pared. Sin duda, alguien se lo está pasando muy bien en este entierro. Mi amiga Ruth siempre decía que suele haber mucho sexo detrás de una desgracia. Tomomi y yo miramos hacia la puerta y, enseguida, inspeccionamos toda la sala para averiguar quién falta. De los dos hombres que hablaban de fútbol no es. Falta el guaperas. Ya está claro. ¿Pero quién es la beneficiaria? El perro comienza a ladrar frente a la puerta y la viuda no-doliente, así como las dos señoras del sofá, se encuentran en estado de *shock* por el escándalo.

Durante unos minutos, todos permanecemos sin palabras escuchando los crecientes gemidos de la mujer y el ritmo cada vez más rápido de los golpes hasta que, por fin, en un orgasmo que se escucha en todo el tanatorio y que está a punto de hacer despertar al propio Aitor, la beneficiaria grita exhausta: «¡Síííí!».

Los dos hombres han asistido acojonados, como nosotras, a la traca final. Presumiblemente amigos de Aitor, intercambian risas nerviosas. E igual ocurre con el resto de los corrillos. Todos alucinamos, pero, pensándolo bien, echar un polvo en medio de un velatorio tiene su morbo. Todo hay que decirlo.

La expectación por conocer quién es la protagonista de los gemidos leoninos es máxima. Las dos señoras mayores del sofá también están interesadas por la resolución de la incógnita. E incluso se han asomado algunos asistentes del velatorio de al lado. Hasta la madre de Moncho, que pasaba por allí de camino al bar, se ha acercado a ver qué pasaba. Desde luego, ha sido un polvo por todo lo alto, de esos que te hacen recuperar la fe en el sexo.

Por fin se abre la puerta y sale el guaperas. Sonríe incómodo. Detrás de él aparece una rubia de ojos azules y uno setenta, un cuerpo esbelto y fornido, probablemente a base de gimnasio, aunque las hay que tienen esas dotes de manera natural y sin hacer dieta. Su rostro denota que acaba de bajar de la galaxia. Se mesa el pelo e intenta apartar la mirada de los que mantienen sus ojos fijos en ella, incluidas mi nueva amiga oriental y yo.

—Hola, tú también eras paciente de Aitor, ¿verdad? Te he visto varias veces en la sala de espera — la saluda Tomomi.

La rubia se queda mirándola pasmada, sin saber qué contestar. En ese momento entra en la sala mi primo Tomás y, como responsable de la funeraria, ordena:

—Todos los familiares y amigos del difunto Aitor Alegría deben abandonar la sala. Se va a retirar el cuerpo para trasladarlo al cementerio.

—Yo voy a entrar a limpiar un momento el baño. Nos vemos en el crematorio —indica Tomomi.

Impelida por su trastorno compulsivo, la asiática penetra rápidamente en el aseo. Mientras tanto, todos vamos saliendo de la sala. La rubia, antes de abandonarla, se dirige hacia el cristal para ver por última vez a Aitor, o tal vez para agradecerle el polvazo. Porque, seamos justos, si no se hubiera muerto, se habría perdido el buen rato. Se santigua delante de él y le lanza un triste beso de despedida.

A las seis y media, la pequeña capilla del crematorio del cementerio de la Almudena está llena por completo para un breve oficio religioso de despedida. Una de las señoras que estaban en el velatorio, presentada por el cura como Inés, tía carnal del fallecido, pronuncia las palabras del adiós.

—Aitor era lo que se puede llamar una buena persona y, eso, a pesar de que la vida no se lo había puesto fácil. Cuando tenía diecisiete años, un accidente se llevó por delante la vida de sus padres y su hermana de trece años. Yo me tuve que encargar de mi sobrino y he sido testigo de cómo estudió psicología para superar su propio trauma y, después, se ha dedicado por entero a ayudar a los demás, a los que lo pasaban mal por sus propios problemas... —La tía Inés dirige su mirada hacia la primera fila, donde se encuentra la esposa de Aitor, de la que se estaba separando. ¿Habrá sentido verdaderamente su muerte? El discurso de la señora prosigue—: Teresa, sé que habéis tenido vuestras diferencias últimamente y que, aunque no lo hubierais formalizado todavía, habíais decidido seguir caminos separados. Aun así, seguro que una de las razones por las que te enamoraste de mi sobrino fue por su bondad.

Teresa, con el rostro serio, pero sin lágrimas, asiente. Yo, sin embargo, no puedo contener la emoción y un porrón de lágrimas se pelean en mis ojos por salir al exterior. Estoy sentada en una de las últimas filas al lado de Tomomi y de la rubia. Esta, tras mirarnos varias veces, nos pregunta:

—¿Vosotras también erais pacientes de Aitor?

Asiento con la cabeza limpiándome las lágrimas con un pañuelo de papel que he encontrado en lo más profundo de mi atestado bolso.

—Supongo que ya sabréis por qué iba yo —continúa la rubia.

—No sé... ¿Ninfomanía? —Reconozco que no es la contestación más diplomática que podía salir de mi boca, pero es que me ha parecido una total falta de respeto lo de tirarse a un tío en el velatorio de Aitor. Llamadme moralista si queréis.

—¡Exacto! Adicción compulsiva al sexo. Y el único que me paraba los pies era Aitor. ¿Ahora qué voy a hacer?

En ese instante, todo el desprecio que había sentido por la rubia, y no por su espectacular belleza, sino por lo inapropiado de lo sucedido en el baño, se transforma en una gran pena. No había sido culpa suya, sino que estaba enferma, igual que lo está Tomomi con su TOC, igual que lo estoy yo con mi tristeza. Las tres nos hemos quedado descabezadas, sin nuestro mentor en la vida, y estamos claramente abocadas al desastre psicológico.

El cura da por terminada la celebración e informa de que se va a proceder a la cremación del cuerpo del finado, una operación que durará unas dos horas, y los familiares podrán recoger sus cenizas en la oficina adyacente del crematorio.

—¿Cómo te llamas? —le pregunto a la rubia.

—Inma.

—Dos horas... Nos da tiempo a tomar una copa en un bar de Vicálvaro. ¿Vamos?

Tras brindar con sendos *gin-tonic* por la vida eterna de Aitor, aunque Tomomi sólo toma tónica, Inma nos informa de que trabaja como informática especializada en seguridad de un banco. Había acudido al psicólogo debido a su exceso de relaciones sexuales con hombres y su insatisfacción permanente. Es una promiscua compulsiva. Esta imperiosa actividad amorosa no le hace feliz y, en parte, había conseguido controlarla gracias a las sesiones terapéuticas de Aitor.

Tomomi, una española de padre japonés y madre francesa, es callada, dulce y angelical. Está casada y dejó de trabajar para dedicarse a la crianza de sus tres hijos. Tuvo que abandonar su carrera de detective privado. Nos confiesa que es una loca del orden y la limpieza. Por ejemplo, entra en un baño público y no puede dejar de cerrar todas las tapas de los inodoros. E igual ocurre con los cubos de basura de la calle. O bien, barre su casa primero con el cepillo, luego pasa la aspiradora y, por último, remata la faena con una sesión de mopa. Por no hablar de cuando, antes de hacer el amor con su marido, le obliga a ducharse con jabón «lagarto» y restregarse la piel, sobre todo la zona escrotal, con estropajo de esparto.

Su santo esposo, un fondista de películas de dibujos animados, aún no se ha suicidado, pero le debe faltar poco.

—¿Y en qué creéis que os ha ayudado Aitor? —les pregunto.

—Él me decía siempre que tengo que aprender a relajarme, que algún tipo de medicación me puede ayudar, pero que yo tengo que utilizar técnicas de control personal —contesta Tomomi.

—¿Y eso cómo se hace si realmente tienes un problema? —pregunta Inma—. Mi problema es que soy de una debilidad extrema. Si veo a un tío y me gusta, inmediatamente le pregunto: ¿en tu casa o en la mía? Y casi nunca nos da tiempo a llegar a ninguna de las casas. Por ejemplo, esta tarde en el tanatorio.

—A mí me tiene dicho —toma la palabra la asiática— que haga pequeños ejercicios contra mi sistema de valores. Por ejemplo, que si un día, aunque yo no suelo beber alcohol, me tomo una copa de vino, que no pasa nada. O que si una noche me acuesto sin lavar los platos, que ya los lavaré al día siguiente. Digamos que tengo que forzarme para no ser tan estricta. Si consigo dar pequeños pasos en contra de mi voluntad, dejaré de ser tan rígida.

—¿Has probado a fumar porros? —le aconsejo.

—¿A drogarme? Tú estás loca, que soy madre de familia —se indigna Tomomi.

—Hija, no sé, como en el cáncer el cannabis a veces se utiliza de manera terapéutica... Tengo una amiga, Ruth, que dice que le relajan mucho los porros si es sólo una calada, sobre todo cuando tiene una bronca con su novio.

—Es curioso. Aitor me llegó a comentar que una calada no hacía daño. ¿Tú te crees? Un psicólogo recomendándote marihuana.

—Por eso era especial —continúa Inma—. Porque no hacía lo que los demás, pero, eso sí, todo lo enfocaba desde un punto de vista lógico que nosotras, o por lo menos yo, no tengo.

—¿A ti qué te recomendó para lo tuyo? —le preguntamos Tomomi y yo casi al unísono.

—Tengo que aprender a decir no al sexo. Porque lejos de hacerme disfrutar, me genera un estado de insatisfacción brutal.

—¿Y cómo le dices no al sexo si tienes una adicción?

—Pues difícilmente. Ya me habéis visto antes con el guaperas del tanatorio. Pero no se puede ir de cien a cero de golpe. Y el último día que vi a Aitor me propuso que me lo planteara de otra manera.

—¿Cómo? —se interesa Tomomi.

—Que cada mes me tire a un tío menos que el anterior.

—No es mala idea. Así te planteas pequeños retos mensuales. ¿A cuántos te tiraste el mes pasado?

—A dieciocho. Y el de hoy es el segundo de este mes.

—Madre mía, y yo llevo una sequía de seis meses —me quejo.

—Será porque no quieres, eres preciosa —me halaga Inma.

—Será porque no puedo. Primero, porque llevo cinco meses deprimida porque mi novio se metió a gay y, segundo, que yo no me puedo ir con el primero que pasa por delante. Tiene que haber algo de sentimiento. No lo llares amor, pero llámalo, no sé..., algo.

—¿Y no ha habido ninguno que te haya hecho tilín? — se interesa Tomomi.

—Alguno ha habido, pero me ha salido rana.

Está siendo una charla de lo más interesante. Es bueno compartir los problemas, aunque no sean parecidos, pero el hecho de que sientan el mismo vacío psicológico que yo me reconforta un poco. Ya sé que se trata del tópico «mal de muchos, consuelo de tontos», pero, al menos, no te hace sentirte tan sola.

Dos *gin- tonic* (o tónica) después, nos conocemos como si nos hubiera parido la misma madre. A pesar de ser tan diferentes, tenemos muchísimo en común. Viendo que se acerca la hora de la entrega de las cenizas, regresamos al cementerio y tomamos asiento en una sala de espera que sirve de antesala a la oficina del crematorio.

Nada más entrar, me acuerdo de aquella famosa frase inmortalizada por la pareja de humoristas Martes y Trece: «Aquí huele a muerto». En el aire flota un cierto aroma que, no sé si por realidad o por una asociación psicológica, nos transporta a la helada e inquietante oscuridad del más allá.

La recepcionista, una señora entrada en los cincuenta de piel cerúlea, como no podía ser de otra manera trabajando donde trabaja, está comprobando sus mensajes de WhatsApp cuando llegamos. Son cerca de las ocho y cuarto de la tarde de un lunes a comienzos de abril y el fresco hace ya un rato que ha hecho acto de presencia.

Me acerco a preguntar.

—Buenas noches. ¿Han salido ya las cenizas de Aitor Alegría?

No sé si me he expresado correctamente. Más bien no, ya que parece como si fuera a salir un plato de la cocina. Pero es así como ha surgido de mi boca. Sin pensar.

—Están a puntito. —Veo que habla mi mismo lenguaje—. ¿Son ustedes familiares del finado?

—Sólo amigas.

—Pues espero que llegue pronto un familiar porque yo, en cuanto den las y media me largo, que no me pagan horas extra.

—Su viuda debe estar al caer. Gracias. Esperaremos ahí...

Señalo un banco colocado contra la pared que está llena de humedades.

Las tres nos sentamos en silencio, mientras yo consulto la hora en el móvil. Quedan quince minutos para las ocho y media.

Quince minutos pueden ser muy poco tiempo o una eternidad si eres capaz de quedarte dormida y caer en un sueño profundo, que es justo lo que me ocurre a mí. Haber descansado poco la noche anterior, el

día tan largo y la ingestión de un poco de alcohol me han obligado a cerrar los ojos. Morfeo me ha hecho suya y estoy a su merced. Incluso llego a soñar que Don Draper y Aitor Alegría son amigos y yo les entrevisto para *Españoles por el mundo*. La alegre sensación de tener a Aitor vivo me invade hasta que noto cómo alguien toca en mi hombro y despierto *ipso facto*. ¡Eh, eh, qué pasa, qué pasa! ¡Joder, me ha dado un susto de muerte! Algo muy peligroso teniendo en cuenta dónde me encuentro, sobre todo cuando veo el estropajoso semblante de la recepcionista del crematorio. En décimas de segundo tomo conciencia de donde estoy y miro a mis compañeras, que han experimentado el mismo viaje que yo. Roncan como benditas, aunque no lo sean.

—La viuda del finado no ha venido. Son las ocho y treinta y cinco, y yo me tengo que marchar, que la señora que cuida a mi madre termina a las nueve y no se queda ni un minuto más.

—¿Y las cenizas?

—Aquí las tiene. Se las quedan ustedes y se las dan a la viuda. No hace falta que se vayan ahora. Cuando quieran pueden salir y sólo tienen que tirar de la puerta, ¿vale?

—¡Pero...!

Estoy tan cansada que no se me ocurre ningún «pero» convincente, pese a que los hay, y muchos, empezando por lo poco profesional de la situación. Antes de que pueda articular palabra, la recepcionista me entrega la urna en el interior de una talega de terciopelo rojo y se marcha.

Y allí me encuentro con el prestigioso psicólogo don Aitor Alegría reducido a ceniza. A un lado, una loca obsesa por el orden y la limpieza, roncando. Al otro, una fanática del sexo, también dormida y con la baba colgando. Y yo, más perdida que una aguja en un pajar. Aunque no sé por qué la gente se empeña en buscar una aguja en un pajar, con las muchas que hay en cualquier costurero cutre de esos que venden en los chinos.

En resumen, las tres perdidas en la vida.

Sin rumbo, sin brújula, sin faro.

Sin nuestro mentor.

CAPÍTULO 4

Las calles de Malasaña están casi desérticas un martes por la noche, pero esto es Madrid y si conoces el lugar adecuado, puedes pegarte la juerga del siglo, aunque sea entre semana. Además, dicen que la primavera la sangre altera y cada vez hay más noctámbulos a los que dicha alteración les conduce hacia los locales de copas.

Y aquí estamos, en plena madrugada, Tomomi, Inma y yo con Aitor en estado incinerado, llegando a la plaza del Dos de Mayo. Después de despertar a mis dos compañeras de psicólogo y contarles que nos teníamos que quedar con las cenizas, hemos decidido que el *fatum* ha querido regalarnos una noche más con nuestro mentor y, por eso, vamos a celebrarlo. Aunque estemos derrotadísimas.

Como yo hace tiempo que abandoné la noche madrileña, primero por mi relación estable con Esteban y luego por mi depresión absoluta, propongo uno de los clásicos: La Vía Láctea. Sé que mis padres ya visitaban este local en los ochenta y yo no soy quién para no seguir su estela. Nunca decepciona. Aunque sea martes.

Es la una de la madrugada y La Vía está a medio llenar. Los verdaderos juerguistas de entre semana suelen llegar a las dos o las tres de la mañana.

Colocamos la urna con las cenizas sobre una de las mesas altas, oculta por supuesto en la talega de terciopelo rojo. Segundos después, Inma aparece con tres chupitos de Jägermeister.

—Si queremos aguantar toda la noche para despedir como se merece a Aitor, el jäger es mucha mejor opción que el Red Bull —comenta la rubia mientras coloca la bebida encima de la mesa.

Una vez que salí con Esteban y sus amigos por la zona de Huertas, tomé un chupito de jäger y perdí la noción de la noche. Luego me contaron que acabé subida al tercer piso de un andamio en un edificio que estaba en rehabilitación y que gritaba: «Vive la vida, el mañana no existe». Es que había visto algo parecido dos días antes en la película *Historias del Kronen*. Luego estuve tres días sin moverme de casa, apresada por la más espantosa de las resacas.

Por este motivo, miro a Tomomi para ver su reacción y ella no tiene problemas en coger el chupito. Dos segundos de duda y un «¿por qué no?» después, alargó mi mano y me encuentro a mí misma brindando por Aitor Alegría, nuestro amado psicólogo.

Las tres nos tragamos el líquido marrón y probablemente sentimos lo mismo: un sabor repugnante, una sensación de abrasamiento de la garganta y un subidón de energía inmediato.

—¿Otro? —pregunta Tomomi viniéndose arriba.

—¡Hecho! Voy a la barra. —Inma no me deja tiempo para responder y cuando quiero alertarle de que repetir la operación puede ser peligroso, ya es tarde.

Cuatro minutos más tarde, tenemos la nueva ronda, los chupitos colocados estratégicamente al alcance de nuestras manos. Antes de proceder a la ingesta, me asalta una duda.

—¿Alguna vez os habéis planteado que si hubierais conocido a Aitor en un bar como este, una noche cualquiera, en vez de ser vuestro psicólogo, os podríais haber enamorado de él?

—Es que yo estaba enamorada de él —se apresura a contestar Inma.

—¡Y yo también! —asegura Tomomi.

—¡Pues la verdad es que yo es posible que también! — me lanzo...

—¡Brindemos por el amor! —proponen Inma y Tomomi.

Y las tres ametrallamos de nuevo nuestro estómago con esa bomba de relojería que es el jäger.

Tomomi, la persona tímida que conocí en la sala número seis del tanatorio, coge la urna con las cenizas de Aitor y le da un beso. Décimas de segundo después, Inma, envalentonada, le arrebató la vasija y comienza a besarla simulando que le está dando un morreo. Y ahí es cuando pienso que el homenaje se nos está yendo de las manos, pero, contrariamente a mi psique habitual, me da igual.

Realizo una panorámica por el bar para ver si han llegado los noctámbulos puros y duros. Diviso algún chico guapo y me fijo en uno con camisa de cuadros y aspecto de *hipster*, con barbita *bradpitt* y un pendiente de aro en la oreja. Reparo en que debajo del brazo lleva una revista y hago *zoom* ocular sobre la publicación y... ¡Ay, Dios mío! Aunque no la diviso bien por el brazo, intuyo que se trata de la *GQ* ¡con Luis Moreno en la portada!

Me acerco y le pido al chico si me puede prestar un momento su revista. Accede con una sonrisa y me quedo unos segundos mirando el rostro de Luis. El titular reza lo siguiente: «El Don Draper ibérico». ¿Es una señal? ¿Querrá el destino contarme algo? No me extraña que lo hayan escogido como hombre *GQ* de la semana, ya que irradia elegancia por los cuatro costados. O está clarísima la asociación con el protagonista de *Mad Men* o mi originalidad, una vez más, ha llegado tarde. Me llevo la publicación hasta la mesa y les muestro la portada a mis compañeras de entierro, que ya están planeando ir a solicitar otro jäger.

—¡Guau! ¡Me lo llevaría a una isla desierta y lo dejaría más limpio que mis suelos después de pasar por mis manos!

Definitivamente, Tomomi está desatada.

—¡No puede ser todo perfecto, seguro que la tiene pequeñaja! —asegura Inma.

—¡De pequeña, nada, monada! —protesto yo, defendiendo al publicista.

—Vaya, parece que aquí alguien se ha tirado al Don Draper ibérico, ¿o me equivoco? —insinúa la rubia.

—Sí, te equivocas. No llegamos a consumir...

—¿Y eso por qué? —pregunta la asiática sin entender nada.

—Este es el que os dije antes que me salió rana. ¿Os acordáis?

—¿No se le ponía dura? —Pregunta ofensiva de Inma...

—Pues claro que sí —me defiende—. ¿Crees que no soy capaz de poner caliente a un hombre?

—¿Entonces, qué pasó?

—Que estaban a punto de llegar su mujer y su hijo.

—¡Ostras! ¡Estaba casado! —se sorprende Tomomi, llevándose las manos a la boca.

—Exacto. ¡Bingo! Por supuesto, salí corriendo de allí. ¡Bastante tengo yo con lo mío, como para

meterme en el avispero de un matrimonio...!

—¿Me puedes pasar su móvil? —me pregunta Inma con intención.

—No lo tengo. Pero si lo tuviera, ten la seguridad de que no te lo daría a ti. ¡Menuda ninfómana estás tú hecha!

—¿Habéis leído la entrevista?

Quien pregunta es el moreno de la camisa de cuadros y barba *hipster*, que se ha acercado a nosotras. Aparte del aspecto de tipo interesante y con vida intelectual, posee una voz bonita, como de cantante *indie*.

Tomomi aprovecha la incursión del *hipster* para ir a por otra ronda de jäger. Ante nuestro silencio, el moreno continúa:

—Yo fui el que se la hice. Es un tío, aparte de guapo, que salta a la vista y por eso me habéis pedido la revista, que tiene un buen coco y un talento descomunal para vender. Tela de creatividad dentro de él —nos informa el periodista.

—Bueno, tú tampoco estás mal del todo.

¿Eso ha salido de mi boca? Debe de ser el jäger. Es evidente que no estoy en disposición de permitirme a mí misma tomar otro. Además, el chico no está mal, pero el que de verdad a mí me gusta es Luis Moreno, y el hecho de que Inma, la mujer fatal adicta al sexo, se haya interesado por él, no hace sino ponerme en alerta máxima. Acabo de pensar esto cuando la que ya es mi contrincante sexual me da la razón:

—Si tú has entrevistado al Don Draper ibérico, seguramente tendrás su teléfono. —La rubia no se anda con rodeos.

—Correcto, ¿te interesa?

—Nos interesa a todas —me adelanto.

Me doy cuenta de que el *hipster* mantiene la mirada sobre la urna que alberga las cenizas de Aitor.

—Es curiosa la decoración que han puesto en La Vía Láctea. Parece una urna funeraria, ¿no? —comenta el periodista señalando el envoltorio rojo.

—Es que es una urna funeraria. La hemos traído nosotras y contiene las cenizas de un amigo. Hemos salido hoy con él para despedirnos definitivamente —comento sin darme cuenta de que no siempre hay que decir la verdad en la vida.

El joven redactor de *GQ* se queda alucinado ante mis palabras y tarda unos segundos en reaccionar al tiempo que echa una mirada en derredor.

—Es una cámara oculta, ¿verdad?

Niego con la cabeza, y enseguida el chico agarra la revista, se la vuelve a colocar bajo un brazo y se dirige hacia sus amigos.

—Ya te dije que un martes sólo puede salir por la noche lo peor de cada casa. Menudas piradas... —Alcanzo a oír.

Inma y yo, nuestro gozo en un pozo, nos quedamos sin el número telefónico de Luis Moreno, aunque, mejor así, porque quizá no habría tenido nada que hacer contra las dotes seductoras de la rubia *comehombres*.

En cuestión de segundos me hallo con otro chupito de jäger en mi mano proporcionado por Tomomi. Momentos después, el líquido elemento vuelve a calentar mi laringe. Nuevo subidón, no sé si mi

estómago será capaz de soportarlo.

Mis dos colegas, las cenizas de Aitor y una servidora nos abrazamos como una piña en un excelso momento de exaltación de la amistad, situación de éxtasis que se rompe cuando Tomomi comienza a vomitar en modo aspersion, decorando la indumentaria de todos los que se encuentran alrededor de nosotros.

Milagrosamente, tanto Inma como yo nos libramos.

En mi mente se abre un pequeño momento de lucidez, algo que aprendí cuando viví con dos chinas en Londres: la raza asiática carece de una enzima que metaboliza el alcohol. Creo que ha llegado el momento de llamar a una ambulancia.

La sala de espera del hospital La Paz, el que, según se dice, es el mejor centro sanitario de Madrid, está atestada de gente pese a que son las cinco de la mañana de un martes. Es increíble todo lo que pasa por la noche en una gran ciudad cuando aparentemente no sucede nada. Hace ya una hora que Tomomi ha sido atendida por los médicos de urgencias. La rubia, dormida una vez más a mi izquierda; las cenizas de Aitor, a mi derecha; y yo en el medio analizando cómo hemos podido llegar a tan peripatética situación.

Es evidente que mi vida sentimental es un desastre, que mi jefa Loles Bazán me tiene amargada, que los sermones moralistas de mi hermana me hacen mella pese a que intento pasar de ella, pero lo que de verdad no puedo perder es la dignidad. ¡Mi dignidad! Y todo lo sucedido, desde que conocí a Inma y Tomomi en el velatorio de Aitor hasta llegar a esta sala hospitalaria, está muy lejos de la honorabilidad que pretendo para mi persona.

—Familiares de Tomomi Oshima, por favor, acudan a la sala dos.

La llamada a través de megafonía es para nosotras y, tras despertar a Inma, acudimos al lugar indicado para hablar con la doctora. Se trata de una chica joven con gafas de pasta grandes, bastante nerviosa y con pinta de estar superada por las probablemente más de diez horas que lleva trabajando.

—Vuestra amiga Tomomi ha sufrido una intoxicación etílica, fruto de una alta ingesta de alcohol. Los efectos se han visto multiplicados por la carencia de una enzima que asimila mejor dicha sustancia. Le hemos hecho un lavado de estómago y, casi seguro, dentro de unas horas estará mucho mejor. Lo ideal sería que se quedara ingresada un día, pero no hay camas libres en todo el hospital. Qué os voy a contar de los recortes que hemos sufrido en sanidad.

—¿Entonces?

—Tenéis que llevarla a su casa. ¿Con quién vive?

—Con su marido y sus tres hijos.

—¿Encima es madre de familia? —se sorprende la doctora.

—Bueno, no crea que bebe siempre como esta noche. Hoy ha tenido un día difícil por la muerte de una persona muy cercana —trato de defender a la pobre Tomomi, que bastante tiene.

—No es asunto mío. Ahí la tenéis.

Un celador empuja una silla de ruedas en la que viaja la asiática, con un rostro que mezcla la resaca, el sueño y la debilidad, fruto de haber perdido lo ingerido en las últimas veinticuatro horas. Pese a todo, tiene mucho mejor aspecto que cuando estaba regando con sus líquidos gástricos a los clientes noctámbulos de La Vía Láctea.

Inma y yo ayudamos a Tomomi a levantarse de la silla y la sacamos del hospital. Cuando estamos a punto de coger un taxi, comienzan a temblarme las piernas al darme cuenta de algo.

—¡Ay, Dios mío!

Salgo corriendo temiéndome lo peor y, casi sin respiración, no es cuestión de volver a decir que tengo que mejorar mi condición física, arribo de nuevo a la sala de espera de urgencias.

Mis peores presagios se confirman.

La urna con las cenizas psiquiátricas, perdón, con las cenizas del psicólogo, no se encuentra en el asiento donde la habíamos dejado justo antes de que nos llamaran para hablar con la doctora.

Acabamos de perder a nuestro amado Aitor.

La sensatez nos persigue a las tres, pero nosotras corremos mucho más que ella.

CAPÍTULO 5

Jueves. Mi mirada, perdida como boya sin amarra, se fija sobre la pantalla en blanco del ordenador. En el documento de Word que tengo abierto, sólo he acertado a escribir: «¿Por qué una tarde de compras equivale a dos horas de gimnasio?». Es un estúpido encargo, una idea de la redactora jefe. Probablemente quiere justificar su excesiva adicción a tirar de tarjeta en los centros comerciales, en vez de apuntarse a un gimnasio y perder unos cuantos de los muchos michelines que le sobran.

No soy capaz de hilvanar una frase, las ideas no fluyen en mi mente porque en ella permanece inmóvil, aterradora, dolorosa, la imagen de Aitor Alegría inerte en mis brazos. Han pasado tres días desde su muerte y dos desde su entierro, y es como si hubiera sucedido todo hace cinco minutos. Quizá si le hubiese dicho alguna palabra más, algún chiste malo de los míos, el psicólogo habría tardado unos segundos más en dirigirse hacia la moto y no habría coincidido en ese cruce fatídico con la rubia del coche gigante.

Pero no puedes pensar en eso, Sol. No te flageles con el eterno sentimiento de culpa ante todo lo que suceda a tu alrededor. Quizá haya sido el destino. ¿Qué mensaje me estará queriendo mandar?

¿Por qué tengo tan mala suerte?

En los últimos meses, la única pata que me tenía agarrada a la vida y a un futuro libre de obsesiones, quizá a aspirar a la felicidad, era Aitor. Y ahora él no está. Y no sólo no está, sino que yo fui la última persona que lo vio con vida.

Y después de su muerte, me avergüenza la pérdida de sus cenizas. Realmente bochornoso, increíble. Si volviera a la vida, nos tendríamos que alejar de él mil kilómetros a la redonda. ¡Homenajearle con tres borracheras de campeonato, una de ellas con el agravante de coma etílico! No tengo la menor duda de que, si no las encontramos, si no las encuentro, será un agujero negro en mi vida.

¿Por qué me tiene que pasar esto a mí?

Son las ocho y media de la mañana, apenas ha amanecido porque hoy ha tocado un día gris y ya me encuentro en la redacción, vacía. Desde las cinco estoy con los ojos abiertos, mirando el techo, inmóvil, oyendo cómo pasaba cada segundo del reloj de agujas que tengo en la pared de mi habitación. Sólo está Óscar, el jefe técnico, un tipo que yo creo que duerme en la revista, porque cuando me he tenido que quedar hasta altas horas de la noche, siempre sigue allí en el momento que decido irme. Y si entro por la mañana muy temprano, como hoy, él ya ha llegado.

Continúo ensimismada en mis lacerantes pensamientos sin ser capaz de abrir la puertecita de la jaula, cuando alguien toca mi hombro. Es Óscar, con sus gafitas redondas, su pelo a lo cepillo y su camisa de cuadros trasnochada. El pobre, tan mono y tan peculiar, que hasta viene a la redacción en pantalones

cortos aunque sea invierno, me trae un café.

—Tienes mala cara, ¿has dormido bien?

—Te lo agradezco, Óscar. Pero ya estoy suficientemente de los nervios. No creo que me venga bien otro chute de cafeína.

Es la primera vez que Óscar se dirige a hablar conmigo para algo que no sea de trabajo. De hecho, pensé que no sabía hablar de nada más que de códigos, lenguajes de programación, *pluggins* o no sé qué cosas más de esas que hablan los informáticos.

—¿Qué te ha pasado?

—Nada, problemillas.

¿Problemillas? ¿Que se haya muerto el psicólogo que me daba energías para afrontar la lucha de cada día es un problemilla? No creo que el cerebro *algoritmizado* de Óscar sea capaz de comprenderlo. Eso es todo.

—Sol, quería decirte, aprovechando que no hay nadie más en la redacción... que..., si no te importa..., podemos ir juntos a tomar algo un día. No sé, un kebab o lo que te apetezca...

¿Qué? ¿Qué ha dicho? ¿Un kebab? ¡Dios mío, no puede ser! Óscar, el jefe técnico, el raro, el que nadie entiende por qué los jefes le dejan venir en pantalón corto, cosas de los genios, dicen, me está pidiendo salir... para llevarme a un kebab. ¿Pero qué pasa, se han conjurado todos los astros del firmamento contra mí? ¿Pero cómo se le ocurre? ¿Un kebab...? ¡Una leche!

Justo cuando estoy a punto de pegarle a Óscar una ídem, entra por la puerta principal de la redacción Loles Bazán, alias la Sádica, y el tiempo se detiene.

Camina con la firmeza de una modelo que pisa fuerte, casi agujereando el suelo con sus tacones. Rubia, como no podía ser de otra manera, aunque en su origen ese pelo largo y brillante fuera de un color castaño oscuro casi negro. Mueve la melena al ritmo de sus pasos mientras otea la redacción vacía. Inmediatamente, alarga el brazo para observar la hora en su reloj Jaeger-LeCoultre. Gesto que hago yo también sacando mi móvil del bolso. Son las nueve y once. Todo el mundo llega, al menos, once minutos tarde. Menos yo.

Loles tuerce el gesto y me mira, con esos ojos de mujer de armas tomar, uno de ellos a la virulé, lo cual le da un aire aún más fantasmagórico.

—¿Se puede saber por qué no hay nadie en la redacción a las nueve y once?

—Yo llevo aquí desde las ocho. —Le miento, llegué a las ocho y veinte, pero por ahí le meto unos minutos más...

—¡A mi despacho! —Qué sargentona, sólo le falta el ¡Ar!

En ese momento me tiemblan las piernas. Se me pasa por la cabeza contarle que no he dormido en toda la noche, pero no, me freno en el último momento. No debo mostrarme débil. Me lo dijo Aitor y me debo a él. Me lo debo a mí misma.

Me siento en el despacho de Loles frente a ella, quien coloca el bolso junto a su sillón. Saca de él su flamante iPad Pro, con el que suele tomar notas utilizando un lápiz digital, que vaya absurdez pudiendo hacerlo con un bic cristal y una libreta de las de toda la vida. Supongo que así mola más y hace valer su superioridad y, sobre todo, su mayor salario.

—¿Con qué estás?

—Con un artículo sobre cómo ir de compras adelgaza...

—Menuda gilipollez... ¿Se te ha ocurrido a ti?

—No, es una propuesta de Sandra...

—Bueno, pues por algo te lo habrá dicho, pero apárcalo de momento... ¿Tú sabes lo que es el *cuñadismo*?

—Sí, algo he oído, son esos tipos, generalmente hombres, rancios, que se creen que saben de todo, pero no saben de nada, casposos y, sobre todo, machistas...

—Exacto. Eso me han contado. Pues quiero que escribas una columna sobre *cuñadismo* y feminismo... Que a ti se te da muy bien eso de ser reivindicativa... y, por lo visto, el tema gusta a la gente. A nuestras lectoras... ¿Qué te parece?

—Que has dado con la persona perfecta. —Si no tuviera este mal día que tengo, pero eso no se lo voy a contar a ella—. ¿Para cuándo lo quieres?

—Para el próximo número, el de mayo, pero si mañana o pasado pudieras tener un borrador, le echo un vistazo. Además, me ha dicho Sandra que siempre estás despotricando de tu cuñado... Y haciendo chistes... ¿Por qué no vas a verle y te inspiras?

—Se me ocurren mil planes antes que ir a ver a mi cuñado, pero vale...

Odio a mi cuñado. Es el típico machista que dice que es feminista porque adora a las mujeres o que no hay nada peor que una mujer machista, comentario que de por sí le delata sobre su concepción de la igualdad entre hombres y mujeres. A mí me revuelve el estómago cuando, muy orgulloso de sí mismo, apunta que él ayuda en casa porque a veces recoge la mesa después de comer o porque saca la basura por la noche. O sea, que la mayor parte del trabajo doméstico es de la mujer y él, en el colmo de la generosidad, le ayuda. La sensación de rabia que me invade cada vez que pienso en él provoca en mí unas ganas enormes de darle un puñetazo al primer hombre que me encuentre por el camino y el agraciado es... Óscar. El pobre Óscar, que me cruzo con él mientras va a la máquina del agua.

Menos mal que, en el último momento, me reprimo. Y, aunque alargo ligeramente el brazo después de que haya pasado, un poco para soltar los músculos y licuar adrenalina, no le doy y él no se da ni cuenta.

La redacción ya está llena. Todas mujeres y gais, excepto los técnicos, los maquetadores y algún diseñador. ¿Quién dijo que no existía el sexismo en una revista del corazón? Perdón, de *lifestyle*.

Es una redacción ultramoderna, con mesas blancas y alargadas que combinan perfectamente con los largos ventanales de este palacete de techos altos que en tiempos tuvo que pertenecer a una adinerada familia del Madrid del siglo XIX. Cada redactor trabaja con un Macbook Air, el típico portátil de Apple con el que vamos de las mesas de los redactores a las reuniones en las salas equipadas con todo tipo de tecnologías. Muy estadounidense y sofisticado todo si no fuera por el contenido *cutreluxe* de nuestros reportajes.

Miro de nuevo el reloj. Son las diez de la mañana. Si voy a comer a casa de MJ, mi hermana, lo mismo va el idiota. Yo le llamo así, aunque ya sé que no suena muy original, pero es un adjetivo bastante definitorio de lo que es en sí el personaje. Aparte de cuñado en el sentido literal y metafórico, posee un exacerbado grado de idiotez. Y, como tal, idiota le llamo, tanto que hasta MJ ha adoptado el término cuando está enfadada con él.

Sun: Hermanísima, ¿me invitas a comer hoy en tu casa?

MJ: Vale. Tengo que entregar unas facturas al asesor esta misma mañana y voy fatal, así que no te esperes ningún plato a lo David Muñoz...

Sun: No te preocupes. Yo estoy a dieta. O debería. Así que con lo que sea me conformo.

Sun: ¿Va a estar el idiota?

MJ: El idiota ha quedado en venir a casa en principio. Si supiera que le llamas así, te mataría.

Sun: Y tú no se lo vas a decir o te mato yo a ti. Estaré allí pronto, a la una y media.

Si hay una palabra que define a mi hermana es «familiar». Yo creo que si buscas en el diccionario el citado vocablo, aparece una foto de Eme-Jota, María José para mi abuela, MJ para los amigos o «la niña» para mis padres. En mi caso, desde el punto de vista de mis progenitores, yo soy «la otra niña» o directamente «la otra», lo cual tiene un significado especialmente doloroso, sobre todo en mis circunstancias actuales, dado mi *affaire* con el publicista.

MJ dejó su brillante carrera de abogada para dedicarse a sus hijos. Su pasión por los peques en general es tal que ha montado una tienda *online* de consumo colaborativo de ropa de bebé de segunda mano. El negocio va viento en popa. Y no sólo le queda tiempo para criar a sus hijos, sino también para aparecer en alguna revista de *start-ups* como ejemplo de emprendedora. Y lo más importante, ha conseguido el objetivo para el que creen mis padres que están destinadas sus hijas: hacerles abuelos.

Por supuesto, yo deambulo a millones de galaxias de distancia del citado objetivo.

Me siento en mi ordenador y observo el documento que tengo abierto desde las ocho de la mañana. Bueno, ocho y veinte. El titular sigue estando ahí solito, sin párrafos ni cuerpo de texto que lo acompañen: «¿Por qué una tarde de compras equivale a dos horas de gimnasio?». Vuelvo a comprobar la hora en el móvil. Diez y media. ¿Y si me paso un par de horas por el centro comercial Plaza Norte, que está al lado del chalé adosado de mi hermana, para hacer trabajo de campo también sobre este artículo?

A veces, Sol, tienes ideas brillantes, pero a veces nada más. Una tarde o, mejor dicho, una mañana de compras no sirve únicamente para evitar el gimnasio, también, y sobre todo, para tener la mente ocupada, que es lo que mejor me viene en estos momentos. Cierro el portátil, lo meto en su funda, lo coloco en mi bolso y me dirijo hacia la puerta.

Justo antes de llegar, me topo de nuevo con Óscar.

—Oye, que no me has contestado a lo de... —Y no termina la frase, como si yo tuviera que saber de qué habla.

—A lo de...

—Sí, a lo de ir a tomar algo un día.

Ostras, lo había olvidado. ¿Y ahora qué le digo? No quiero que se lo tome a mal, pero lo último que quiero hacer es ligar con Óscar. Es como un oso Mimosín, adorable, es posible que achuchable, pero en las antípodas del erotismo.

—¡Vale! A ver si pasan un par de semanas que tengo mucho lío y luego lo vemos. ¿Te parece?

—Hecho.

Dos camisas de Lefties, unos pantalones de Zara, una falda de Mango y unos zapatos Max Mara después, llego al adosado de nuevos ricos de mi hermana, fruto de las ínfulas del idiota. No tengo gustos caros en ropa porque no me lo puedo permitir y, al final, por mucho que trabaje en un lugar llamado *Metropolitan*, soy una chica *mainstream*, como casi todas. Creo que me he pasado con los Max Mara, ya que están claramente por encima de mi presupuesto, pero en algo tengo que figurar cuando voy a la revista.

Mi hermana me abre la puerta con Alonso en brazos, mi sobrino, que tiene siete meses y es un encanto. El típico bebé que siempre tiene hambre y vive pegado a una teta o a un biberón.

—Es la hora del niño. Ya sabes que cada dos horas quiere comer. Este ha salido al padre. Espero que no sea igual para el fútbol y para el porno por internet...

—¿El idiota también ve porno por internet? Lo que le faltaba. ¿Se puede ser más rancio...?

—Le pillé el otro día cuando entré a la salita y rápidamente bajó la pantalla del portátil. Pero es normal, no me molesta. Si es que yo con los dos niños, la empresa y todo lo demás, cuando llegan las diez y los acuesto, caigo rendida. El pobre se tendrá que aliviar.

—Flipo contigo y con que lo lleves tan bien, pero tú misma. ¿Ha llegado?

—Pues que no viene al final. Me ha llamado para decirme que tenía partido de pádel a la hora de la comida con el director de zona. Así estamos tú y yo solas y me cuentas lo del entierro ese.

—¿Y no te molesta?

—Hija, lo tiene que hacer por su trabajo. No va a quedar mal delante del jefe.

—Eres una pringada... ¿Qué has preparado?

—Revuelto de ajetes tiernos con boletus...

—Menos mal que no te lo ibas a currar.

—Es que justo lo estaba haciendo Arguiñano en la tele y me he puesto. Voy a acostar al niño. Pasa al salón.

Cada vez que vengo me sorprende la capacidad de mi hermana para tener en orden un chalé de tres plantas con todo lo que tiene encima y, además, el trabajo.

El salón de la casa es muy amplio, de unos cuarenta metros cuadrados, y está decorado con un gusto exquisito, de mi hermana, por supuesto, con diferentes muebles comprados en mercadillos de ferias de interiorismo. Muebles que ni por asomo me podría permitir yo, pero que, por lo que se ve, el Banco de Santander, donde trabaja el idiota, sí lo puede sufragar.

La decoración brilla especialmente por los cuadros que MJ tiene colgados en la pared, lienzos pintados por mi madre que, desde que se jubiló y se apuntó a un curso de pintura en el centro cultural de San Agustín del Guadalix, no ha parado de crear. Quizá no merezcan ser expuestos en ARCO, pero los ha pintado mi madre, por lo que mi hermana y yo estamos muy orgullosas.

Mi apartamento de cincuenta metros de la calle Marqués de Leganés, justo enfrente del Morocco, la discoteca que en tiempos regentaba Alaska, no puede albergar la obra de mi madre, ya que mi casero no me permite hacer agujeros en la pared. Ni yo sabría hacerlos, por supuesto, porque en eso sí que cumplo el tópico. El bricolaje y yo estamos peleados desde que en 1999 intenté poner un póster en mi habitación y la pared adoptó un estilo dálmata por la multitud de agujeros negros con los que la decoré. Mi padre me prohibió acercarme a menos de diez metros del taladro y me descontó de la paga durante los dos siguientes años las diez mil pelotas que cobró el pintor por reparar el estropicio.

Mi cuchitril, al que yo llamo cariñosamente «la cueva», no estaría lejos de ser un hogar si no fuera porque es el fiel reflejo del desorden que posee mi vida sentimental y mi cabecita loca. Sé que tengo que hacer un curso de Feng-Shui, pero es que no me da la vida para más. Quizá ahora que voy a tener libres los lunes de ocho a nueve... Ay, pobre Aitor, cada vez que lo pienso me dan ganas de llorar.

¿Por qué no aprenderé a ser más ordenada como MJ? ¿De dónde sacará ella el tiempo? Ya sé que Elena, su asistenta rumana, le ayuda dos días en semana, pero aun así...

Hablando del idiota, al final he venido a documentarme para mi artículo sobre el *cuñadismo* y el gilipollas no está. Creo que podré apañarme sin él. Son muchos años saliendo con mi hermana y

aguantando sus monsergas de todo a cien en las reuniones familiares. Estoy segura de que, a nada que esté inspirada, me sale una columna de lo más apañada, sobre todo para las lectoras de *Metropolitan* que disfrutan criticando al sexo opuesto. Así son, y somos, de básicas.

Dejo las bolsas con los trapitos que me he comprado encima del sofá de cuero rojo de mi hermana. Por supuesto que le voy a enseñar lo adquirido, aunque casi nunca coincidimos en gustos. Su opinión, sea a favor o en contra, no me vendrá mal para ratificarme en mi decisión o para cambiar de idea. Si le gustan a mi hermana, será un indicador claro de que debo ir a darles el cambiazo, otra de mis grandes aficiones.

—¿Y Cayetana todavía no ha salido de la guardería? —le grito a mi hermana, todavía en la planta de arriba, que yo no sé por qué no tienen instalada una línea interna de teléfono para comunicarse unos con otros.

—Chsssssssssssssst. Que ya se ha dormido —me contesta ella bajando las escaleras, que para ser un susurro y pretender no molestar, también se ha oído en toda la casa, y seguro que en la habitación de Alonso.

Sí, mi hermana María José, casada con Rodrigo, hijo de militares y director de una sucursal del Banco de Santander, les ha puesto a sus hijos Alonso y Cayetana. Desde luego, lo tienen todo para salir en las revistas de sociedad como la mía, juntándose con los nietos de Aznar y los bisnietos de Botín en los clubes de tenis y golf de los alrededores de Madrid.

Pitido de un mensaje. De Tomomi.

Tomomi: Nadie del turno de noche de urgencias sabe nada de la urna de cenizas. Mi vecina dice que le recemos a santa Rita. ¿Cómo se le reza a esa señora?

Nos dirigimos a comer a la amplia cocina con islote central y mobiliario de tonos claros y pastel. Siempre que vengo me siento como si estuviera en un programa de cocina de esos en los que todo lo cocinado tiene una pinta estupenda. Mi hermana ha dispuesto, convenientemente ordenados, como es ella en todo, los ingredientes del revuelto: huevos, ajetes tiernos, boletus, queso de cabra, hierbas provenzales frescas y un poquito de sal.

Antes de ponerse a cocinar, MJ saca de la despensa una botella de un rioja gran reserva, la descorcha y me sirve en una copa.

—¿Un gran reserva un jueves a mediodía? ¿Hay algo que celebrar?

—¿Te parece poco que te dignes a venir a verme?

—No vengo tan poco. Además, tenía que hablar con tu santo esposo, pero mi gozo en un pozo. Cuando no tiene pádel con el director de zona, toca fútbol en el bar Raulito con sus compis madridistas y, si no, póker en casa de sus amigos de la *facul*. De verdad, no sé cómo le aguantas.

—Anda, no te quejes, que te ha invitado al vino. ¿Para qué le querías?

—¿Al vino?

—Sí, le he mangado la botella de su intocable bodega. Espero que no se entere, pero no tenía otra opción de alcohol más a mano que no tuviera más de cuarenta grados y yo, con mi vida de supermadre y de superemprendedora, no tengo tiempo para salir. Por eso, aprovecho que vienes tú para desquitarme un poco, aunque sea en mi cocina. No me has dicho para qué querías a Rodrigo.

—Ni tú cómo le aguantas.

—Aunque a ti te cueste entenderlo, le quiero. Y lo peor que podría hacer sería intentar cambiarle, porque cuando le conocí ya era como es hoy.

—¿Y por qué te enamoraste de él?

—Porque era el más guapo de la pandilla, tenía muy claro lo que quería ser en la vida, es un tipo brillante en lo suyo y, además, me pidió matrimonio en el restaurante de la Torre Eiffel mientras cenábamos regalándome un precioso pedrusco.

Sigo sin entender cómo podemos ser hermanas siendo tan diametralmente opuestas. A mí me pide alguien casarse conmigo en algo tan tópico como la Torre Eiffel, en la ciudad del amor y en francés, como hizo el idiota con mi hermanísima, y le pego un bofetón que lo oíría hasta el mismísimo presidente de la República francesa desde su domicilio. Por cierto, quizá me venga este recuerdo perfecto para mi columna sobre el *cuñadismo*.

—Quería hablar con Rodrigo para ver si me contaba historietas de sus amigos del barrio, ya que voy a escribir una columna sobre cuñados.

—¿Y para qué quieres saber de sus amigos, si tu cuñado es él?

—Déjalo.

MJ termina de cocinar el revuelto y, entre que beber vino me abre el apetito, y que son ya más de las tres, tengo tanta hambre que me comería un puchero de mi madre, de esos con los que luego no puedes moverte en toda la tarde. Pero he de reconocer que mi hermana tiene mano para la cocina y con un revuelto *delicatessen* voy más que servida, que estamos en primavera y la operación bikini está en marcha.

Servida la mesa, la *superwoman* perfecta, que bien podría haber sido un personaje de *Mujeres desesperadas*, me echa un poco más de vino. Un día es un día, proclama. Cuando una quiere hacer dieta y contenerse con las cervezas o las copas de vino y portarse bien, todos los días hay alguien que te dice eso de «un día es un día». Y así no hay manera.

—Que no me echés más vino, jo. Por cierto, el entierro era de mi psicólogo.

—¡Qué me dices!

—El lunes fui a su consulta, la última del día. Bajamos juntos en el ascensor y él se fue hacia su moto. No había pasado ni un minuto cuando le atropelló una loca. Fui corriendo y le tomé el pulso. Murió en el acto.

—¡Ay, Dios, qué horror! Te debes sentir superculpable, con lo que tú eres. No ha sido culpa tuya, eh. Que lo sepas. Sólo ha sido un desgraciado accidente.

—Ya, pero es que si le hubiera dado un poco más de conversación...

—No lo pienses. Las cosas han pasado como han pasado. No puedes hacer nada. ¿Cómo ibas a saberlo? Es el destino, la providencia o lo que sea. No puedes martirizarte, en serio. No debes culparte por todo lo que pasa a tu alrededor. ¿Y qué? ¿También mataste a Kennedy o estrellaste los aviones del 11-S?

MJ insiste tanto en que la culpa no ha sido mía que cada vez pienso más en que lo podía haber evitado. ¿Por qué tendrá que decir lo mismo de siete maneras diferentes? ¿Por qué tiene que ser tan exagerada?

—¡Para! ¡Para! Que luego soy yo la que entro en bucle...

—Con lo bien que te estaba viniendo ese hombre. Se te veía más relajada. Dentro de que tú nunca vas

a estar en tus cabales, entiéndeme, pero sí, podía decirse que te había ayudado a salir del pozo. Si hasta cuando venías de la consulta tenías otra cara. Si incluso te brillaban los ojos. Ay, ¿no te habrías enamorado de él? Que eso es muy tuyo, hermanita...

—¿Yo? ¿Qué dices? Pero... ¿por quién me has tomado?

Seremos muy distintas, pero mi hermana me conoce casi mejor que mi madre. Detecta rápidamente cuándo me pasa algo. Al final, la sangre, la convivencia o el llamado detector fraternal son sabios y no hay manera de engañarles. Pero yo, aun así, lo intento, que otra cosa no, pero orgullosa soy más que Cristiano Ronaldo.

—Ya... ¿Seguro que no has tenido sueños eróticos con él? ¿Que no has imaginado en algún momento que os besabais a la salida de la consulta? Mira que tú eres muy de imaginar.

—No te voy a decir que no lo he pensado, pero de ahí a haber estado enamorada realmente hay un trecho. Además, hay otro hombre en mi vida.

¡Madre mía! ¡Se me ha escapado! Ahora me va a empezar a preguntar, que yo seré cotilla, pero mi hermana es más pesada y hace unos interrogatorios incisivos que ríete tú de Ana Pastor.

—¿Otro hombre? Eso no me lo has contado. Venga, desembucha. ¿Cómo lo has conocido? ¿Es guapo? ¿Ya te has acostado con él? ¿Vais en serio?

—Hija, MJ, pareces una ametralladora. La primera regla del periodismo es que hay que hacer las preguntas de una en una para que no se descentre el entrevistado. Además, no te voy a contar nada, que luego las cosas se gafan...

—¡Y una mierda! A tu hermana mayor se lo tienes que contar todo, que para eso te he cuidado yo toda la vida y me he llevado más broncas de mamá.

—No pienso...

—¡Calla, ya! Venga, por partes, ¿dónde le has conocido?

—En una fiesta de unos directores de cine gais...

—Mira que a ver si te va a salir como Esteban...

—No tiene pinta. Es un publicista y está de caerse de espaldas. Yo creo que es el tío más guapo con el que he estado.

—O sea, que te lo has cepillado...

—Bueno, sólo un poco...

—¿Cómo que sólo un poco?

—Que no... Que no... Que no hemos consumado el cepillado.

—Menos mal. Te he dicho mil veces que si te entregas la primera noche a un tío, te pierde inmediatamente el respeto. Tienes que hacerte valorar. Yo con Rodrigo tardé seis meses.

—Ya, pero yo no soy tú. Yo soy una mujer del siglo XXI.

Que no, que yo no soy de irme a la cama con un tío tan pronto. Lo de Don Draper fue una excepción, aunque insisto en que no se consumó, pero no soporto que mi hermana me dé lecciones de moralidad o de relaciones con los hombres, cuando Rodrigo es el único con el que ha fornicado en su vida. Lo conoció en la facultad, se casaron en la iglesia de San Agustín del Guadalix tres años después de terminar la carrera y aún hoy va a misa de vez en cuando. Vamos, que no soy tan recatada como ella, pero tampoco me parezco en nada a una *comehombres*.

—¿Me estás llamando estrecha? Yo sólo te digo lo que pienso. Que luego hay por ahí embarazos no

deseados...

—MJ, por Dios, que tengo casi treinta años. ¿Por quién me has tomado? Además, te vuelvo a repetir, al final no nos acostamos.

—¿Y por qué no?

—Porque iban a llegar su mujer y su hijo.

Sol, hija, es que pareces tonta. Eres incapaz de guardar tus secretos más íntimos. Si alguna vez fueras famosa, o vecina de una famosa, y estuvieras en un programa de esos de entrevistas en los que te preguntan por tu vida o la de otro, no podrías guardarte nada. Lo cascarías todito.

—¿Cómo? ¿Que encima está casado? ¿Y con un hijo? ¿Pero por qué tienes que ser tan indecente?

—¡No lo sabía! ¿Vale? Él no me lo dijo hasta las siete de la mañana. Además, no pienso volver a verle, no tengo ni su teléfono y no he vuelto a saber nada de él desde el viernes. Desde el sábado, mejor dicho.

—¡Pero es que todos los tíos con los que te lías o son homosexuales o están casados! Vives lo que se dice peligrosamente.

—Sí, sí, ya lo sé. No hace falta que me machaques. A lo mejor es verdad lo del chiste y el mercado está muy mal. Me voy a tener que meter en una aplicación de móvil de esas para ligar.

—¡Ni lo sueñes!

Ya estoy harta de aguantar la moralina de mi hermana, como si yo tuviera la culpa de enamorarme de mi psicólogo o de un hombre casado. ¡Si yo no sabía nada! ¿Quién me manda venir a su casa si ni siquiera está el idiota? Los sermones de ella me agotan, no me quiero ni imaginar lo que van a sufrir en la adolescencia Cayetana y Alonso.

—No seas pesada, hermanita. Que yo no me meto en tu vida ni en cómo eres capaz de aguantar al caradura y machista de tu marido...

—No metas a Rodrigo en esto. Que a mí me gusten los hombres normales que no dan problemas es una virtud. No un defecto. No soy tan complicada como tú, que si un casado, que si un gay...

—¿Que tu marido no te da problemas? Querrás decir que él no tiene problemas, porque tú te encargas de todo, de criar a tu hijos, de llevar la casa, sólo falta que también le compres la ropa... Ah, no, espera, que también se la compras y luego tienes que ir tú a descambiarla porque no le gusta. ¿No te das cuenta de que eres una pringada? ¿Que has ligado tu vida a la de un tipo simple, machista y rancio?

MJ me mira con los ojos brillantes e hinchados de lágrimas. Parecen a punto de explotar y bañar en cascada el reluciente suelo de mármol de la cocina. Y yo no puedo hacer otra cosa, acorde a mi personalidad, sino sentirme culpable inmediatamente después de machacar a mi hermana, aun sabiendo que ella me ha atacado a mí primero.

De repente la veo hierática frente a mí, mirándome fijamente sin articular palabra, incapaz de reaccionar, no pudiendo asimilar que fuera su hermana pequeña quien le estuviera poniendo los puntos sobre las íes.

—¿Tú no puedes entender que a ti no te hacen felices las mismas cosas que a mí?

Qué razón tiene. Las mismas frases lapidarias que me decía cuando éramos pequeñas y a mí se me ocurría alguna travesura. Ella, ejerciendo de hermana responsable o de mamá joven, me llamaba la atención. Porque MJ ha sido como una madre para mí desde que era pequeña, desde que con tres años me cogía de la mano para cruzar la calle o me daba de comer los potitos para ayudar a mamá. ¿Cómo no iba

a ser el mayor y principal objetivo de su vida traer al mundo a dos críos como Alonso y Cayetana?

—Tienes razón, hermana. Pero eso mismo te lo deberías aplicar a ti misma. Yo tampoco soy feliz de la misma manera que tú.

—Ya, pero es que yo no te veo feliz, por eso quiero ayudarte.

Ahora es a mí a quien se me humedecen los ojos. Tiene razón. Me acerco a ella y nos fundimos en un largo y lloroso abrazo. Al principio soy incapaz de articular palabra. Es como si estuviera saliendo al exterior todo lo que llevo acumulado en los últimos cuatro días: mi jefa Loles, el publicista casado, la muerte de mi psicólogo, la necesidad de amor y la sensación de ser una fracasada. Todo a la vez, centrifugado, cocinado en la Thermomix y en ebullición permanente.

—Te quiero, Sol. Y sólo deseo que seas feliz.

—Yo también te quiero, María José. Y perdóname por lo de Rodrigo. También tiene cosas buenas.

MJ se aparta limpiándose las lágrimas. De repente, me doy cuenta de que parecemos dos concursantes de un *reality-show*, que pasan del melodrama a la superficialidad en un santiamén. Sobre todo, cuando ella se fija en las bolsas que he traído del Plaza Norte.

—¿Qué te has comprado?

—Unos trapitos. Me los voy a probar, a ver qué te parecen.

Y comienza el pase de modelos. A mi hermana, tan recatada, le parece que una de las camisas tiene demasiado escote para ir a trabajar y la otra tiene un color un poco llamativo. Vamos bien entonces, he acertado con las dos. Sin embargo, los pantalones le gustan bastante, tienen «estilo» y son «elegantes», podría llevarlos una «directora de recursos humanos de una multinacional». Creo que aquí he fallado. Tendré que descambiarlos. La falda le parece que «ni fu ni fa», ni demasiado corta ni excesivamente larga. En el punto medio. Perfecto, ojalá sirva como acicate hacia la búsqueda del equilibrio, no sólo en mi vestimenta, sino también en mi vida.

Regreso a la revista y me sumerjo en la redacción de «Teoría y práctica de los cuñados coñazos». Borro lo de coñazos, demasiado para un titular en *Metropolitan*. Dos horas más tarde, termino el borrador y se lo envío por email a la innombrable de mi *dire*. Luego disparo unos cuantos tuits contra el Gobierno, la telebasura y el fútbol. Me paso por Facebook, al que tengo abandonado desde el finde, tengo un privado de alguien llamado Doctor X, lo abro y... ¡Qué narices es esto!

Si quieres recuperar las cenizas de tu amado psicólogo, sólo te costará cinco mil euros.

CAPÍTULO 6

Esta mañana, la innumerable de mi jefa me ha echado la bronca por haber escrito en la agenda de los mejores locales nuevos de Madrid el vocablo *afterwork* en vez de poner «después de trabajar» porque, según ella, nuestro idioma, el español, es muy rico y no debemos someternos a la dictadura del inglés. Pero tres minutos después me ha obligado a cambiar «almuerzo de media mañana» por *brunch* «porque hay palabras que molan mucho más en inglés». Lo que yo pensaba de ella se confirma: padece *ciclotimia tremens*.

Menos mal que la columna sobre los cuñados le ha encantado. Una nunca sabe por dónde te va a salir la *Wintour*. Le he comentado el éxito de mi texto a mi hermana y su marido, muy *cuñadamente*, le ha dicho que me va a pedir derechos de autor.

Aprovecho un minuto libre para entrar por enésima vez en el Facebook para ver si el secuestrador o la secuestradora de las cenizas de Aitor ha dado señales de vida. Nada.

¿A quién en su sano juicio se le ocurre secuestrar unas cenizas?

Estoy segura de que es una broma pesada de alguien. Apuesto por mi cuñado. Mejor pasar de esta historia. Que ya bastantes veces he hecho el ridículo en mi vida por entrar al trapo con bromas de mis amigos.

La redacción de *Metropolitan* está en calma puesto que todavía estamos a principios de mes y eso en una revista mensual es sinónimo de desparrame. Todos los números sucede lo mismo. Los primeros veintidós días el ambiente es relajado, los cigarrillos de las que fuman duran entre veinte y veinticinco minutos, los debates sobre vídeos virales o la actualidad del corazón durante los cafés al lado de la máquina se eternizan, y lo de llegar puntuales al trabajo es una quimera. Pero todo sufre un giro copernicano cuando se acerca la hora del cierre y posterior publicación, y no es extraño acabar a altas horas de la noche para poder concluir. Esto es sin duda muy español, lo de que te pille el toro, que para algo somos el país al que identifican por la fiebre taurina.

Loles Bazán lleva dos horas reunida en su despacho con Noelia Linares, la directora de la web. Al cabo de un rato, salen del mismo y nuestra jefa suprema se dirige en alto a toda la redacción:

—¡A ver, dentro de diez minutos, nos vemos todos los redactores en la sala de reuniones. Tenemos algo importante que comunicaros!

Para qué queremos más. Diez minutos dan de sobra para todo tipo de elucubraciones, murmullos y teorías conspiratorias. ¿Nos van a despedir? ¿Cierra la revista? ¿Hay alguien que está pasando tickets de taxis que no debería pasar? ¿Se va a producir un ERE? ¿Van a comprar por fin un nuevo microondas? Los más optimistas hablan de una subida de sueldo generalizada, pero, desgraciadamente, tal como está el

patio en el grupo, esto se antoja casi imposible.

Vamos entrando en la sala de reuniones, todos con caras serias, algunas madres de familia realmente asustadas y yo pensando que ahora mismo la preocupación por mantener o no el trabajo me da más o menos igual. Quizá sea el giro que necesito para que mi vida empiece por fin a funcionar, que algo o alguien dé el paso por mí para iniciar nuevos proyectos.

Las últimas en aparecer son Loles y Noelia. La primera toma la palabra.

—No os asustéis, que no pasa nada. De momento.

Cuando alguien empieza así una conversación es que, sin duda, de verdad pasa algo y sí es para preocuparse. Es la teoría de la paradoja y ese «de momento» final no es nada, pero que nada halagüeño.

—La edición en papel de la revista está perdiendo lectores y el presidente del grupo quiere resultados. ¡Y los quiere ya!

—¿Va a haber despidos? —pregunta de inmediato, alarmada, Silvia Ilundain, la especialista en casa real.

—De momento, repito, no. Pero todo dependerá de lo que aportéis cada uno de vosotros para conseguir ventas de la revista. Y lo que más nos ayuda a vender ejemplares son las exclusivas. A partir de ahora, se exige a cada redactor y redactora una exclusiva al mes. El que no la consiga, será despedido. Así me lo ha transmitido nuestro presidente.

—¿Qué se entiende por exclusiva? ¿Una entrevista en exclusiva o algo más? —vuelve a preguntar Silvia, que, hay que reconocerlo, tiene dos ovarios para ser tan incisiva con la directora.

—Entrevistas en exclusiva a personajes potentes por un lado... Estoy hablando, por ejemplo, de una conjunta de Isabel Preysler y Mario Vargas Llosa, o de Antonio Banderas si nos enseña su nueva casa de Londres... Pero no sólo quiero entrevistas, sino también lo que es una exclusiva de toda la vida, es decir, dar una noticia antes que nadie, conseguir las pruebas de un gran chanchullo... Y para investigar, os recuerdo, hace falta oficio, talento, olfato, audacia... Supongo que todos habéis estudiado en las facultades de periodismo y no es necesario explicaros estos conceptos... ¿Está claro?

Asentimos como borregos preguntándonos, o por lo menos me lo pregunto yo, cómo vamos a conseguir diez exclusivas, una por cada redactor de la revista, si ya es difícil, normalmente, conseguir una entre todos. Esto es lo que se llama un predespido en toda regla.

—Bueno, pues a ponerse las pilas, que tenemos un número que sacar. Quedan veinte días para el cierre y me tenéis que dar algo.

Todos nos disponemos a salir de la sala cuando Noelia, la directora de la web, carraspea. Loles Bazán la mira.

—Ah, sí, Noelia quería deciros algo.

—Gracias, Loles. —La tensión entre ambas es más que evidente—. No podemos olvidar que nuestra revista tiene hoy en día dos soportes y nos debemos todos a ambos. La ventana digital supone mes a mes un porcentaje mayor en los ingresos de nuestra empresa y debemos atender como es debido a esta pata estratégica de nuestro medio. Eso se traduce en que necesitamos que la redacción se comprometa a un aporte extra y periódico de contenidos. Hemos decidido que, aparte de reportajes exclusivos para el número mensual, cada redactor tiene, a partir de hoy, la obligación de escribir un blog, de lo que sea, pero tenéis que escribir. Es *marketing* de contenidos puro y duro y, además, os servirá para desarrollar aún más vuestra marca personal.

El personal se queda estupefacto. ¿Un blog... sobre qué? Si antes las jornadas cercanas al cierre eran de doce o catorce horas y las lejanas al cierre eran de diez horas con cafés y pitillos largos... ¿A qué hora vamos a llegar a casa ahora? ¿Tendremos vida fuera de la redacción? Quizá sea lo mejor porque no es que mis quehaceres personales sean muy interesantes. Un psicólogo muerto por aquí, una hermana pesada y un cuñado rancio por allá...

—¿Con qué frecuencia hay que publicar en el blog? — Vuelve a interesarse la especialista en la corona.

—Dos veces a la semana —le contesta la directora de la web.

—¿Esto se tendrá en cuenta también a la hora de los posibles despidos?

—Todo suma —asegura Noelia Linares.

—¿Habéis pensado en poner camas en la redacción? — ironiza Nacho Fresneda, el especialista en moda.

—Si queríais un trabajo de ocho a tres, haber estudiado unas oposiciones —interrumpe Loles Bazán—. Sois periodistas y el periodismo es como el sacerdocio, uno ejerce las veinticuatro horas del día. Veinticinco si hace falta. ¿Está claro?

Meridianamente claro. Apenas veo a mis amigas de la facultad porque cada una, ahora, posee su vida, su novio o su marido, pero ahora sí que va a ser imposible encontrar ese momento de reunión amistosa.

La jefa da por concluida la reunión y cada oveja desfila hacia su mesa, cabizbaja, preguntándose cómo narices va a conseguir mantener el tipo y dar toda la lana que se le exige.

Poco después, se acerca a mi mesa Sara, la diseñadora que me invitó a la fiesta en el ático deslumbrante de los directores de cine.

—¿Qué os han dicho?

—Básicamente que... o sacamos una exclusiva al mes o vamos a la calle...

—¿Una cada uno?

—Me temo que sí —asiento—. Ah, y que tenemos que abrirnos un blog y escribir de lo que sea para conseguir páginas vistas en la web.

—¿En serio...? Yo tengo un blog de diseño publicitario... ¿Y tú de qué vas a escribir?

—Ni idea...

—Yo tengo una propuesta. Puedes escribir de él... —me sugiere Sara con toda intención mientras me muestra la portada de *GQ* en la que aparece Luis Moreno como el Don Draper ibérico.

—¿Has venido a cotillear...? ¡Qué cabrona eres!

—¿No estamos en una revista de cotilleos? Cuéntamelo todo, que yo hice de celestina.

—¿Por qué le contaste todo sobre mí?

—Porque fue él quien se interesó... ¿Acabasteis en la cama?

—No. Bueno, sí, pero no llegamos a consumir. ¿Tú sabías que estaba casado?

—Claro, yo lo conozco por unos amigos. Pero no sería eso lo que te frenó, ¿verdad? Yo pensé que te vendría bien una alegría al cuerpo...

—Ya, pero yo no soy muy de enrollarme con tíos casados. ¿Y cómo es ella? Su mujer...

—Es Raquel Mengual, una modelo de alta costura. Fue finalista de Miss España en 2004.

—Entonces, no entiendo por qué se fijó en mí...

—No lo pienses. Sólo aprovéchalo... Cuéntame más. ¿Qué coño es eso de que no llegasteis a consumir?

—¿Sabes qué...? —De pronto se enciende una bombilla en mi cabeza, *led* por supuesto—. Para saberlo tendrás que leer mi blog...

Lo de abrirme una bitácora, no para escribir sobre Luis Moreno, al menos no exclusivamente, sino sobre la desastrosa vida amorosa de una periodista urbanita a punto de cumplir treinta años, no es mala idea. No es que sea muy original, porque he de reconocer que yo era fan de *Sexo en Nueva York*.

Y, además, es justo lo último que me recomendó Aitor antes de morir. No sé si generará muchos comentarios de los lectores, pero yo lo voy a poner en práctica. A ver qué tal me va.

Tengo que ponerle un nombre que sea potente y atractivo. Algo que llame la atención, que guste a la gente, que empuje a leer un *post* por lo menos. Pero... ¿cuál? Lo pensaré mientras hago pis, que esto de beber mucha agua para adelgazar, como recomiendan todas las revistas y blogs de nutrición, está muy bien, pero te hace estar todo el día en la cola del baño.

Levanto la tapa, me siento a ejercer mis necesidades fisiológicas y, como es habitual, cojo el móvil y miro el Facebook, que es el momento en que aprovecho para saber de la vida de mis amigos. Del secuestrador o secuestradora de la urna mortuoria, nada de nada. Por lo demás, lo de siempre, el que habla de política, las que suben sus vídeos en plan *it girl*, mi amigo Alberto que no hace más que poner fotos de su gato y los que cuentan sus problemas sentimentales. Entre ellos, Miguel Herguedas, cuyo estado me llama la atención en el momento en que termino de hacer pis:

El amor es un invento de los poetas, que nos han tenido engañados desde hace siglos.

Me levanto *ipso facto*. ¡Es perfecto! ¡El amor es un invento de los poetas! Esto explicaría todos mis dramas. En ese mismo instante bautizo mi nuevo blog. Me limpio con el papel higiénico, me subo las braguitas y las medias. Después, me lavo las manos y confirmo el mal estado de mi cutis. Salgo del baño.

Al entrar de nuevo en la redacción me cruzo con Óscar, el técnico, el del romántico kebab, que se me queda mirando con una cara muy extraña.

—Vienes del baño, ¿no?

—Sí, ¿por?

—No, por nada. Oye, ¿has pensado ya qué día te apetece que quedemos?

¡Mierda! Lo había olvidado. Le dije que iba a quedar con él y lo prometido es deuda. Al menos, para mí, que mi padre me enseñó que tenía que ser una mujer de palabra. Pero no va a ser hoy. Ni mañana. Ni a corto plazo.

—Verás, es que ahora tengo que encontrar como sea una exclusiva. O, si no, me despiden. Lo dejamos para más adelante, ¿vale? Pero vamos a quedar, seguro. Te lo prometo.

Continúo caminando hacia mi sitio cuando me encuentro con Silvia Ilundain, que me mira sonriendo.

—Voy al baño, ¿sabes si queda papel?

¿Por qué todo el mundo me pregunta por el baño? ¿Es que llevo escrito en la frente que he ido a hacer pis? Levanto la vista, la miro y asiento.

—Sí. Hace un minuto, al menos, quedaba papel.

Silvia desaparece de mi vista, supongo que en dirección al baño. Prosigo mi camino y, a punto de sentarme frente al ordenador, me aborda Noelia Linares.

—Ya sé que en *Metropolitan* no pagan mucho, pero de ahí a que te lleves el papel higiénico a tu casa hay un trecho.

Me quedo mirándola desconcertada durante un par de segundos y giro la cabeza para observar a mi espalda. Tomo conciencia en ese instante de a qué se deben todos los comentarios desde que he salido del baño. Al subirme las medias, se me ha quedado enganchado el papel higiénico a la cintura y me lo he traído por todo el pasillo en plan perro del anuncio de Scottex. Es decir, ahora mismo el papel va desde su lugar ideal junto al inodoro hasta mi asiento, casi en la otra punta de la oficina. Y lo peor de todo no es el ridículo que acabo de hacer ante toda la redacción, sino que algunos de los técnicos y los maquetadores me han grabado con el móvil y ya lo deben estar subiendo a sus redes sociales. ¡No! ¡Otra vez no! ¿Por qué me tiene que pasar todo a mí? Esto me sucede por estar al Facebook y al móvil, y no a lo que tengo que estar. Si ya lo dice mi madre, que estando mi teléfono de por medio no existe el resto del mundo.

—No te preocupes —me trata de tranquilizar Noelia—. Bien mirado, si se convierte en viral, te vendrá bien para ganar más seguidores en Twitter y así, al compartir tus artículos y tus *post* del nuevo blog, tendrán más clics...

Visto así quizá no sea malo, pero no se me olvida que lo ha dicho una obsesa de los clics para conseguir páginas vistas. A ella le importa un cuerno mi reputación.

—¿Has pensado de qué vas a escribir?

—Sí. ¿Qué te parece sobre la desastrosa vida sentimental de las mujeres solteras de treinta años en una urbe grande como Madrid?

—¿Te vas a inspirar en tus propias experiencias?

—Sí, ¿pasa algo?

—Para nada, mucho mejor, pero busca un seudónimo. ¿Tienes título?

—El amor es un invento de los poetas.

—¡Me encanta!

Y con el empujón de moral que da el hecho de que alguien diga que le encanta algo que tú has pensado, tomo asiento en el trono de mi mesa. Bueno, en realidad es una frase de mi amigo Miguel Herguedas, pero... ¿quién sabe si él no se la ha copiado a otro?

Hay que pensar un seudónimo. Tiene que sonar urbanita, moderno, elegante. ¿*Hipster*? ¿*Mileurista*? Quién sabe si anglosajón o, mejor, alemán o francés. Ya lo tengo. De pequeña tenía una amiga alemana, cuyos padres trabajaban en la embajada y estuvo unos años en mi clase. Me encantaba su apellido: Schaff. Y cuando era niña y pensaba qué nombre me hubiera gustado para mí, siempre pensé que Brenda, como el personaje de *Sensación de vivir*, hubiera sido perfecto. ¿Qué tal Brenda Schaff? Me gusta. Voy al lío. Tengo que escribir el *post* de presentación. ¡Se va a enterar la Chiara Ferragni esa de cómo se escribe un blog!

EL AMOR ES UN INVENTO DE LOS POETAS

La sociedad nos tiene engañados. El amor no existe, al menos tal y como nos lo muestran en las películas románticas, las canciones ñoñas o los poemas. El amor, como tal, se lo inventaron los poetas. La culpa es de Garcilaso y sus amigos, que empezaron escribiendo de él con la intención de llevarse a la cama a unas cuantas ninfas. Y ahora nos encontramos en una sociedad completamente mercantilizada por eso que llaman amor.

Nos sentimos atraídos por el sexo opuesto o el propio, es verdad, pero con fines únicamente sexuales o temporales. Hay quien se ha creído el cuento, fue mi caso durante algún tiempo, de que existe el amor para toda la vida. Ese en el que dos personas se conocen, se enamoran de manera igualitaria y equidistante, viven presos de la pasión y se respetan mutuamente hasta que se hacen viejitos y van juntos al geriátrico. Por las tardes ven la telenovela e, incluso, si les quedan fuerzas y la viagra lo permite, por la noche hacen el amor. Es mentira.

Según diversos estudios de corte psicológico, lo que se entiende por amor dura apenas tres años. Lo de después ya es costumbre, si es que la pareja se mantiene. Pero lo que de verdad he sufrido yo, en mis casi catorce años de relaciones sentimentales, es el desequilibrio térmico. Es muy difícil encontrar a alguien y que tu relación con él sea igualitaria. Cuando estás más por el otro, para él no eres más que un pasatiempo. Cuando hay alguien que está más por ti, tú sólo lo utilizas para aquello de «la mancha de mora con otra verde se quita». O, simplemente, por no estar sola.

Además, el ser humano tiende a perder la dignidad por aquel que pasa de ti y tú tiendes a evitar al que de verdad muestra sentimientos hacia tu persona. En fin, un lío en el que es complicadísimo que dos personas encajen desde el principio y, lo que os decía arriba, que esa compenetración permanezca para siempre en el plano sexual, sentimental y amistoso. Y, el más difícil todavía, sobre todo en la sociedad actual, es que todo eso suceda sin que haya por medio terceras y, a veces, hasta cuartas y quintas personas.

Lo que ocurre es que en el amor manda al dinero y en el nombre de ese sentimiento que, supuestamente se encuentra en el corazón, se compran millones de objetos el día de San Valentín, la gente se casa y paga una luna de miel a un precio tres veces más caro que el mismo viaje sin la etiqueta «de novios», muchos restaurantes cobran el cubierto a precio de oro si la celebración es un enlace matrimonial. Y los abogados que se dedican a tramitar los divorcios se llevan un buen pico solucionando, o mejor, envenenando aún más, las desavenencias de la pareja. Todo el mundo gana, menos el que se cree el cuento.

Acabo de releer lo que he escrito hasta ahora, y sí, es una versión pesimista de la situación, pero prefiero pensar que el amor no existe, sino que se lo inventó Garcilaso o Dante, que asumir que soy yo la única desgraciada de este mundo. O, mucho peor, creer que soy gafe. ¿Que por qué creo que soy generadora de mala suerte? Os voy a explicar mis últimas tres experiencias amorosas.

Lo único que te digo es que si eres hombre y te sientes atraído por mí a la vez que yo por ti, corres el peligro de volverte homosexual, de convertirte en un fiambre o de que tu mujer te pille con las manos en la masa, entendiendo por masa mis nalgas o mis tetas. ¿Cómo queréis que crea en el amor? Está clarísimo que todo fue culpa de Garcilaso de la Vega y me gustaría poder utilizar una máquina del tiempo para viajar al Siglo de Oro y estrangularlo con mis manos. Cambiaría la historia y todos seríamos más felices o, al menos, menos infelices.

He escrito el *post* casi de un tirón, lo que me ha salido directamente de mis entrañas, siguiendo aquel consejo que me dieron en el curso de escritura creativa que hice por internet: escribe borracha, sin pensar, y edita sobria. Es mucho más fácil cuando uno habla de lo que le reconcome. Lo he vuelto a leer y, efectivamente, noto un cierto halo pesimista, a la vez que victimista.

Está claro que he de coger el toro por los cuernos, afrontar que la culpa de que yo sea infeliz no es de lo que me sucede externamente, de los demás, sino que debo estar a gusto conmigo misma, sin depender de los hombres de mi vida. Tengo que disfrutar de estar sola, de la libertad, de no tener que dar explicaciones a nadie, de poder ver en la tele lo que realmente me gusta, sin tener que ceder a los gustos de tu pareja. Estar sola y sin las cadenas castradoras del amor, ese que no existe y que nunca ha existido, tiene sus ventajas. ¿Por qué no aprovechar la situación? Pasa de ellos, Sol. Tú eres tú y todo se puede hacer sola, salvo las invitaciones a fiestas para dos, los viajes del *Groupon* y los donuts, que también los venden de dos en dos, para que ambos integrantes de la pareja engorden por igual.

Hago clic en el botón de publicar y me levanto a por un café. La redacción sigue igual de frenética. Una cosa hecha, ahora me tengo que poner manos a la obra para encontrar mi dichosa exclusiva. Pero puedo disponer de cinco minutos para procrastinar, el verbo favorito del periodista. Sobre todo en esta redacción del 1 al 22 de cada mes.

Voy a la bandeja de entrada y, ¡oh, Dios mío!, ¿será verdad lo que ven mis ojos...? No puede ser. ¿Es él? ¿Será Luis Moreno, el publicista, el que me ha escrito un email cuyo nombre de remitente es Luis Moreno? Es un nombre más o menos común. Seguro que no es el mismo. A lo mejor es uno nuevo de administración de esos que no sé ni cómo se llaman. Claro que en el asunto pone sólo «Hola». Podría ser

cualquiera.

Remitente: Luis Moreno lmoreno@gmail.com

Destinatario: solllerena@metropolitan.es

Asunto: Hola.

Imagino que estarás sorprendida porque haya conseguido tu email y, además, que estarás enfadada por cómo terminó todo la otra noche y por el detalle de que no te mencionara que estaba casado.

Pero es que tenía que escribirte porque te dejaste unos pendientes en mi mesilla de noche y no soy persona de quedarme con los bienes ajenos.

Además, querría explicarte algo. ¿Podríamos vernos?

Un beso.

Luis

Dos décimas de segundo después me toco los lóbulos de mis orejas y, efectivamente, no tengo pendientes. Los había perdido y ni me había dado cuenta con todo lo que he tenido en la cabeza estos últimos días.

Las piernas me empiezan a temblar y un nudo en el estómago atenaza mis movimientos. Toda la teoría de que tengo que disfrutar de la libertad de estar sola comienza a derrumbarse.

Pero tienes que ser fuerte, Sol.

Por eso cierro el correo sin contestar y me levanto para ir al baño, no sé exactamente a qué.

Y también, no sé por qué, me acuerdo de una frase que le he oído muchas veces a mi tía María Rosa, la hermana de mi madre: «La experiencia es el nombre que le damos a todas nuestras equivocaciones».

Si esto es cierto, ¡anda que no tengo yo experiencia!

CAPÍTULO 7

¡Pi! ¡Pi! ¡Piiiiii! ¡Piiiiiiiiiii!

Ay, Dios, qué sueño tengo. Ay, cinco minutos más, por favor. Sólo cinco minutos y me levanto, ¿vale? ¿Quién me mandaría a mí quedarme anoche viendo *Girls*, la serie de Lena Dunham, hasta las cuatro de la mañana? No puedo moverme. Y el puñetero piii del despertador me está taladrando el cerebro. Ay, cinco minutos y me levanto, lo prometo. Sólo cinco, de verdad.

Alargo la mano con mucho esfuerzo hasta el móvil y lo apago.

¡Pi! ¡Piiii! ¡Piiiiiiii!

Vale, vale... Ya voy. Abro el ojo izquierdo y veo que son las ocho y veinticinco. Ay, mierda. Si sólo dije cinco minutos y han pasado... ¿Cuántos? ¿Veinte? Soy lo peor. ¡Pero lo peor de lo peor! Sobre todo cuando me estoy jugando el puesto de trabajo. Tengo que encontrar esa exclusiva como sea.

Ay, ¿qué haría Lena Dunham en mi situación? ¿Contestaría a Don Draper? ¿Se olvidaría de él? ¿Le ignoraría, pero sería una estrategia para hacerse la dura? Sol, si anoche te viste cinco capítulos de la cuarta temporada y no lo has descubierto, es que eres una lerda. Aclárate tú misma.

Me preparo rápidamente una taza de café en mi máquina de cápsulas, que vale, el café no está mal, pero las puñeteras capsulitas cuestan un riñón. Si es que soy una holgazana, por no hacer café normal, que debe de ser fácil, pero yo no he aprendido en mi vida por vagancia. O porque era Esteban el que siempre lo hacía.

Mientras el café termina de hacerse, corro a mi portátil situado sobre la mesa de estudio que tengo en el salón, frente a la puerta de entrada a mi microapartamento, para ver si, por casualidad, Don Draper ha vuelto a escribirme. ¡Nada! ¿Qué hago? Le contesto. Si Lena Dunham no te ayuda, qué te diría Aitor que hicieras. Ay, pobre Aitor, ¿dónde andará? Sol, por Dios, ¿cómo puedes pensar en los emails de Don Draper y olvidarte de que perdiste las cenizas de tu pobre psicólogo? ¿Es que eso no te hace sentir culpable? Si hasta hay un tipo que me está vacilando por Facebook con las dichas cenizas.

Suena el pitido de que el café está listo y regreso hacia la zona de la cocina cuando, al pasar de nuevo frente a la puerta, un elemento distorsionador llama mi atención. Un sobre que alguien ha metido por debajo de la puerta. ¿Será de un admirador? ¿La publicidad del buzoneo se ha vuelto aún más intrusiva? ¿El vecino del quinto? Que no está nada mal, por cierto, pero yo ya me había hecho a la idea de que también era gay. Ay, Dios, ¿una carta bomba? Que no hace mucho tiempo vi en el programa de Bertín Osborne que Carlos Herrera le contaba cómo detectó que le habían enviado un paquete bomba. Serás idiota, pero... ¿quién coño va a querer matarte a ti?

Finalmente me decido y abro el sobre. Dentro hay una holandesa con un texto escrito a mano en mayúsculas:

*TENGO LAS CENIZAS. SI QUIERES RECUPERARLAS, TENDRÁS QUE ABONAR LA CANTIDAD DE CINCO MIL EUROS. EN CASO CONTRARIO, DESTRUIRÉ LA URNA O LA VENDERÉ EN EL MERCADO NEGRO.
SOLICITA INSTRUCCIONES EN EL SIGUIENTE EMAIL:
secuestrocenizasmortuorias@gmail.com*

Y junto a la nota, una foto grande. Y sí, es la urna con las cenizas de Aitor. Con su nombre inscrito y todo en una chapa plateada. Se ve que le están tratando bien porque tiene el mismo aspecto que la última vez que lo vimos. Pobre.

A ver, Sol, piensa. Aquí sólo hay dos posibilidades. O alguien te está gastando una broma muy, pero que muy pesada, que como sea así me voy a pillar un rebote de los que hacen historia con el bromista; o, ay, Dios, de verdad alguien ha secuestrado las cenizas de Aitor y está pidiendo un rescate por ellas. Pero... ¿quién sería capaz de hacer algo así? ¿Y por qué no le pide el rescate a su mujer? Analiza, Sol, analiza. Tiene que ser alguien conocido, porque si no, por qué ha acudido a mí.

Ay, madre. Y sea quien sea, sabe dónde vivo. Ha estado en la puerta de mi casa. ¿Y si sigue detrás de la puerta? Abro, pero no hay nadie. Uf, respiro más tranquila. ¿A qué hora lo habrán traído? Ha tenido que ser entre las cuatro que me acosté y las ocho y pico que me he levantado. Sea quien sea, es muy madrugador.

Miro la hora. Qué tarde, madre mía. Me tomo el café como si fuera agua y acabara de correr un maratón, me ducho en cinco minutos, me visto en un santiamén y me dirijo a la revista.

Llego al curro veinte minutos tarde, por lo que decido entrar por la puerta sigilosamente, sin saludar a nadie. Quiero creer que si no saludo a ninguno de mis colegas y Loles no me ve justo en el momento en que me siento, nadie se va a dar cuenta de que he llegado tarde. Consigo alcanzar mi silla conteniendo la respiración. Oriento mi mirada hacia el despacho de la innumerable, desde mi ubicación tengo una visión privilegiada, y la veo enfrascada en la pantalla del ordenador.

Vale, ya estás en tu mesa. Ahora piensa en la exclusiva. ¿A qué famoso puedes conseguir entrevistar y que cuente algo que no haya contado en ningún sitio? Pues no me viene ninguno a la cabeza y, además, no puedo parar de pensar en las cenizas de Aitor. Sol, olvídate, porque tú no tienes cinco mil euros y, además, ¿te vas a dejar extorsionar? Pero, por otra parte, ¿cómo voy a llevar sobre mi conciencia haber tenido la posibilidad de recuperar las cenizas y entregárselas a su mujer o hacerlas descansar en un lugar tranquilo? ¡Dios, me siento culpable por sentirme culpable! ¡Y a veces me siento culpable por no sentirme culpable! Es decir, soy un teorema de neuras irresoluble.

Consulto en mi teléfono móvil el extracto de mi cuenta bancaria. Sólo tengo mil ochocientos veintisiete euros. ¿Adónde voy yo con eso? Pues me pensaba ir a Cuba una semana en verano a ver si me alegraba un poco la vista y quién sabe si el cuerpo, pero visto lo visto, va a ser que no. Inmediatamente abro un grupo de WhatsApp con Inma y Tomomi llamado «Operación Cenizas».

Sun: Chicas, tenemos que vernos. Es sobre las cenizas y urgente. A la una en el Starbucks de Velázquez.

Casi no termino de escribir el mensaje cuando una mano se posa sobre mi hombro. Es Loles Bazán con la más sarcástica de sus sonrisas...

—Dime que has llegado veinte minutos tarde porque estabas investigando tu exclusiva...

—Cómo me conoces, Loles. Me está llevando arduas conversaciones con mis fuentes. Precisamente en dos horas he quedado con una de mis confidentes. Puede que me cuenten algo muy goloso de alguien.

—¿De quién?

Mis reflejos mentales y mi diarrea imaginativa me salvan una vez más de las garras de mi explotadora. Me aferro rápidamente a uno de los muchos soplos, falsos la mayoría, que llegan a los incautos oídos de los/las periodistas del *cuore*.

—De Alonso Aznar... Puede... —Bajo la voz a susurro confidencial—. Puede estar liado con una diputada de Podemos... Y estoy también en otra investigación que va más allá de la muerte.

—Me estás poniendo los dientes largos.

Mentira cochina y eso que yo no soy de mentir. Precisamente peco de lo contrario, de no saber mentir, de ser transparente, de que se me note todo, pero esta es una situación extrema y lo que le he dicho no es mentira del todo. ¿O es que investigar quién ha secuestrado las cenizas y cómo recuperarlas no es periodismo de investigación? ¿Y qué hago con la trola del vástago del expresidente del Gobierno...? Ya veré. Ya aparecerá alguien, seguro. El famoso no nace, se hace. ¿Y quién lo hace? Pues nosotros, los medios.

Cuando llego al Starbucks de Velázquez, tarde, como siempre, Inma y Tomomi ya se están tomando un *latte macchiato* la primera y un batido de vainilla la segunda. Por un momento imagino que sus vasos son chupitos de jäger. ¡Aggg, sólo de pensarlo me provoca una arcada!

Sin más dilación, les muestro la carta del secuestrador junto con la foto de la urna. Después de leerla, Tomomi se fija en una cosa, en su obsesiva cosa.

—Por lo menos han tratado bien las cenizas. Se ve la urna limpita.

—Yo creo que es un *fake* —se apresura a comentar Inma.

—¿Qué quieres decir? —pregunto, poniendo de manifiesto mi ignorancia.

—Que alguien nos la está colando. Que nos quieren sacar la pasta, pero no tienen las cenizas. ¿Quién va a secuestrar unas cenizas?

—Tía, que nos han mandado la foto. —Se me adelanta Tomomi cuando yo iba a decir exactamente lo mismo.

—No sé, quizá alguien del hospital. Cuando llevamos a Tomomi a urgencias, yo dejé mi móvil en la ventanilla de ingresos. Y a lo mejor de esa manera me han localizado.

—¿Y no sería mejor denunciarlo? —prosigue Inma, que es la más escéptica de las tres.

—¿Crees que la policía se va a movilizar por unas cenizas de nada? —Tomomi está demostrando ser la más lúcida de las tres.

—Pero a ver... Que os estoy viendo venir... ¿Estaríais dispuestas a pagar el rescate? —Inma va directa al grano.

—No sé... Yo sólo digo que, con todo lo que hizo Aitor por nosotras, y después de haber perdido sus cenizas, no nos perdonaríamos renunciar a la posibilidad de recuperarlas. Yo no sé vosotras, pero yo soy muy de sentirme culpable —trato de convencerlas.

—Yo podría aportar dos mil euros. No podría justificar más de eso ante mi marido. Llevamos las cuentas en ganancias. Le puedo decir que es para pagar una desinfección total de la casa por miedo a enfermedades de tipo bacteriano. Como él me conoce, lo entendería —propone Tomomi.

—A mí me quedan unos mil ochocientos en la cuenta. Me puedo quedar con doscientos para lo que queda de mes y el resto puedo tirar de tarjeta de crédito. ¿Tú qué tienes, Inma?

—Pues yo estoy sin blanca, pero... Pero creo que puedo encontrar la manera de conseguir el dinero que falta.

—¿Cómo? —preguntamos Tomomi y yo a la vez.

—Llevándome a un tío a la cama. Conozco a un empresario que me paga cada vez que... Pues eso. Le puedo llamar ahora y en dos horas tengo el dinero.

Una vez más, el sentimiento de culpabilidad, tan arraigado en mi interior, aflora y tortura mi mente. En este caso, por incitación a la prostitución. A ver si me van a meter en la cárcel por proxeneta o algo peor.

—¿Eso no va en contra de la terapia que te recomendó Aitor? —le recuerda la oriental.

—Aitor me sugirió que, cada mes, uno menos que el anterior. Este mes todavía me puedo tirar a alguno más. Y no es ningún sufrimiento, no os preocupéis. El tío está de caerse de espaldas. No os imaginéis al típico empresario gordo y viejo fumando un puro. Él sólo quiere acostarse con una tía que esté buena y no le dé problemas y, como sabe que yo soy de esas, es muy generoso.

Ni corta ni perezosa, Inma hace una llamada de teléfono y nos anuncia que se marcha a un hotel. No puedo evitar imaginármela teniendo sexo con dicho empresario... ¡Un momento...! Si ha dicho que está de caerse de espaldas, ¿no será mi Don Draper? En estos momentos, para mí, la definición de «estar de caerse de espaldas» es la viva imagen de Luis Moreno... ¡Joder, Sol, deja de pensar estupideces! Él no necesita prostitutas. Seguro que chasquea los dedos y tiene al momento las mujeres que quiera.

Me quedo con Tomomi, que me cuenta que las cosas con su marido no van del todo bien. No sabe por qué, ya que siempre había sido comprensivo con su problema, pero desde que empezó a visitar a Aitor habían aflorado en él los celos. Quizá porque intuía que ella se estaba enamorando del psicólogo. Vamos, que su matrimonio se estaba yendo al garete y se confirma, una vez más, mi teoría de que el amor no existe o no dura más de tres años. Pero bueno, vamos a lo que vamos: las cenizas de Aitor.

Inma, tras trajinarse al empresario y a su billetera, aparece en el local donde estamos comiendo: el Pipa & Co, un restaurante perteneciente, entre otros, a Alonso Aznar. He llevado allí a Tomomi para ver si veo a alguna diputada de Podemos. Y, claro, conseguir la foto o la confirmación sería todo un pelotazo y haría las delicias orgásmicas de Loles Bazán, además de salvar mi culo en *Metropolitan*. Pero, de momento, mi gozo en un pozo porque ni rastro de Alonso Aznar, y menos de su podemita. Ya os dije que el soplo recibido no era nada de fiar.

La rubia nos muestra los mil quinientos euros en billetes de cien, completamente nuevos, e inmediatamente nos preguntamos Tomomi y yo si ese dinero no habrá salido de alguna Operación Púnica, o tal vez proceda de una cuenta de una empresa *offshore* en Panamá, o bien de algún sobre comisionista. Ya vemos adónde va el dinero evadido a Hacienda o robado a las arcas del Estado: a despertar los flujos vaginales de Inma. El caso es que entre las tres tenemos ya más de cinco mil euros.

Escribo un email a secuestrocenizasmortuorias@gmail.com preguntando qué instrucciones tenemos que seguir para recuperar las cenizas y explicando que vamos a realizar el pago.

Cinco minutos después, recibo respuesta.

Asunto: RE: Cenizas

Perfecto. Primero transfiere el dinero a la cuenta de paypal que está asociada a este correo electrónico y me envías la confirmación de la transferencia.

Si todo está hecho en dos horas, a las siete de la tarde, podréis recoger las cenizas. Estarán junto a la rueda delantera de un coche que estará aparcado en una plaza del parking SERRANO PARK III. El número de la plaza te lo enviaré en un nuevo correo, previa confirmación de pago.

Inmediatamente, las tres nos ponemos manos a la obra. El dinero conseguido por Inma gracias a su prodigiosa vagina lo ingresamos en mi cuenta de *paypal* a través de una sucursal bancaria de esas que abren por la tarde y Tomomi transfiere sus dos mil euros también a la citada cuenta.

Hago la transferencia vía *paypal* al secuestrador o secuestradores y le envío por correo electrónico el justificante. Ahora sólo nos queda ir al *parking* indicado a las siete, esperar el email con el número de plaza y recoger las cenizas. «Sólo». Como si fuera tan fácil. A lo mejor al secuestrador, que anda por allí, le da por raptarnos a alguna de nosotras y pedir otro rescate, ¿no? Porque si algo se cumple inexorablemente, en mi vida y en mi psique, es la famosa y sabia ley de Murphy: si algo puede ir a peor, irá a peor, sin duda. Sobre esta ley podría yo impartir un máster. No sé si será culpa del karma, de que nací y crecí gilipollas o de que soy un imán de desgracias, pero la vida me ha demostrado con creces que es así. Las que me conocéis un poco no necesitáis más explicaciones.

Pitido y llegada de email. La plaza es la sesenta y nueve. Me huelo que el secuestrador o secuestradores saben a qué dedica su tiempo libre Inma la Rubia.

El *parking* SERRANO PARK III se encuentra al lado del Retiro y, como soy aficionada a las series de policías y me he visto todos los capítulos de *El príncipe*, sé de sobra que el malo puede estar vigilando toda la escena desde alguna óptica con buena visión. Por eso, una vez localizada la plaza sesenta y nueve, en la que se encuentra aparcado un Honda Civic azul, realizamos un trabajo panorámico de observación por todo el *parking*. Está semivacío y no se ve a nadie, salvo a un cincuentón engominado que aparca su Mercedes y, tras salir del vehículo, se dirige a las escaleras que dan acceso al exterior.

—¡Vamos ya, tías! —apremia Tomomi—. Hay polvo por toneladas. No quiero ni saber el tiempo que hace que no limpian este garaje. Me están entrando ganas de potar.

—Aguanta, tía. No podemos ir a campo abierto a lo loco.

—¿Cómo que no? Pues yo voy para allá. Aquí no hay nadie. —Inma es, como siempre, la más lanzada.

—¡Ni se te ocurra! —La detengo agarrándole del brazo—. ¿Y si el secuestrador te está esperando y te lleva a ti?

—Si está buenorro, a mí no me importaría...

—¿Es que no puedes pensar en otra cosa? Aquí hay vidas en juego, ¿vale?

—¿Te refieres a la vida de Aitor? Porque esa me temo que ya no juega ni a la calavera de la oca.

—Muy graciosa. Pues yo no soy muy de humor negro, que lo sepas. Y me refiero a nuestras vidas.

—¡Pues o vamos o me pongo a barrer el *parking*! Yo no aguanto tanta inmundicia —se desespera Tomomi.

La oriental sale por el flanco derecho y no la puedo detener. Así que Inma y yo vamos detrás de ella, yo cagada de miedo, pensando que en cualquier momento va a aparecer el secuestrador y nos va a llevar a una casa abandonada en el campo para violarnos. A Inma le parecerá una estupenda idea, teniendo en cuenta su currículum y sus morbosas adicciones, pero yo no quiero salir de mi sequía de esta manera.

Prefiero antes acostarme con un casado, y puestos a elegir, con Luis Moreno. Que oye, otra cosa no, pero indecisa soy un rato.

En apenas quince segundos hemos llegado al Honda Civic. Al lado de la rueda hay una bolsa de plástico marrón de Carolina Herrera. La abrimos y, efectivamente, contiene la urna. Tomomi comprueba que está tan limpia como ella la hubiera dejado y levanta la tapa para comprobar que las cenizas siguen dentro.

—No nos habrán dado el cambiazo, ¿verdad? —aventura Tomomi.

—¿Para qué? ¿Qué sentido tendría sustituirlas por otras? —se pregunta Inma.

—Igual tiene razón Tomomi. A lo mejor..., a lo mejor se han querido deshacer de un cadáver y aquí dentro está un señor decapitado o un pez gordo —comento, apoyando la versión de la oriental.

—No digáis absurdecas. —Inma parece la más resolutiva, como si conociera todos los pasos que hay que dar—. Ya tenemos lo que buscábamos, ¿no? Pues a largarse tocan.

—No tan deprisa —grita una voz masculina a nuestras espaldas.

Nos giramos las tres y nos encontramos con tres tiarrones con pasamontañas apuntándonos con sendos pistolones. Al verlos, sé que ha llegado el final. Lo que decía antes, soy un megaimán para las desgracias y si algo puede ir mal, irá infinitamente peor de lo esperado. Está clarísimo. Es un tres para tres, nos van a violar en el chalé de las afueras, se van a quedar con todo nuestro dinero y van a pedir un rescate a nuestras familias. Mi hermana, si es que consigo llegar a casa con vida, me echará una bronca descomunal por perder la cabeza por un psicólogo. Mi cuñado dirá lo típico de que ya se imaginaba que algo así podría sucederme debido a mi vida descentrada y promiscua. Mis padres se fustigarán intentando averiguar qué han hecho ellos para traer a una hija al mundo como yo. Y yo sólo desearé estar muerta, acompañando a Aitor o sin él.

—¡Alto! ¡Policía! Las manos contra el coche. Soltad todas las armas que llevéis.

¿Qué? ¿Cómo que policías? ¿Pero qué armas? El más bajito, uno setenta, delgado y nervioso, le indica a su compañero que abra el coche. Y este, el más corpulento, saca una palanca y lo abre en un santiamén. En el interior del maletero hay unas bolsas de deporte y, al abrir las cremalleras, descubren que las citadas bolsas están llenas de pequeños paquetes de plástico transparente que, o yo me equivoco, o lo que tienen dentro debe ser droga. Cocaína, seguro. No es que yo sepa de estas cosas, pero así es como se ven en las películas o cuando en las noticias sacan imágenes de los alijos encontrados por la policía en operaciones contra el narcotráfico.

—¿No creerá que nosotras tenemos algo que ver con esa mercancía? —le pregunto con dos ovarios al policía que parece el jefe—. Nosotras sólo hemos venido a recuperar las cenizas de nuestro psicólogo. Mire, las tenemos aquí. —Le muestro la urna mortuoria—. ¿Quiere verlas?

El que no es ni corpulento ni parece el jefe, me arrebató la urna y levanta la tapa.

—Coronado, deberíamos analizarlas. Parecen cenizas, pero pueden contener coca.

¿Cómo? ¿Pero estamos locos o qué? ¿Quién iba a querer mezclar cocaína con cenizas de muerto? Estos tiparracos están más tarados que nosotras, que ya es decir.

—Sí. Y nos las llevamos a las tres para que declaren.

Al fin se quitan los pasamontañas y podemos verles las caras. Corrientitos, nada del otro mundo. Entre Dani Rovira y Nancho Novo, tirando hacia este último. El corpulento y el otro nos esposan y nos conducen hacia una furgoneta policial que hay en la planta inmediatamente inferior. ¡Ay, Dios mío, a la

cárcel por narcotráfico! Creo que mis padres y mi hermana habrían preferido que me hubieran secuestrado y violado antes que descubrir que su hija, oculta bajo la identidad de una periodista del corazón, es en realidad una capo del tráfico de drogas. ¡Joder!

Miro a mis compañeras. Inma trata de seducir a los policías que van en los asientos delanteros sin éxito alguno, ya que estos no mueven ni una pestaña, y Tomomi... Tomomi se ha quedado sin habla, en estado de *shock* y con la mirada perdida.

Cuando estamos llegando a la comisaría, observo, desde mi asiento de detenida, a Alonso Aznar paseando del brazo de una joven que me resulta familiar. ¿Qué te apuestas a que es la diputada de Podemos...? ¡Y, joder, no puedo confirmarlo porque los polis me han confiscado el móvil y no puedo hacerle una foto a la pareja! ¡Vaya día!

¿A que hoy me quedo embarazada sin echar un puto polvo?

CAPÍTULO 8

Después de sentirme como en una serie de policías por haber declarado ante dos agentes que, como en la ficción, uno hacía de bueno y otro de malo; de haber pasado una noche en el calabozo, aunque, eso sí, estábamos sólo nosotras tres; y tras sucumbir a la visión de Tomomi dejando la celda como una patena y de Inma tratando de llevarse al huerto al guardia que nos custodiaba, por fin ya estamos fuera.

Han estado analizando las cenizas durante cuatro horas en el laboratorio y han descubierto que se trata de cenizas de un muerto. ¡Genial! ¡Un hurra por la poli! ¡Pues claro que eran las cenizas de un muerto, de nuestro muerto, del guía que nos llevaba por el buen camino a las tres en los últimos meses! Todo lo que ha ocurrido desde la muerte de Aitor parece un mal sueño, una pesadilla de la que no íbamos a despertar nunca.

Bueno, como decía mi abuela, «no hay mal que cien años dure». Se acabó el mal sueño. Ya tenemos las cenizas en nuestro poder. Falta entregárselas a la viuda y podremos seguir con la rutina de nuestras vidas.

Son las ocho de la mañana y nos sueltan los maderos tras verificar científicamente que las cenizas de la urna son cenizas. He podido asearme más o menos en el baño de la comisaría. Me he quitado las legañas y limpiado las axilas y lo otro con toallitas húmedas que tenía en el bolso y poco más. Mi pelo es un estropicio y no mucho mejor aspecto tienen mis compañeras de viaje. Decidimos dar un paseo por el parque del Retiro para respirar aire puro y ahuyentar la tenebrosa noche pasada en comisaría. Yo con la bolsa de la urna.

—Una vez que le entreguemos la urna a la viuda, se terminó la aventura —pronostica Inma.

—Pues sí, pero podemos quedar de vez en cuando para cosas más tranquilas. Aunque no os lo creáis, yo me lo he pasado guay. Un poquito de aventura en mi vida no me viene mal —confiesa Tomomi.

—Sí, pero que no sea para un entierro ni para tomar jagers, por favor —añado yo.

Pasear por el parque del Retiro es un placer que, pese a vivir en Madrid, hace ya mucho tiempo que no experimentaba. Es un pulmón para la ciudad y nunca está de más respirar un poco de aire fresco y observar a los enfermos del *running* y a los paseadores de perros, que es lo único que hay a esta hora de la mañana en el parque madrileño. Eso sí, parece que no, pero hace fresco. Detengo un momento mi paso para abrocharme el abrigo y me doy cuenta de que también tengo desabrochados los cordones de los zapatos. Deposito un momento la urna en el suelo y me dispongo a atármelos cuando, de repente, un perro husmea la bolsa e intenta atenazarla con sus colmillos.

—Eh, chucho, ¿qué haces? ¡Suelta eso! —Forcejeo para quitársela, pero debe ser adicto a los huesos de psicólogo y no hay manera—. ¡Suelta las cenizas, por Dios!

Ni puto caso. Lógico, no sé hablar el idioma canino y echa a correr como un poseso arrastrando la urna. Y yo, que no puedo con mi alma porque en el calabozo no he dormido en toda la noche, tiro de mi cuerpo serrano como puedo y salgo detrás de él. Sola ante el peligro porque mis dos compis no se molestan ni siquiera en apresurar el paso.

«¡Eh, tú, perrazo, espera, que aún no he empezado el gimnasio y no estoy en forma! ¡Ay, no puedo más, chucho, espera, por Dios te lo pido, que se me va a salir el corazón por la boca, que ya no puedo respirar, que me asfixio, que me van a tener que poner oxígeno cuando te coja!», pienso.

Y, contra todo pronóstico, me tiro encima del mejor amigo del hombre y lo consigo agarrar. Tras el inevitable forcejeo con él dando vueltas por la tierra, alguien llega y nos separa.

—Naranjito, para, que te vas a ganar una leche. ¡Eh! Mira que te tengo dicho que dejes a los transeúntes en paz. —Una voz masculina que me resulta familiar me ha salvado de la pelea con este salvaje.

La voz me agarra del brazo y me ayuda a levantarme. Alzo la vista para ver de quién se trata y allí está Luis Moreno. Don Draper para mí. Va vestido con una camiseta fosforita, unas gafas deportivas, lleva el móvil en una funda pegada al bíceps, unas mallas negras que le marcan el paquete en plan torero y unas zapatillas Nike. Entiendo que ha salido a hacer deporte, como tantos otros por el Retiro, pero va de un ridículo descomunal.

—¿Tú...? —Es lo único que acierto a expresar demostrando el estado de anonadamiento en el que me he quedado al verlo.

En lo primero que pienso es en el clásico «Y yo con estos pelos». No me he duchado, estoy despeinada, no he dormido en toda la noche, tengo unas ojeras que casi parezco un oso panda y, para colmo, después de la carrera detrás del perro, he sudado como si hubiera estado en una sauna. ¿Se puede tener peor aspecto para toparse con el hombre en el que no he dejado de pensar durante toda la semana?

—Sí, yo —me confirma él en el colmo de la originalidad, poniéndose a mi nivel—. ¿Estás bien?

—Sí. ¿Y mi bolsa?

—Aquí está —me indica un niño regordete de alrededor de ocho años que ha abierto la urna—. Esto qué es, ¿para hacer té?

—Más o menos, hijo —le informa Luis.

Ay, Dios, que es su hijo. Me siento la peor persona del mundo conociendo al retoño del tipo con el que casi me acuesto hace una semana. Enseguida cae sobre mí el pesado manto de la angustia. Puede que sea la culpable de romper el matrimonio, de que este niño quede traumatizado para toda la vida viendo como sus padres se separan. Soy lo peor.

—Mira, Guille, te presento a Sol. Una amiga —se adelanta Luis.

—Hola, Sol. ¿De qué conoces a mi padre? —me pregunta el crío y yo no sé dónde meterme.

—Digamos... que hemos estado en algún acto juntos.

—Qué tipo de acto... ¿Sexual? —comenta Guille antes de soltar una carcajada.

¡Joder con el niño! Yo comienzo a reírme como una tonta, siguiéndole el juego. E igual hace su papaíto, que no sabe dónde meterse.

—Qué gracioso el niño. Bueno, ¿y qué hacéis por aquí?

—Hemos salido a correr con nuestro perro Naranjito.

—¿Naranjito...?

—Se llama así porque fue la mascota del Mundial 82 que se jugó en España.

—Ah, vaya, yo pensaba que era por Albert Rivera, que también le pega a tu padre —comento, mirando a Luis con una sonrisa.

—El voto es secreto y mi padre no tiene por qué decir, ni a mí ni a ti, a quién vota.

El típico niño superdotado, es decir, el típico coñazo que hace las delicias de sus papás, pero que repatea al resto de los familiares y amigos.

—Vaya, sabes tú mucho de política, eh...

—Sí, cuando sea mayor, seré presidente del Gobierno.

Menudo renacuajo, con ocho años seguro que sabe más de política que todos los redactores de mi revista juntos. No sé si sentirme fascinada o rechazar de plano que el crío sea tan repelente.

—Bueno, Guille, a lo mejor a Sol no le interesan tus aspiraciones políticas... —Me mira fijamente a los ojos—. ¿De quién es... la «infusión», si puede saberse?

—¿El qué...? —Miro la urna mortuoria en mis brazos—. Ah, de Aitor. De mi psicólogo.

—Aitor... Ah, claro, ahora entiendo.

No sé cómo salir del lío en el que me he metido yo solita. Pero, además, a él qué más le da que yo sintiera algo por mi psicólogo muerto si es él el que está casado y hasta tiene un hijo...

—Vaya, te dejamos corriendo detrás de un perro y ahora estás aquí ligando con el Don Draper ibérico. —La voz de Inma que, junto a Tomomi, han alcanzado nuestra posición. No sabía que hubiera corrido tanto.

—Mira, Luis, estas son mis amigas, Tomomi e Inma. También eran pacientes de Aitor. Inma, por ejemplo, tiene un problema sexual.

¿Ha salido eso de mi boca? Qué manera rastrera de marcar territorio y tirar por tierra las posibilidades de la rubia. Es lo que hay, yo no me voy a liar con un señor casado y con un hijo que quiere ser presidente del Gobierno, pero aquí la ninfómana, tampoco. ¡Por encima de mi cadáver! ¡O de mis cenizas!

Luis Moreno consulta la hora en un reloj deportivo, de esos que miden las pulsaciones, los kilómetros que corre y el nivel de masa muscular, y se dirige a nosotras:

—Son las ocho y veinte. ¿Os da tiempo a desayunar con nosotros?

Estoy a punto de negarme con la excusa de que llego tarde a trabajar cuando Tomomi e Inma se me adelantan.

—¡Por supuesto que sí!

Así que diez minutos después estamos sentados los cinco y las cenizas, más Naranjito moviendo el rabo en la puerta, en una cafetería de Serrano. Luis toma un café solo con tostada de pan de cereal con aceite de oliva; el niño, churros y Cola-Cao, y nosotras tres hemos optado por un cruasán de chocolate cada una con un largo americano.

—Así que te dedicas a crear anuncios. Pues hay algunos que son maravillosos, como el del nuevo iPhone. ¿Sabes a cuál me refiero? —pregunta Inma.

Cómo se le nota a la tía que está intentando ligar con él... Es que no respeta ni a las amigas. Claro que hay matices a tener en cuenta, como que nos conocemos de hace cuatro días, que yo le he dicho que no

quiero nada con él y, el más importante, su adicción al sexo.

—Por supuesto —responde—. Es obra de mi agencia. Nos llevó más de un mes pensar el concepto de ese *spot*. Modestia aparte, te puedo decir que la idea nuclear se me ocurrió a mí.

—Ah, pues es maravillosa. Me encanta cómo utilizas el toque sugerente, cómo transmites el mensaje... —prosigue la rubia con el flirteo.

—Gracias, Inma. —Se nota que Luis domina la situación y se siente como pez en el agua siendo el centro de las atenciones de tres mujeres—. Y tú, Tomomi, ¿de dónde eres? Porque te noto un ligero acento...

Me siento incómoda con tanta atención de mis dos amigas hacia el hombre de mi vida, que no va a serlo porque está casado. Me doy cuenta de que Guille, indisimuladamente, me está mirando las tetas. ¡Dios, qué precoz es este niño! No sé qué hacer y me pongo a echar una ojeada al móvil. Menos mal que se va a la puerta a tocarle las narices, perdón, el hocico, a Naranjito.

—Soy española-francesa-japonesa —contesta la oriental.

—Es una mezcla interesante. Precisamente estamos haciendo un *spot* en el que buscamos a una persona que reúna las características de interculturalidad, de conexión entre Oriente y Occidente. ¿Alguna vez has hecho pantalla en televisión o publicidad?

—¡Mierda! —interrumpo bruscamente—. Tengo cinco emails de mi directora. Se ha caído una exclusiva y confía ciegamente en la que estoy trabajando yo.

—Vaya, creía que no te funcionaba el email —apunta Luis Moreno—. Como te escribí para devolverte los pendientes y no me contestaste...

—Esto... —A ver qué me invento—. Es que lo leí y, después, se me pasó. Soy una despistada incorregible.

—¿Entonces, qué?

—¿Qué de qué?

—¿Que vamos a quedar para que te devuelva los pendientes?

En ese momento se produce una llamada salvadora de Loles Bazán, a la que, por una vez en mi vida, me alegro de contestar. La felicidad sólo me dura décimas de segundo. Que por qué no estoy en la redacción, que le cuente ya de qué va la exclusiva, que toda la revista depende de mí, pero que no me sienta presionada. Le cuento otra vez lo del hijo de Aznar y la podemita, pero me asegura que necesita pruebas fotográficas u oírlo directamente de los labios de uno de los dos. Cuelgo justo después de prometerle que voy inmediatamente a la redacción. Miro a mis compañeros de desayuno.

Guille ha vuelto y lidera la conversación. Está haciendo una encuesta entre el personal para ver qué nombre suena más presidencialista, si Guillermo Moreno, cogiendo el apellido de su padre, o, mejor, con el de su madre, Guillermo Suárez. Asegura que este sí que suena a presidente, que él se ha leído ya dos libros sobre la Transición y su carrera política iría destinada a ser el nuevo Suárez, con muchos más argumentos, ya desde el apellido, aunque en ciertos aspectos se siente cercano a Podemos.

—Bueno, chicos y chicas, yo me tengo que ir, que tengo una exclusiva que encontrar no sé dónde. —Siento interrumpir el mitin del niño, que por cierto aprovecha para ir a hacer pis—. Vosotras os venís, ¿no? Porque os tengo que llevar a casa, que estáis sin blanca.

Ni por asomo voy a permitir que Inma y Tomomi se queden con mi Don Draper.

—No me has contestado. ¿Cómo te devuelvo los pendientes? —me insiste Luis.

—Por correo a la redacción de la revista. Gracias.

Trato de ser lo más aséptica posible, de sonar indiferente, de que no se note que estoy deseando quedar con él, que me estoy haciendo la dura y quiero que me dé una explicación para poder quitarme el corsé de mi culpabilidad y lanzarme al vacío de su amor. Pero sé realista, Sol, tu Don Draper tiene un hijo y una mujer modelo. Olvídate.

—Si quieres, quedamos tú y yo. Me das los pendientes y luego yo se los paso a ella —interviene la pérfida Inma, que no desaprovecha la ocasión.

—¡Vamos, que no llevo! —apremio yo sin dejar responder a Luis.

Y nos despedimos del padre, del hijo y de Naranjito. Yo, chocando las mejillas con el publicista, como corresponde a mi idiosincrasia particular. Tomomi, inocente, como es ella. E Inma, aplastando sus amelonados pechos contra el tórax y acercando demasiado su boca a la comisura de los labios de Luis. ¡Menudo zorrón!

—¡Os olvidáis las cenizas! —avisa Guille—. Que ya sé que no son hierbas para infusión, sino que aquí hay un muerto.

Ay, Dios, otra vez no, con el riñón y el mal trago que nos ha costado recuperarlas. Las cojo y nos dirigimos hacia el coche, planificando la búsqueda de la viuda de Aitor para entregarle las pu..., perdón, las adorables cenizas de nuestro inolvidable psicólogo. Pero a mis dos compis parece importarles más Luis Moreno.

—Menudo tiarrón, yo que tú no lo dejaría escapar —me aconseja Tomomi—. Además, incluso sudado, huele bien.

—Mira, guapa, si no te decides tú, me lanzo yo —amenaza Inma.

Y estas palabras, unidas a que me enseña la tarjeta que le ha entregado Luis en la que aparece su nombre, su cargo, su teléfono móvil, su correo electrónico y su Twitter, me estremecen todo el cuerpo. ¿Será capaz de arrebatármelo? Quiero decir, ¿de arrebatárselo a su mujer?

A punto de subir al vehículo, llega corriendo Guille.

—Oye, chavalas, una preguntita... ¿A que no sabéis qué había antes del pasado y qué hay después del futuro...?

Nos miramos las tres y luego miramos a Guille, perdón, a Guillemonster, quien nos observa con una sonrisa mefistofélica...

Para los no cinéfilos, os informo que la segunda película que dirigió Chicho Ibáñez Serrador se titulaba *¿Quién puede matar a un niño?*

Yo, en este momento, me siento capaz.

CAPÍTULO 9

Tras recorrer medio Madrid en plena hora punta para llevar a las chicas a sus respectivos apartamentos — ellas tienen la suerte de trabajar en casa y no tener que ir a la oficina a aguantar a una pedorra—, llego a la redacción sin duchar, sin maquillar y con la misma vestimenta del día anterior. He tenido suerte, no me ha visto entrar Loles Bazán. Como de costumbre, está encerrada en su despacho, presuntamente reunida con alguien importante.

Nada más llegar a mi escritorio se acerca Noelia Linares y me temo lo peor. Seguro que me va a echar la bronca por el *post* que escribí para inaugurar el blog.

—¡Enhorabuena! ¡Lo has petado con el primer *post*! Has tenido más de ochenta comentarios y varios centenares de visitas. No está mal para empezar.

—¿En serio? No he tenido tiempo de mirarlo.

—Tengo la sensación de que vas a hacerte famosa en internet con el nombre de Brenda Schaff.

—No creo... No quiero volverme rica y tener que abrirme una empresa *offshore* en Panamá.

—Eso sería ya la hostia. Hoy vas a escribir el segundo, ¿verdad?

—¿Y de qué escribo?

—De tu vida. Quedamos en eso.

Y sin esperar a mi respuesta, la directora de la web se marcha a sus quehaceres dejándome con el runrún en la cabeza sobre el tema de mi nuevo *post*. Miro la bolsa de Primark, convenientemente opaca, donde he guardado la urna y, al abrir mi bandeja de correo electrónico, veo el email que tengo sin contestar de Luis Moreno.

Inmediatamente abro el editor del blog y comienzo a escribir un nuevo *post*.

LAS CENIZAS DE MI PSICÓLOGO ME CONDUCEN AL PECADO

Como os conté, soy gafe. Y la prueba está en que sólo cinco minutos después de despedirme de mi psicólogo, este murió en un accidente de tráfico. Bien, pues fui al entierro y, lo creáis o no, sus cenizas acabaron en mi poder. Y por circunstancias de la vida, unas amigas y yo las dejamos olvidadas en la sala de espera de un hospital y, por otras circunstancias de la aventura, acabamos en comisaría para poder recuperarlas. Todo con el objetivo de entregárselas a su viuda, a la que por otro lado odiaba, porque él seguía enamorado de su novia del instituto. Su viuda, digámoslo claramente, es mala persona, porque... ¿Qué clase de esposa es quien no se digna a ir a recoger las cenizas de su difunto marido?

El caso es que, al salir de comisaría, y lo que os estoy contando es verdad, no una película de Woody Allen, me encontré con Don Draper, llamémosle así, el otro hombre del que estaba enamorada y que, como soy gafe, estaba casado y no sé si le pilló su mujer con las manos en mi culo. Yo me había propuesto olvidarme de la perfección que suponía ese hombre por la imperfección de que estaba casado y con un hijo. Pues oye, que me topé con él y con su hijo en el Retiro. El peque es un poco raro, ya que quiere ser presidente del Gobierno y no para de mirarme las tetas, pero es que su padre, Don Draper, quiere quedar conmigo

para devolverme unos pendientes que me dejé en su casa.

¿Qué narices hago?

En serio, me tenéis que ayudar.

Analicemos la situación por partes.

En contra de quedar con él hay varios factores. Por un lado, el obvio, que está casado y tiene un hijo. Y yo no soy de esas que se meten en medio de un matrimonio para romperlo. Ni mucho menos pienso ser la otra de nadie. Además, si me dejo llevar y quedamos, hacemos el amor y esas cosas, me voy a enamorar hasta las trancas. Y cualquiera sabe que un tipo así no me conviene, porque seguro que no voy a ser correspondida con la misma intensidad. Y voy a sufrir. Y en el caso de que sí me corresponda, ¿quién no me dice que él no me va a poner los cuernos con otra, como ha hecho con su mujer? Y en el mejor de los escenarios, nos iríamos a vivir juntos y quizá tuviera que aguantar a su hijo, que no es por nada, pero eso de que quiera ser presidente del Gobierno con ocho años es un poco raro y no sé si soportaría que me estuviera todo el rato mirando el escote. Además, os recuerdo lo que os dije el otro día: el amor no existe, es un invento de los poetas. En consecuencia, sólo viviría una ilusión transitoria.

A favor de quedar con él está que me muero de ganas de hacerlo. Y de que me toque, me bese y el próximo encuentro sexual con él sea un éxito.

S.O.S.

Pulso el botón de publicar y ya está. Ahora a esperar comentarios. Esta manera de escribir, tan de dentro, me da vida. Es como si fuera un chute de energía, como si los problemas salieran de mi interior y luego regresaran suavizados. Gracias, Aitor, por tu consejo, aunque por ahora sólo sea momentáneo. Si todo sigue así, poco a poco la situación de alivio será más permanente. Me levanto de mi escritorio y, sin sacarla de la bolsa, le doy un beso a la urna mortuoria de Aitor.

Alzo la vista para comprobar que nadie se ha fijado en mi acto, pero unos ojos sí que se han percatado. Los de Óscar. Desde el otro día, no me quita la vista de encima. Quiere que fijemos la fecha para quedar y yo no estoy en disposición de contestarle.

Una mano se posa en mi hombro y me temo que ya sé de quién es.

—¿Cómo va lo de Alonso Aznar y la de Podemos? —Es Loles y me aprieta como si fuera un garfio. Casi me hace daño.

—No tengo ninguna prueba todavía. Pero la tendré — le prometo temblándome la voz.

—Eso espero. Porque no te creas que tengo mucha confianza en ningún miembro de esta redacción.

—Sé fehacientemente que la relación existe, pero tú misma me has dicho muchas veces que nada de rumores, pruebas.

—¿Y no tienes nada más en cartera...?

Intento ganar tiempo a toda velocidad con otro posible reportaje. ¡Inventa, Sol, por Dios, inventa! Y, de repente, se me enciende el cerebro con un tuit que había leído días atrás, firmado por un tal Cabroncete, sobre Julia del Sol, una veterana actriz con poco talento que en su día matrimonió con un banquero.

—Bueno, hay por ahí un asuntillo... En realidad, de asuntillo nada de nada, un asuntazo...

—¡Suéltalo o te despido ahora mismo!

—Una famosa..., famosísima..., a quien pillaron con los papeles de Panamá y ahora se está prostituyendo para pagar a Hacienda.

—¿Quién?

—No quieras ir tan rápido. Sabes que soy supersticiosa y no me gusta soltar nombres hasta que tenga agarrado el tema. Te aseguro que se trata de una *celebrity*. De las buenas... Nada de una pedorra televisiva.

—No voy a insistir, pero te recuerdo que te estás jugando el puesto. —¿Es machacona o no es

machacona..., además de insoportable?

Loles se marcha por donde ha venido, yo creo que sopesando si lo que le he dicho es realmente verdad o, como probablemente sea, una monumental bola de un capullo tuitero.

Decido mirar el blog por si alguien me ha puesto algún comentario. Ya hay cinco. Madre mía, qué repercusión. La mayoría de ellos me incitan, desde un punto de vista cerebral y pragmático, a que sea fiel a mi primer *post* y olvide a Don Draper. Pero uno de los comentarios, el quinto, no habla del publicista, sino de Aitor:

Rosa40 dice:

Yo que tú le llevaría las cenizas a su novia del instituto, en vez de a la arpía de su viuda. Es realmente con quien le gustaría descansar a él.

El comentario me hace pensar que tiene toda la razón. ¿Una esposa como Dios manda habría desaparecido a la hora de recoger las cenizas de su marido? Por mucho que estuvieran en trámites de separación, no. El comentario es un aviso del destino. ¿Cómo no se me había ocurrido antes?

Está claro: tenemos que encontrar a Clara. Pero no lo voy a hacer sola. Tengo que involucrar a Inma y a Tomomi.

Sun: Chicas, novedades sobre las cenizas de Aitor. Tenemos que vernos. En el Starbucks de siempre dentro de una hora.

Sesenta minutos después, las cenizas de Aitor vuelven a unirme con mis dos nuevas amigas. Está claro que, con todo lo que hemos vivido ya juntas, puede ser el inicio de una amistad duradera. Y no me viene mal, puesto que la mayoría de mis amigas ya están casadas o en capilla y no entienden mis neuras.

—Me parece una gran idea, pero... ¿cómo vamos a encontrar a la tal Clara? —se cuestiona Tomomi.

—Esperad, esperad... ¿Estáis seguras? —plantea Inma, que no parece estar muy de acuerdo con tan disparatada idea—. Pensaba que ya habíamos dado por zanjado el asunto de las cenizas. A su viuda y punto. En el tanatorio tienen la dirección.

—Inma, le debemos mucho a Aitor, tía. Gracias a él, tú este mes te has tirado a por lo menos un tío menos que el anterior —trato de convencerla.

—Eso. Y yo ayer vi cuatro migajas de pan en el suelo de mi cocina y no las barrí hasta la noche. En su lugar, me tomé una Fanta de naranja —nos informa Tomomi muy contenta por su logro.

—Y tú misma viste que su mujer era una zorra, que en el entierro ni lloró —le argumento a la rubia.

—¿Quién sabe si la tal Clara no ha estado buscando durante años a Aitor? Se merece saber que su amor era correspondido —insiste la oriental.

—Bueno, está bien. Aunque sólo sea por volver a disfrutar de vuestra compañía... y, claro está, por Aitor, me habéis convencido —concluye Inma.

—¡Bieeeeeen! —gritamos Tomomi y yo a la vez, momento en que todo el Starbucks se nos queda mirando.

Las dos nos echamos encima de la rubia y empezamos a besarla. Ella nos aparta con cierto asco, aduciendo que no le gustan nada las babas femeninas.

—Bien, ¿por dónde empezamos? —pregunta Tomomi entusiasmada.

—Tú sabrás. ¿No dijiste que eras detective?

—Podemos empezar por las redes sociales —apunta la oriental.

—¡Joder con la detective! —se burla Inma.

—Aitor se crio en el barrio del Pilar y Clara era su novia en el instituto —les recuerdo yo, que ya he hecho mis razonamientos—. Así que tenemos que averiguar en qué instituto estudiaron juntos. Quizá allí nos den alguna pista del paradero actual de ella.

—Buena idea, ¿y cómo vamos a encontrar el instituto? ¿Yendo uno por uno a todos los del barrio del Pilar? —continúa Inma con su habitual cinismo—. A ver si me voy a tener que tirar a todos los bedeles...

—¡Joder, Inma, deja aparcado un poco el sexo! ¡Contrólate, tía! —le increpo.

—No te vas a tener que tirar a nadie —le corta Tomomi—. Una amiga mía trabaja en la Consejería de Educación. Quizá ella pueda mirar en la base de datos.

—Perfecto, pues no tenemos tiempo que perder. En cuanto sepas algo, nos llamas, que yo tengo que volver a la redacción —les informo.

Ya en mi mesa, llamo a todos mis confidentes en el hampa del corazón a ver si alguien sabe algo de Julia del Sol, ahora habitual de algunas tertulias televisivas. Alguno había oído que practicaba la prostitución de lujo, pero claro, eran sólo rumores, muy típico del periodismo de este país, sobre todo del músculo cardíaco, que piensan que lo de contrastar fuentes es cosa de otra época. Dos horas después de hacer llamadas para nada, recibo una que sí que es para algo.

—Dime, Tomomi. Dime que lo has encontrado, por favor.

—Estudió en el instituto Príncipe Felipe de la calle Finisterre, entre 1991 y 1995. Y también he comprobado que en su clase, durante los cuatro años de bachillerato, había una chica llamada Clara Estévez. Seguro que es ella.

—¡Guay, tía! —Alargo mi muñeca y miro la hora en mi reloj de mercadillo—. Hoy ya es tarde, pero mañana mismo vamos. ¿Ok?

Cuelgo el teléfono y empiezo a dar saltos por la redacción. Exactamente igual que si hubiera conseguido la exclusiva de Mario Vargas Llosa contando cómo fue su primera noche de amor con Isabel Preysler. Y precisamente por ese motivo, al verme dar brincos de tal tamaño, Loles sale de su despacho y se dirige hacia mí.

—¿Alguna novedad sobre la famosa prostituta? ¿Me puedes decir ya quién es?

—Esto... Aún no, pero era un confidente. —En los últimos días estoy desarrollando mi capacidad para mentir a una velocidad casi supersónica—. Mañana, a primera hora, voy a quedar con él para que me pase unas fotos con la famosa en pleno acto.

—¡Está bien! Puedes llegar a la hora que quieras. Pero, eso sí, con las fotos... De verdad, contigo algún día me va a dar algo.

Justo después de que la directora se vaya, busco el nombre de Clara Estévez en Facebook y Google. No consigo encontrarla en la red social y en el buscador encuentro numerosas fotos de latinoamericanas que no responden al perfil que me imagino.

A las nueve en punto del día siguiente, las tres estamos en la puerta del Príncipe Felipe viendo como los adolescentes de entre doce y diecisiete años penetran con cara de sueño en el instituto para un día más de clases, probablemente pensando en cómo escaquearse a la mínima. Ni que decir tiene que estarán más pendientes del chico o la chica que les gusta que de lo que diga el profesor de matemáticas. Seguramente se sienten perdidos, sin rumbo, con crisis de identidad, quizá sexual, y con la esperanza de que en algún momento puedan llegar a encontrar el sentido de sus vidas. Lo que no saben es que esa situación no es

transitoria, porque yo tengo ya casi treinta inviernos y me encuentro en el mismo punto. Por favor, sociedad, deja de decirles que la madurez llega con la adultez, porque más bien lo que llega es el adulterio y esto, una vez más, me recuerda a Luis Moreno. Y creedme si os digo que me muero de ganas de recuperar esos pendientes.

Casi me siento en la obligación de decirles que se dejen de hacer preguntas hasta que cumplan los treinta, que lo importante es el hoy y no el mañana, y, sobre todo, que olviden los prejuicios morales, no como yo, educada en el catolicismo, y sin poder quitármelos de encima, aunque ahora me considere agnóstica perdida. Pero creo que los adolescentes de hoy en día, parezco mi abuela, no necesitan que nadie les diga que olviden los prejuicios morales, ya que posiblemente no sepan ni lo que significa dicho término.

Tras comunicarle al bedel el motivo de nuestra visita, este nos remite al jefe de estudios, Víctor Sastre, ya que fue alumno del mismo instituto en aquella época.

El susodicho tiene aspecto de ser el típico chulito cuando estaba en el instituto, pero no de los *chungos* que suspendían todas, sino aquel que, además de listo, echado para adelante, simpático y guapo, era un poco *empolloncete*. Ahora tiene gafas de pasta y barba de dos días cuidadosamente desaliñada. Seguramente esté casado, pero le gusta tontear con las niñas de diecisiete años que van a su clase de lengua y literatura, la asignatura más propia para seducir a las alumnas... Otra de mis elucubraciones. Es increíble la composición de lugar que una se puede hacer de una persona sólo con el primer vistazo, así, a lo loco, sin pensar y probablemente con el menor de los tinos.

—Recuerdo perfectamente a Aitor. Me he quedado de piedra con lo que me habéis dicho. Era un tío muy majo hasta que murieron en un accidente sus padres y su hermana. Luego se volvió introvertido —nos informa el profesor.

—Debió atravesar un momento duro con aquello, pero luego se sobrepuso y se convirtió en psicólogo para ayudar a los demás —le explica Tomomi, orgullosa de Aitor.

—Qué fuerte que se haya ido tan joven, porque era de mi edad, yo tengo treinta y nueve, éramos los dos del setenta y siete. Yo iba a la clase de al lado, pero entonces nos conocíamos los alumnos de todas las clases y nos llevábamos muy bien.

—¿Y recuerdas a Clara? —le pregunto.

—¿Clara Estévez? Sí, claro, muy guapa, era su novia. Todo el mundo decía que eran la pareja perfecta. Estaban siempre juntos, pero no eran demasiado pegajosos, ya sabes a qué me refiero... Creo que estuvieron juntos hasta que pasó lo del accidente...

—¿Y sabes qué ha sido de ella? Es que queremos hacerle llegar un mensaje que nos dio Aitor antes de morir —le informa Inma.

—Pues creo que luego la vi un par de veces durante la universidad, pero después le perdí la pista. Pero... —Se queda unos segundos pensando—. Creo que hay una quedada de Facebook de nuestra promoción del instituto este sábado. Yo no iré, pero a lo mejor podéis presentaros... Lo mismo os encontráis con Clara.

—¿Y cómo se llama vuestro grupo de Facebook? —le pregunto mientras saco mi móvil para apuntarlo en el bloc de notas.

—Agromenanuer 1977 —contesta sin poder reprimir una carcajada—. Es que en aquella época fue cuando se puso de moda Chiquito de la Calzada.

—Nunca he entendido por qué a la gente le hacía tanta gracia ese señor. Pero vale, anotado. Muchas gracias por la información, Víctor, creo que nos puede ser muy útil.

Le estrecho la mano después de que lo hayan hecho Inma y Tomomi. Me mira con una fijeza e intensidad extrañas. Y exactamente en el mismo instante en que vamos a salir por la puerta del despacho, oigo a mis espaldas...

—¿Tú no serás hermana de María José Llerena?

¡Dios, esa es mi santa hermana! Inmediatamente me giro y veo a Víctor con gesto expectante.

—Pues sí, ¿cómo lo has sabido?

—Porque os parecéis mogollón. Sobre todo cuando estábamos en la misma pandilla y solíamos salir por Malasaña los viernes y sábados por la noche.

—Sí, hubo una época en que no salía de Malasaña. Ahora está casada y vive en un chalé adosado fuera de Madrid.

—¿En serio? Me han dicho que tiene dos hijos, ¿no?

—Sí, está en plan madre total. Le daré recuerdos tuyos, ¿vale?

Nos despedimos definitivamente de Víctor Sastre y nos dirigimos hacia la calle, pero, antes de salir, por el pasillo, me topo con una chica morena con gafas de pasta y aspecto de despistada. Tiene unos diecisiete años y está sentada en las escaleras. A su lado, una colega de parecida edad. Ralentizo mis pasos...

—Tía, ¿cómo te ves tú dentro de diez o doce años? —le pregunta la amiga.

—¿Te digo la verdad? ¿Quieres saber cuál es mi sueño? Pues me gustaría haberme graduado como periodista. Haberme casado con un tipo guapo, fotógrafo y que juntos recorriéramos el mundo cubriendo los principales conflictos, desde las elecciones de Estados Unidos hasta la lucha de la guerrilla colombiana. Seremos un equipo. Nos llevaremos estupendamente y, después de haber recorrido medio planeta, tendremos dos hijos y viviremos felices en el lugar que más nos haya gustado de todos los que hayamos visitado.

En realidad, esas dos chicas no están sentadas en las escaleras frente a mí, sino que son fruto de mi imaginación. Mejor dicho, de mis recuerdos. Yo soy esa adolescente de diecisiete años con gafas de pasta y pájaros en la cabeza. La otra es mi amiga Ruth. Mirad con lo que soñaba cuando estaba en el instituto y en qué situación me hallo ahora.

Inma me apremia a que salgamos ya del centro escolar y, mientras lo hacemos, le pregunto:

—Tía, ¿por casualidad no tendrás fotos de alguno de tus encuentros amorios con algún hombre en las que no se te vea la cara?

—Muchas. ¿Por...?

—Necesito que me las prestes. Es muy urgente.

—¿Para qué?

—Para salvar mi culo en el curro. A ver si hago un montaje de *fotochop* con algún famoso que pueda colar.

Y pongo rumbo a la redacción con dos pensamientos en mi cabeza. El primero de ellos es en qué he fallado para que esté hurgando en la vida íntima de la gente en vez de cubriendo los conflictos internacionales por el mundo con mi marido fotógrafo. Y el segundo es de qué narices conoce Víctor Sastre a mi hermana. MJ tiene incontinencia verbal y me habla absolutamente de todas las personas que

pasan por su vida...

Qué raro... Jamás le he oído el nombre de Víctor Sastre...

CAPÍTULO 10

¡¡No!! ¡Otra vez no, por favor! ¡Joder! ¿Por qué todo el mundo tiene que ir en coche? Atascazo en la A-1 a la altura del circuito del Jarama. No falla. Ocurre todos los sábados por la mañana entre las once y las dos de la tarde. Mi madre me va a matar. Mira que me dijo que llegara puntual porque su puchero se tiene que comer en el momento justo. Calcula perfectamente el tiempo para que cuando nos sentemos a la mesa esté en su punto, que es como dijo un día Carlos Arguiñano en la tele que había que comerlo. Sí, en mi familia somos muy de Arguiñano. Nos encantan sus chistes malos y lo seguimos cada vez que se cambia de cadena.

Claro que... ¿Por qué se ha empeñado mi madre en hacer puchero si estamos ya casi en mayo y el termómetro de mi Toyota Aygo marca veinticuatro gradazos? Ay, madre mía, la sobremesa va a ser dura. Espero que no me toque al lado de mi cuñado, que yo sé que es capaz de expulsar los gases de los garbanzos en la más absoluta de las discreciones. Dios mío, tengo que ver otra vez a mi cuñado y me va a recordar lo de los derechos de autor por el artículo.

Lo malo de los atascos es que me pongo a pensar y, por ejemplo, me acuerdo de Don Draper. En los comentarios de mi blog hay un debate encarnizado entre las partidarias de que me deje llevar y disfrute, al menos, de una noche de pasión con él sin pensar en el más allá, y las que avisan de que, si lo hago, no me perdonaré jamás haber roto mis principios y, además, después lo pasaré mal. Pero... ¿por qué? Si el amor no existe. ¿Verdad, Sol? ¿Verdad que no existe?

Además, hay una tercera corriente entre mis lectoras que se han unido a la idea de buscar a Clara para que las cenizas de Aitor descansen con ella y en eso seguimos Tomomi, Inma y yo. Esta noche, por eso tampoco debo pasarme con el puchero, vamos a acudir a la quedada de la promoción de 1995 del instituto Príncipe Felipe en una taberna andaluza de Lavapiés.

Parece que se desatasca la carretera. Ya está, en diez minutos o menos estaré en casa de mis padres.

Viven en un chalé adosado de San Agustín del Guadalix, un pueblo situado a treinta y cuatro kilómetros de Madrid en dirección a Burgos. Nos mudamos allí cuando mi hermana y yo éramos pequeñas porque mi padre ya entonces era un visionario y quería huir de la contaminación que acechaba Madrid. Y eso que aún ninguna alcaldesa había tratado de reducir el tráfico de la capital con medidas como bajar la velocidad máxima en la M-30 o limitar el uso de los aparcamientos del centro.

El chalé no es muy grande, pero eso sí, tiene tres plantas, por supuesto, sin ascensor. Las escaleras le gustan a mi madre porque dice que la mantienen en forma y enervan a mi padre, quien afirma que bastante tuvo con hacer el Camino de Santiago una vez y que casi no lo cuenta. Está decorado con estilo «padres», con muebles con mucho gusto, pero, claro, del gusto clásico. Aunque ahora mi madre, desde que se ha

vuelto medio jipi, lee revistas de decoración y poco a poco le está dando su toque.

Aquí, en San Agustín, mis padres pasan una jubilación placentera. Medio se soportan, medio se ignoran. Digamos que cada uno hace su vida. Debieron de estar muy enamorados, pero como mi teoría es que esa sensación de pasión por el otro no dura más de tres años, ahora, más que quererse, se han acostumbrado el uno al otro. Comparten casa y, aunque muchas veces discuten, otras están la mar de a gusto viendo la tele en el sofá sin hablar entre ellos.

Mi madre está encantada con las plantas del pequeño jardincito que poseen y con sus tres gatos, a los que trata con más mimo que a mi hermana y a mí cuando éramos pequeñas. Se ha convertido en la fan número uno del partido animalista y cuando sale el tema de las corridas de toros, a mi padre, que es taurino desde antes de nacer, lo manda a dormir al sofá. Si no está con sus plantas, su pequeño huerto o los gatos, se dedica a pintar. Y no sólo ha decorado todo el chalé con sus obras, sino también los de todas las vecinas de la pequeña urbanización en la que está la casa. Como fue maestra del colegio Virgen de Navalazarza, conoce prácticamente a todo el pueblo y ya tiene hecha una cartera de clientes.

Mi padre, por su parte, fue profesor de historia y llegó a Madrid recién licenciado, aunque siempre ha echado de menos su Sevilla natal, adonde, siempre que ha podido, ha vuelto en Semana Santa o por la Feria de Abril. Ahora que está jubilado dedica el tiempo a sus dos grandes pasiones: la Semana Santa y los partidos de fútbol del Betis y del Real Madrid, sus dos equipos del alma. Cada año, cuando terminan las procesiones, se tira una semana deprimido porque ya no hay más hasta el año siguiente. Ahora, gracias a internet, se pasa horas y horas viendo vídeos de cofradías en Youtube y está en contacto con una comunidad de capillitas frikis como él. Hasta hacen quedadas en Madrid y todo.

Me abre mi madre, ataviada con un vestido de flores muy veraniego y ya morena de estar tanto tiempo en el jardín con sus tomates.

—Hija. No me vayas a decir otra vez que ha habido atasco que no sé si creérmelo. Además, si ya te lo sabes, o sales antes o te vienes por la carretera de Colmenar, que es lo que hace siempre tu padre.

—Pues te iba a decir lo del atasco, pero si te pones así, no te lo digo.

—Anda, pasa, que ya está la mesa puesta y todo preparado. Te quejarás. Luego recoges tú...

—No me habréis dejado el sitio al lado del idiota, que ese, a la chita callando, me atufa...

—El idiota no ha venido. De esa nos hemos librado, que no quería oír sus comentarios pelotas sobre mi puchero para luego llevarse él todos los *tupper*.

—¿No ha venido? Cómo se escaquea el tío. Partido de pádel, seguro...

—No, partido del Real Madrid con sus amigos. Y tu padre está también nerviosito con lo del partido, así que hay que comer rapidito que luego no hay quien lo aguante...

Llego al jardín, donde mi hermana está ya sentada terminando de darle de comer a los niños, cada uno viendo en un iPad los dibujos animados. ¿Cómo criarían antiguamente a los niños sin tabletas?

—Así los vas a malcriar —le comento como si yo fuera una experta mamá.

—Es muy fácil ver los toros desde la barrera. Tú me dirás cómo les voy a dar de comer a los dos si no...

—Que te ayude tu marido...

—Para Rodrigo, el partido del Madrid es sagrado, ya lo sabes. Igual que para papá.

—Tú misma.

Mi padre aparece por la puerta con su iPad, que a sus sesenta y cuatro años domina más la tecnología

que, por ejemplo, mi hermana. Es muy activo en su Twitter @benitonazareno y no para de colgar vídeos de cofradías en su Facebook para desgracia de familiares y amigos, pero que triunfan entre su legión de fans.

—Hola, hija, cómo estás, ya te vale, que queda poco más de una hora para el partido. Oye, mira, quería enseñarte una cosa, me he hecho *youtuber*, a ver qué te parece a ti, que los periodistas sabéis de esto.

—¿Que te has hecho *youtuber*? ¿Desde cuándo? Por Dios, papá, que yo tengo una reputación.

—Desde hace una semana, y mira, ya tengo más de mil suscriptores con sólo dos vídeos. Uno de ellos se ha hecho «bacteriano». Pincha, a ver qué te parece.

Opto por no corregirle lo de «bacteriano», que le he entendido y eso es lo importante.

Dios mío, mi padre hablando a cámara, haciendo una disertación sobre la rivalidad entre la Macarena y la Esperanza de Triana que dura treinta y tres minutos. Está claro que internet da a cada uno lo que quiere y mi padre ha encontrado en Youtube no sólo una fuente de distracción, sino que tiene intención de convertirse en una *celebrity*. Y lo peor no es que él lo quiera, sino que los vídeos han tenido más de diez mil visionados...

—Ahora vamos a comer. Ya lo veré en casa más tarde, ¿vale?

—¿Has visto? Hay un montón de gente que desea escuchar lo que yo quiero decir. Dentro de nada me vas a tener que sacar en tu revista. Si quieres, te doy la exclusiva.

—Pues no veas qué bien me vendría una, de verdad, papá, pero ya sabes que en *Metropolitan* sólo hablamos de bodas y separaciones.

—No hay problema. Nos separamos tu madre y yo y ya está. Y luego nos volvemos a juntar, como hacen los famosos.

No lo habrá dicho en serio, ¿verdad? Desde pequeña siempre he tenido un miedo atroz a que mis padres se divorcieran. Empezó cuando tenía diez años, ya que fue la época en la que los padres de mi amiga Ruth decidieron poner fin a su matrimonio tirándose los trastos a la cabeza. Ella lo pasó fatal y yo tenía pesadillas pensando en que me iba a ocurrir lo mismo. Por eso no puedo soportar ni una broma sobre ese asunto y cada vez que mis progenitores discuten por cualquier chorrada, me temo lo peor.

Mi madre aparece con una fuente enorme de puchero andaluz y lo coloca en el centro de la mesa. Nos sirve unos *platacos* gigantes a mi hermana y a mí, y a ambas nos es inútil decirle que nos ponga sólo un poquito porque queremos guardar la línea y el verano está cerca. No acepta un no por respuesta. A mi padre, en cambio, le pone sólo un cazo porque el médico le ha dicho que tiene que perder diez kilos y adelgazar la barriga para no estar en peligro de sufrir un jamacuco cardíaco o cerebral. Qué inocente, sabe perfectamente que cuando ella se dé la vuelta, irá a la cocina a recolectar todas las sobras.

Después de servirse a sí misma también un cazo porque en agosto, en la piscina, no puede tener más vientre que las vecinas, mi madre se dispone a sentarse cuando se da cuenta de que uno de sus gatos, Tas, al que más cariño le tiene, está tumbado encima de su silla. En vez de cogerlo y quitarlo del medio, como haría cualquier persona normal, mi madre se dirige al gato de manera muy dulce:

—Tas..., Tasito..., ¿te puedes retirar de mi silla? Por favor. Es que voy a comer.

Tas no se inmuta, está muy a gusto vagueando sobre el cojín mullidito que mi madre le ha puesto a las sillas. Abre un ojo, mira a su dueña y lo vuelve a cerrar.

—Tas, cariño. Venga, te puedes quedar un minuto y ya está, ¿vale? Empiezo a contar hacia atrás.

Sesenta. Cincuenta y nueve. Cincuenta y ocho...

—¡Mamá, por Dios, ¿quieres coger al gato y quitarlo del medio?! —le grito desesperada, incapaz de entender por qué trata al gato como si fuera una persona.

—¿Pero qué dices? Es Tas, el pequeñín. Si lo quito de manera brusca, se puede estresar. Y si se estresa, se le puede caer el pelo...

—¿Y qué pasa si nos estresamos los demás por culpa del gato?

—Vosotros ya sois mayorcitas. Podéis tomar un lexatín.

Finalmente, mi padre, que sabe que no puede empezar a comer su plato hasta que no se siente mi madre, y no sólo tiene hambre, sino que quiere ver el partido del Madrid a las cuatro, se atreve a coger al gato sin mediar palabra y largarlo al césped.

—¡Pero qué haces, Benito! Como se le caiga el pelo, te voy a quitar el minoxidil ese tan caro que te has comprado y se lo va a quedar Tasito. ¿Te has enterado?

Mi madre se pone de los nervios, corre a coger en brazos al puñetero gato con mucho mimo y comienza a darle sus ya clásicos besos metralleta.

—Mi Tasito. Tú no le hagas caso a papi, que el fútbol lo vuelve histérico... Yo te quiero mucho.

—¿Podemos comer ya? —insiste mi padre, mordiéndose literalmente la lengua al tiempo que mira la hora.

Por fin mi madre suelta ya al dichoso gatito, se lava las manos y podemos ponernos a comer en familia mientras mi hermana les ha puesto a los niños el canal de dibujos animados en la tele del salón, a ver si hay suerte y se quedan dormidos. Sol, nota mental: si algún día tienes hijos, no les compres una tableta hasta que tengan quince años y dosifica el número de horas que pueden ver dibujos animados. Que al final a mis sobrinos se les va a poner la cara de Bob Esponja y el cerebro de Patricio.

Comenzamos a comer. Al principio, en silencio. Hasta que alguien rompe la tranquilidad.

—Bueno, Solecita, ¿le has contado ya a papá y a mamá la semana tan movidita que has tenido? —comenta MJ, dolida porque he insinuado que no educa bien a sus hijos.

—¿A qué te refieres? —disimulo, temiendo que lo que va a soltar por su boca me va a molestar. Y mucho.

—A que ha muerto tu psicólogo en tus brazos y que ahora tienes las cenizas de él en casa, por ejemplo...

—Pues se lo iba a decir ahora, pero si tú no fueras tan bocazas...

—¿Cómo que se ha muerto tu psicólogo? ¿Por qué no nos has dicho nada? —se indigna mi madre—. ¿Y ahora qué vamos a hacer? ¿Esta familia va a entrar de nuevo en alerta cinco de un ataque depresivo?

—Gracias por preocuparte por mí, mamá, pero creo que en este caso la peor parte se la ha llevado Aitor. Yo ya estoy bien. Ya no me voy a deprimir más —suelto con la menor de las convicciones.

—¿Y por qué se ha muerto en tus brazos? ¿No estaríais desnudos en la cama? Tu hermana y yo ya nos imaginábamos que te ibas a enamorar de él.

—¡Mamá, por Dios! ¿Estás loca? Era mi psicólogo, no mi amante. Acabábamos de salir de la consulta, nos despedimos, cogió su moto y lo atropelló un todoterreno que se había saltado un stop. Yo corrí en su auxilio y por eso murió en mis brazos... ¡Pero, joder, por qué tengo que darte tantas explicaciones!

—¿Y se puede saber qué haces con las cenizas del tipo ese en tu casa? —se altera ligeramente mi

padre—. ¿Y si le da a su espíritu por aparecésete? A ver si se va a apoderar de tu cuerpo, que lo he visto en una serie del Netflix, el sitio ese del que me habéis pasado la contraseña.

—Vamos a ver, papá, si nos enteramos. Las series son mentira, es ficción. Y las cenizas sólo están en mi casa temporalmente, tengo que devolvérselas a la persona a la que más quería Aitor. Es cosa de unos días...

—Si se apodera de tu cuerpo, a esta casa no vengas — remata mi madre.

Está claro que los dos empiezan a chocar. Ahora, finalmente, se le llama alzhéimer.

—Pero eso no es todo. Aquí, cabecita loca está liada con un hombre casado... Como no ha escarmentado con tener un novio gay... A eso lo llamo yo madurez... —Mi hermana, la muy cabrona, definitivamente quiere aniquilarme.

—Tía, te estás pasando tres ciudades —le recrimino, casi suplicando clemencia...

—Te recuerdo que me has llamado *malamadre*.

—Sólo he hecho un comentario...

—¿Un casado? Hija, ¿es que no hay otros hombres en el mundo? —interviene mi madre.

—Yo no sabía que estaba casado, ¿vale? No me lo dijo. No lo he vuelto a ver desde que lo supe —miento, sí lo vi, en el parque del Retiro.

—Mari, te dije que teníamos que haberla llevado a un colegio privado. Luego pasan estas cosas. ¡Cojones, ya me habéis amargado el partido! —se lamenta mi padre.

Tengo que pensar a toda velocidad algo para contraatacar a mi hermana y cambiar de tema. Ha jugado muy feo, no entiendo por qué paga conmigo sus problemas de madre o el hecho de tener por marido a un gilipollas. Es como atacar al más débil. Pero yo soy fuerte. Y tengo recursos. Y no me afecta lo que piensen mis padres. Porque no voy a caer en otra depresión y me he prometido a mí misma que no voy a ver más a Luis Moreno. A no ser que insista... Ya lo tengo. ¡Lo tengo!

—¿Sabes con quién estuve ayer, María José? Con un exnovio tuyo, del que, por cierto, nunca nos habías hablado...

—De qué hablas, Sol. No inventes cosas. Yo sólo he tenido un novio en mi vida.

—¿Seguro? Porque él no decía lo mismo... —Puesta a inventar, me lo voy a inventar, pero bien—. De hecho, tiene muy buen recuerdo de ti...

—A ver, guapita, dime el nombre... —Mi hermana está segura de que me estoy tirando un farol.

—Se llama Víctor Sastre.

En ese momento, mi hermana se atraganta con la cucharada de garbanzos que se estaba llevando a la boca. Comienza a toser y mi padre se tiene que levantar a darle golpetazos en la espalda sin medir la fuerza y casi la tumba de un guantazo. La cercanía del partido del Madrid le pone cada vez más nervioso.

Yo no puedo evitar sentirme culpable por haber presionado a mi hermana de esa manera, y eso que fue ella la que me atacó a mí primero. Además, ¿por qué se ha atragantado? ¿Ha sido casualidad o he pinchado en carne?

Cuando mi hermana por fin se recupera, después de beber dos vasos de agua de un trago, me mira muy seria y me dice:

—¿De qué vas? Víctor Sastre era un amigo de cuando solía ir a Malasaña. Me tiraba los trastos, pero de ahí a que consiguiera algo hay un trecho. Si te ha dicho algo, no sé qué, es que es un fantasma. Siempre lo ha sido.

—Perdóname, hermana, no quería que te atragantaras por mi culpa.

—No ha sido por tu culpa, sino por la mía. Tenía que haber dejado que fueras tú quien le contaras tus cosas a papá y a mamá.

—Y yo no tenía que haberte llamado *malamadre*, aunque no te lo he llamado, pero que a lo mejor lo ha parecido —le comento para terminar la retahíla de disculpas.

—Está bien —finiquita mi hermana.

—Bueno, pues ya que está todo aclarado —interviene mi padre—, me voy a ver el partido.

Y ni corto ni perezoso, sin recoger la mesa, ya que se siente justificado por el comienzo inminente de ese deporte tan absurdo en el que le dan patadas a un balón y ganan millones de euros, qué patadas más rentables, se va al sofá. Mis sobrinos, lógicamente, protestan porque el abu les quita los dibujos animados.

Me dispongo a recoger mi plato, momento en que mi madre me agarra del brazo.

—Espera un momento, hija. Tengo que contaros una cosa ahora que vuestro padre no está.

Ay, Dios, que ahora sí, seguro que se van a separar. Siempre que mi madre nos dice que nos tiene que contar algo importante, pienso en eso, porque fue lo que sus padres le dijeron a Ruth. Eso o que mi padre está enfermo y tiene un cáncer terminal. ¡Por favor, no, más problemas no!

—¿Es algo malo? —Se me adelanta mi hermana.

Mi madre niega con la cabeza y esboza una leve sonrisa...

—¿No sonreirás así porque tienes un amante? —Se me escapa, dejándome dominar por otra de mis obsesiones.

—¿Pero qué estás diciendo, hija? ¿A mi edad...? Eso se hace mucho antes...

—Bueno, ¿entonces qué? —insiste MJ.

Mamá no puede evitar demostrar lo contenta que se siente por lo que está a punto de contarnos.

—Vuestro padre y yo vamos a salir en un programa de televisión.

—¿Qué? ¿Pero por qué? ¡Hablando de Semana Santa y de gatos, supongo! —le espeto.

—No, hablando de nosotros. De nuestro matrimonio. Es un programa nuevo. Se titula *Amor para toda la vida*. Consiste en contar historias de amor que duran ya más de cuarenta años.

—Pero si vosotros no os queréis por lo menos desde hace veinte años —interviene mi hermana con su delicadeza habitual.

—¿¿Que no nos queremos...!?! ¿Pero por qué dices eso? ¡Estás equivocada, pero que muy equivocada! —se defiende mi madre.

—¿Por qué nos hacéis esto, mamá? No teníais suficiente con papá saliendo en Youtube. Ahora todo San Agustín va a hablar de vosotros... Y lo que es peor, de nosotras... —me quejo, aunque sin acritud.

—Pues de eso se trata, hija mía. Es promoción pura y dura. Así podré seguir vendiendo mis cuadros. Y no sólo en San Agustín, sino también en los pueblos de alrededor, como El Molar, El Vellón, Pedrezuela...

—¿Por eso lo haces? ¿Por puro *marketing*? —incide MJ.

—No es sólo por eso, hija. Y, una cosa más, además, la redactora me ha dicho que quiere que salgáis vosotras.

—¿Nosotras...? ¡Ni lo sueñes! —me niego en redondo y en cuadrado.

—No es mala idea. ¿Yo podría hablar de mi tienda de ropa de segunda mano para bebés? —se

interesa MJ.

—Pues seguro que no habrá ningún problema, porque tu padre va a contar lo del canal ese de internet.

—¿Os habéis vuelto todos locos o qué? —me indigno—. ¿Es que no habéis aprendido nada de mi trabajo?

Conozco el mundo del corazón desde dentro por mi curro en *Metropolitan* y también el mundo de la tele colateralmente. Este tipo de programas sólo busca la lágrima fácil, las miserias, los trapos sucios, los dramas. Es más, seguro que a mis padres o a mi hermana se les ocurre contar lo de Esteban y hasta que me he enrollado con un tipo casado y que tengo las cenizas de mi psicólogo en casa. La gente, con su afán de protagonismo y sus ganas de salir en la tele, entra al trapo con suma facilidad y lo cuenta todo. Y ahora mi familia va a ser una de esas con fama efímera y quién sabe qué repercusión. Me niego en rotundo. Ya me he divorciado de Esteban y, como esto siga así, me divorcio también de mis padres y de mi hermana. Tengo que convencerles de que van a cometer una gran locura.

—¿Cuándo es la grabación?

—La semana que viene —contesta mi madre—. Y no pienses que nos vamos a echar atrás, porque tu padre y yo lo tenemos muy, pero que muy hablado. Y ya no tienen tiempo de coger a otra pareja. Además, hemos firmado ya el contrato y todo.

Justo en ese momento, me quiero morir. Señor, ¿qué te he hecho yo para nacer en una familia como esta? Debí ser una persona horrible en mi anterior vida. Estoy segura.

La vida, como decía mi abuela, es una pura contradicción. Y ponía un ejemplo incuestionable: «separado» se escribe todo junto y «todo junto» se escribe separado. A ver cómo coño se entiende esto. Y si esto no se entiende, cómo me voy a entender yo a mí misma o a mi familia.

Pues eso.

CAPÍTULO 11

Aparco el coche en la plaza de garaje que tengo alquilada en un edificio de oficinas de la calle San Bernardo. Durante los treinta y seis kilómetros que hay de casa de mis padres hasta aquí, he venido dándole vueltas y vueltas al programa de marras. ¿Pero por qué mi familia quiere contar sus miserias en televisión? ¡Es que no lo entiendo! Seguro que hablarán de mí, por mucho que yo me oponga. ¿Qué pensarán mis amigos de Sanagus cuando lo vean? ¿Y mis compañeras de *Metropolitan*? ¡Ay, madre mía, y seguro que también llega a oídos de Luis Moreno! Ya sí que no voy a tener nada que hacer con él. Pero a ti esto te da igual, Sol, porque ya habías decidido no volver a verle, ¿verdad...?

Llego al portal. Entro y... ¡Mierda! ¡El ascensor está estropeado! ¡Otra vez! Me toca subir los cuatro pisos andando. Claro que tampoco está tan mal, así quemó las calorías ingeridas con el puchero de mi madre y me ahorro el gimnasio. Eso es lo que dicen los agentes inmobiliarios cuando te quieren vender o alquilar pisos del centro que no tienen ascensor. ¡Quién me manda alquilar un ático! Por fin alcanzo, ya con los intestinos fuera, la última planta y... ¿Con quién me encuentro...?

—Inma, ¿qué haces aquí?

La rubia está sentada en la escalera, junto a la puerta de mi piso. Cuando levanta la mirada al oírme, puedo notar que tiene un aspecto deplorable. Sus ojos, hinchados y enrojecidos de haber llorado, me observan con cara de pena. A su lado, un *trolley* enorme.

—¿Puedo quedarme en tu casa unos días?

La invito a entrar y a que me explique qué le ha ocurrido mientras tomamos un té rojo, que es el que dicen que adelgaza o, al menos, que te hace ir mucho al baño a hacer pis. Pero, oye, a mí también me relaja.

Inma me cuenta que ha sido desahuciada. El piso en el que ha vivido hasta ahora se lo compraron sus padres y eran ellos quienes pagaban la hipoteca. Pero la empresa familiar, un estudio de arquitectura, se fue al garete con la crisis y dejaron de asumir las mensualidades de la hipoteca.

—¿Y con tu salario de informática en el banco no te da para pagar tú la hipoteca?

—Es que ya no estoy en el banco. Os mentí el día del entierro de Aitor. Me despidieron hace dos meses.

—¿Y eso?

—Me acosté con mi jefe y su mujer se enteró. Para perdonarle, le exigió que me despidiera. Y, claro, me largó sin contemplaciones.

—Lógico, por eso yo nunca quiero ser la otra, ¿comprendes? Oye, volviendo al trabajo. Laboralmente, el periodismo está hecho una mierda, pero tú, una informática, ¿no encuentras trabajo?

—Tía, el curro está muy mal en todas las profesiones. Me he matriculado en un máster de Big Data, que lo va a petar en los próximos años. Cuando sepa el horario de clases que voy a tener, intentaré trabajar a la vez como *freelance* para sobrevivir...

—¿Y tus padres no te acogen?

—¿Tú volverías a vivir con tus padres? —me pregunta mirándome fijamente a los ojos para que no pueda evitar la respuesta.

Por unos segundos me imagino a mí misma viviendo en San Agustín del Guadalix. Tendría que competir con los gatos por el cariño de mi madre y mi padre estaría todo el rato pidiéndome consejo para mejorar sus vídeos del Youtube. Se pondrían a discutir por los toros, por el fútbol o de política. Me obligarían a tomar partido y, al final, se acabarían enfadando conmigo. El solo hecho de imaginarme en ese escenario hace que se me ponga el vello de punta y, lo que es peor, que me entren ganas de tomarme un jäger.

—Ni de coña. Te entiendo. Claro que puedes quedarte aquí unos días hasta que decidas qué vas a hacer...

Miro la hora en el reloj con forma de *smartphone* que tengo colgado en la pared del salón, un regalo de Esteban cuando fue con sus amigos a Mikonos. Ahora que lo pienso, tiene todo el sentido del mundo que se fuera a esa isla griega con quién sabe quién.

—Son casi las siete y media. La quedada de los de la promoción de Aitor es a las nueve. Hay que ponerse en marcha.

Una ducha, un secado y alisado de pelo, tres cambios de ropa, unos polvitos en la cara, un nuevo modelito, una pasada de pintalabios rojo y estamos listas para salir hacia Lavapiés.

El lugar elegido por los compañeros de clase de Aitor en el instituto es una taberna gaditana situada en la calle Ave María, en el centro del barrio más multicultural de Madrid.

Hablando de multiculturalidad... En la puerta nos encontramos con Tomomi, que viene en plan loba, con una minifalda tamaño XXXS y los labios pintados de un rojo casi soviético. Cualquiera diría que para investigar hay que venir con lo más sexy que encuentres en el armario.

En la taberna, los platos estrella son *pescaíto* frito, tortillitas de camarones y gambas cocidas. ¡Fenomenal, porque todavía arrastramos hambre del calabozo! Hay un pequeño escenario donde se canta flamenco y, a veces, según nos comenta el camarero, actúan comparsas y chirigotas de Cádiz interpretando las coplas de los últimos carnavales.

Enseguida detectamos quiénes son los compañeros de clase de Aitor, unos tipos y tipas ya cercanos a los cuarenta que no paran de hablar de anécdotas de cuando estaban en el instituto. Que si el día que uno tiró una tiza por la ventana y le dio en todo el ojo a una señora que estaba paseando un perro por la calle, la noche en que se quedaron encerrados en la biblioteca para hacer espiritismo o cuando la profesora de educación física pilló a Aitor y a Clara echando un polvo exprés en el baño del gimnasio.

Al oír esto, Inma decide interactuar con ellos...

—Nosotras conocíamos a Aitor. ¿Quién de vosotras es Clara?

Una chica de pelo rizado, pinta de haber sido explosiva en sus veinte primaveras, prominentes pechos y ya madre, seguro, nos mira de arriba abajo y nos pregunta:

—¿A qué Aitor conocéis?

—Alegría —me adelanto yo.

—¿Y quiénes sois vosotras? —nos sigue preguntando con un tono tirando a borde.

—Éramos sus amigas —contesta Tomomi un poco dubitativa.

—¿Y para qué buscáis a Clara? —pregunta un tipo alto y desgarbado con el pelo rizado, cuyo rostro me resulta algo familiar.

—Tenemos algo para ella... Algo que nos dio Aitor y que sólo se lo podemos dar a Clara en persona —les explico.

—Pues Clara no está. No ha venido a la quedada —contesta la borde.

—¿Y dónde está Aitor? —pregunta un tipo bajito, moreno y con aspecto magrebí, al que llaman Toñito.

Ha llegado el momento de contarles la verdad. Al fin y al cabo, se lo merecen. Eran sus amigos de la adolescencia. Y han quedado para ver cómo les va a unos y a otros. Deben saber que su compañero de instituto ha muerto.

—Aitor murió atropellado el pasado lunes cuando iba en su moto...

Al oír esto, el grupo, que hasta ese momento era de los más ruidosos del local, entra en un doloroso silencio.

—Espera, espera... Estáis de coña, ¿no? —pregunta Toñito poniéndolo en duda.

—Me temo que no. Os lo juro. Nosotras estuvimos en la incineración.

La tipa que hasta este momento había estado moderadamente antipática se viene abajo y abraza a Toñito. Mientras, el desgarbado se dirige a la barra y, en vez de pedir manzanilla, fino o cerveza, que era lo que estaban bebiendo hasta entonces, trae una botella de jäger y doce vasos de chupito. Nueve para los exalumnos del instituto Príncipe Felipe que habían acudido a la cita de Facebook y tres para nosotras. Me choca en un principio porque parece una macabra celebración debido al fallecimiento de Aitor, pero luego veo que en realidad se trata de un homenaje a su memoria.

Temo que se pueda estropear la noche y acabemos en el hospital, pero Tomomi, muy responsable ella, declina la invitación y se pide un Nestea. Esto me tranquiliza y pienso que quizá, con la ingesta de alcohol, alguno de los presentes nos dé una pista sobre el paradero de Clara. A fin de cuentas, es el método más antiguo para extraer información. Hasta Bertín Osborne lo utiliza en su programa de entrevistas.

Entre chupito y chupito, los amigos de la adolescencia de Aitor recuerdan anécdotas de él. Por ejemplo, el día en que hubo un aviso de bomba en el instituto y todos tenían un miedo atroz. Al que más entero se veía era a Aitor, que fue dando ánimos uno a uno mezclando chistes y razonamientos lógicos. ¡Aquello era tan de Aitor! Luego se descubrió que el aviso de bomba había sido obra suya con el objetivo de hacerse popular entre sus compañeros y que lo votasen para delegado de la clase. Y, de hecho, lo consiguió.

O cuando fueron de viaje de fin de curso de tercero de BUP a París. Una tarde, cinco o seis, entre los que se encontraban Aitor y Clara, cogieron el metro para ir a Montmartre, el barrio bohemio de la capital francesa, para ver el ambiente y visitar el Sagrado Corazón. Tuvieron la mala suerte de que una pandilla del extrarradio parisino les atracó y les robó todo lo que llevaban.

Al dejarles sin dinero, no tenían para pagar el metro de regreso al hotel. Aitor, al ver que había gente que hacía cualquier actividad artística y recibía dinero de los turistas, tuvo una idea genial: ponerse a cantar flamenco mientras el resto hacía de palmeros. Cantaba como el culo, pero como allí nadie tenía ni

idea, los turistas comenzaron a echarle monedas hasta que otros españoles se rieron de él y empezaron a decirle a la gente que era un estafador. Y, de alguna manera, lo era, pero consiguió dinero suficiente para volver al hotel.

Así era Aitor, un tipo extremadamente simpático, imaginativo y, sobre todo, solucionador de problemas. Especialmente de los ajenos.

Cada anécdota que cuentan sus amigos de él nos incita a las tres a enamorarnos más de nuestro psicólogo. Y no somos las únicas, ya que la tetona borde, que se identifica ante nosotras como Nieves, nos confiesa que ella también estuvo cautivada por él y profundamente celosa de Clara. En realidad, su ilusión con esta quedada era, ahora que está divorciada, poder encontrar a Aitor y quién sabe si vivir en la madurez lo que no pudieron en su juventud.

La noche avanza y yo voy atacando uno a uno intentando averiguar algo sobre Clara, pero la mayoría no ha vuelto a verla desde el instituto. Y los que sí lo han hecho, fue hace ya muchos años, coincidiendo todos en que iba muy a su bola y como que, de alguna manera, quería romper con el pasado. Quizá por el daño que sufrió con la separación de Aitor cuando este tuvo la desgracia familiar.

Inma y Tomomi, por su parte, han intimado, no sólo con los amigos de Aitor de la quedada, sino también con los miembros de una chirigota que actuará a medianoche. Hasta les han contado por qué estamos aquí, lo de la muerte de Aitor, que estábamos enamoradas de él e, incluso, lo de que perdimos las cenizas y las tenemos nosotras. Y los chirigoteros no tardan en inventarse una coplilla a la que denominan *Aitor por alegrías*.

El psicólogo cachondo las enamoraba.

Y en vez de tirárselas, las ayudaba.

Un día iba en moto y lo atropellaron.

Murió en brazos de una de ellas y al tanatorio se lo llevaron.

La mujer no lo quería y ni acudió a por las cenizas.

Y sus tres amantes platónicas las recogieron.

Unos malnacidos las secuestraron.

Y las tres señoritas por ellas pagaron.

Ahora buscan a Clarita, a quien el psicólogo amaba desde que era chiquitito.

Y esta copla estará inacabada hasta que las tres amantes encuentren a la muchacha, y el psicólogo pueda descansar Dios mediante.

¡Ni don Pablo Neruda en sus mejores tiempos!

Todos los amigos de Aitor, incluidos Toñito, Nieves y el espigado del pelo rizado que aún no sé cómo se llama, se ponen a cantar versos tan sublimes.

Por cierto, el espigado es bastante mono e, insisto, me recuerda a alguien, pero aún no he sido capaz de descifrar a quién, así que le pregunto a Tomomi que está más al tanto que yo de las revistas del corazón. Que ya me vale.

—Tía, es Carlos Sotelo, el protagonista de la serie que echan los lunes. Esta de risa, cómo se llama... *Los vecinos locos* o algo así.

—Ah, ya. Es que los lunes yo veo *Anatomía de Grey* con mis vecinos. Nos encanta ver capítulos repetidos, pero lo he debido de ver zapeando...

—¿Has hablado con él sobre Clara?

—Aún no.

—Ok. Déjame a mí. Es mono, ¿no?

—¿Cómo que mono? ¡Está buenísimo! No eres tú lista ni nada...

Y nada más hacer este comentario, como si nos hubiera oído, el citado Carlos Sotelo se gira hacia nosotras, nos mira y emprende el camino hacia el lugar en el que estamos sentadas. De repente, experimento lo que se siente en esos segundos previos en los que sabes a ciencia cierta que un tío va a entrarte en una discoteca.

—Hola, guapetonas... ¿Lo que dice la copla es verdad? ¿Tenéis las cenizas de Aitor en vuestra casa?

—Concretamente, en la mía —respondo sin darme cuenta de que se me está subiendo la ceja izquierda. Ay, madre.

—Pues podemos ir todos a tu casa, porque no está bien que esta fiesta se haya convertido en un homenaje a Aitor y él no esté, ¿no? Además, así nos podemos despedir de él, ya que no nos enteramos de su funeral.

Por un momento me quedo ojiplática y vislumbro a nueve casi cuarentones bañados en chupitos de jäger destrozando mi casa. Pero son los amigos de Aitor, no puedo negarme.

Y así es como, a las tres de la mañana, la fiesta se traslada de la taberna gaditana a mi apartamento de la calle Marqués de Leganés. Y, entre ellos, Carlos Sotelo, que yo no veré mucho series españolas, pero el lunes no pienso perderme *Los vecinos locos* o algo así. Y, además, me he fijado en su mano y no lleva anillo de casado. Claro que eso no quiere decir nada, porque hay quien a las doce de la noche está por ahí de fiesta con los amigos y se quita el anillo para guardárselo en el bolsillo. Calla, que ahora que lo pienso y hago memoria, creo que Sara, la de diseño de la revista, me comentó que se rumoreaba que este tipo se iba a casar, pero no se le conoce novia.

Como yo soy optimista por naturaleza, no siempre, claro, y como no le he visto el anillo, pues todavía todo es posible. Y si algo sucediera, quizá Don Draper desaparezca de mi cabeza.

Hago todo lo posible por sentarme a su lado en mi sofá de cuero rojo que me compré en una feria de muebles de segunda mano. Lo consigo apartando un poco a Inma, que ya estaba al acecho. ¿Por qué siempre coincidiremos en gustos? Bueno, su abanico es mucho más amplio que el mío, claro.

Y, sin darme cuenta, empiezo a hacerle preguntas sobre su vida privada, otra vez en plan periodista, pero sin decirle que lo soy, por supuesto.

—No será verdad eso que dicen de que te vas a casar, ¿verdad?

—¿Quién lo dice? —me pregunta.

—Una amiga, que es periodista del corazón.

—Pues si lo dice tu amiga, será verdad. Porque todo el mundo sabe que lo que dicen los periodistas del corazón siempre es cierto al cien por cien —se regodea el actor.

Entiendo por su ironía que lo de que se va a casar no es más que un rumor, así que mi ceja izquierda comienza a levantarse, aunque no tanto como con la sonrisa de Luis Moreno y su elegancia. Sol, por favor, no es el momento de comparar cada parte del cuerpo de Carlos o cada una de sus características con las de Don Draper. Ahora es cuando de verdad necesitas a Aitor. ¿Qué te diría en este momento...? Mientras tanto, intento seguir la conversación con el guaperas que tengo al lado.

—¡Y que lo digas! ¡Mienten más que un ministro del Gobierno pillado por fraude fiscal!

—¿Crees que te diría a ti si me voy a casar o no?

—A mí, sí. A una periodista del corazón, no.

—Sólo si me prometieras que no lo piensas subir a Twitter.

—Te lo prometo, pero no me digas que te casas, por favor... —le suplico.

—Lo siento —se disculpa, mirándome con ojos de cordero degollado.

—Mi gozo en un pozo —le comento un poco desilusionada, aunque, a la vez aliviada, porque la comparación con Luis sería eterna—. ¿Y quién es la afortunada?

—Es una desconocida. Va a ser una boda íntima. Muy discreta. No se puede enterar nadie de la prensa.

Entiendo que no quiera que se entere la prensa porque somos un coñazo, pero yo tengo que conseguir una exclusiva como sea y, quizá, la confirmación de la boda de Carlos Sotelo pueda interesar a Loles Bazán, porque al final se dieron cuenta de que la de la foto en pleno acto que les enseñé no era la actriz Julia del Sol y la jefa sigue presionándome. Continúo indagando como quien no quiere la cosa.

—¿Y cómo vas a ir vestido?

—¡Coño, el traje! Joder, que mañana he quedado de urgencia con el sastre para que me haga unos cambios de última hora. Madre mía, ¿qué hora es?

—Las cuatro y pico.

Carlos se levanta y anuncia a todos que se marcha. Se dispone a darme dos besos y me pregunta:

—¿Por cierto, cómo te llamabas tú?

—Sol, Sol Llerena —le contesto mientras le doy los dos típicos besos—. Tú, ya lo sé. Carlos Sotelo.

—Bueno, Sotelo es el apellido de mi madre. Lo llevo artísticamente porque murió. Pero en realidad me llamo Carlos Estévez Sotelo.

Algo salta en mi mente como un resorte. Estévez. De qué me suena. Ay, maldito alcohol, que no me deja pensar... Estévez... Estévez es el apellido de Clara. ¿No será su hermano?

—Sí, somos mellizos —me confirma.

—¿Que sois mellizos...? ¡Qué casualidad! ¡Pues tú debes saber dónde podemos localizarla!

—Ni idea. No sé nada de ella desde hace tres meses y me tiene preocupado. Pero no demasiado, porque es como el Guadiana. Aparece y desaparece cuando le da la gana.

—¡Qué fatalidad! Bueno... ¿Y cuándo dices que te casas?

—Pues ya mismo. El fin de semana próximo.

Al marcharse Carlos Sotelo, deciden irse todos los demás, incluida Tomomi. Inma, como está de *okupa* en mi casa, se queda. Y lo hace en el sofá rojo donde directamente se duerme con la ropa, los tacones y el maquillaje puestos.

Yo me voy a mi cuarto y soy incapaz de dormirme, porque, cómo no, me da por pensar.

Finalmente, la única manera de empezar a sentir cierto sopor en mi cuerpo es cuando pienso que Luis Moreno me está abrazando. ¿Qué...? ¡Es una manera de encontrar el sueño como otra cualquiera! ¿No?

Como finalmente no me puedo dormir, me da por mirar el móvil. Dios mío, tengo dos llamadas perdidas y siete WhatsApps de Esteban, mi ex. Supongo que no querrá volver conmigo. ¿Y si se ha dado cuenta de que lo de la homosexualidad ha sido sólo un experimento, una época de locura, y ahora quiere regresar a lo de antes? ¿Miro los mensajes o no los miro? Me armo de valor y decido leerlos, aun a riesgo de que eso me impida dormir el resto de la noche.

Esteban: Sol, que te he llamado. Tengo que contarte algo importante.

Esteban: ¿Por qué no coges el teléfono?

Esteban: Bueno, pues te lo cuento por aquí.

Esteban: Que me caso, y quiero que vengas a mi boda.

Esteban: Mi novio dice que tengo que invitar a todas las personas que han sido importantes en mi vida y tú has sido una de las más importantes durante unos años.

Esteban: Sé que ahora estarás odiándome, pero creo que es importante que llevemos esto con naturalidad. Para mí sería muy lindo que tú vinieras.

Esteban: Bueno, pues lo piensas y me dices, ¿vale?

Ya pensaré mañana si acepto o no la sorprendente invitación de Esteban. Mientras llega Morfeo, me acuerdo de que mi abuela... Os he hablado más de una vez de ella y no os he dicho su nombre: Escolástica, Escola para la familia. Un auténtico pozo de sabiduría basado en la mejor universidad del mundo: la experiencia y el sentido común.

Bueno, pues ella tenía un remedio infalible para cuando se encontraba en una disyuntiva ineludible y no encontraba razones para decidirse: cogía una moneda y asignaba a cada una de las caras una de las dos opciones de la disyuntiva. Y la que caía, esa elegía. Ni corta ni perezosa, me levanto y cojo un euro. Si sale cara, voy a la boda; si sale cruz, no. Lanzo la moneda al aire sobre el mármol de la mesita de noche, bota y...

Al ver el resultado, me cago, con perdón, en mí misma. Inmediatamente, antes de que me dé un jamacuco, abro el cajón de la mesita de noche, cojo un lexatín y me lo trago sin ni siquiera beber un sorbo de agua.

La moneda se ha quedado de canto.

CAPÍTULO 12

Ojos pintados con la raya perfecta. Maquillaje cuidadosamente puesto para disimular mis ojeras y resaltar la esbeltez de mi cara. Es cierto, con todo lo que me está pasando últimamente, he vuelto a adelgazar. Será cosa del estrés, que algo bueno tendría que tener.

Me siento radiante por fuera, pero alterada porque Loles considera el tema de Carlos Sotelo no es lo suficientemente potente para una exclusiva. Así que sigo a la caza de ese pedazo de reportaje que salve mi culo en el trabajo.

Mi compañera Sara, que tiene un gusto exquisito para la moda y una familia bien para poder pagarla, me ha prestado un Juan Vidal, un estupendo vestido de seda de silueta A, con *prints* de fresas y estilo retro. Una maravilla que le queda mejor a ella que a mí, pero, oye, que con mi reciente delgadez doy el pego.

Está a punto de llegar Don Draper. Sí, habéis leído bien, el publicista. Sí, vale, he quedado con él. Culpable, me declaro culpable. Pero tengo una razón.

No podía ir a la boda de mi ex sin llevar pareja. Habría sido la declaración unilateral de ser una fracasada. Mientras él ha rehecho su vida en el universo gay, yo sigo estando más sola que la una, sumida en un mar de prejuicios y sin haber echado un polvo con nadie.

Que no, que no me voy a acostar con él. Lo prometo. Una tiene sus principios. Sí, lo prometo. ¡Que sí!

Sólo dos días después de que Esteban me invitara a su boda, Luis Moreno volvió a intentar quedar conmigo con la excusa de devolverme los pendientes. A su argumentación añadió que había cosas de su vida que debía explicarme y que entendía que me fuera tan sumamente enfadada de su cama. Y que aún lo estuviera. Enseguida vislumbré la oportunidad de matar dos pájaros de un tiro, utilizando al publicista para mi farsa ante Esteban. Si él está feliz porque se va a casar, yo también debo estarlo con mi nueva, ficticia y casada pareja.

Recibo un WhatsApp de Luis Moreno. Sí, ya le he dado mi teléfono, ¿qué pasa?

Luis Moreno: Ya estoy aquí, te espero en la esquina de tu calle con San Bernardo. Un BMW azul.

Que no se crea que me va a impresionar por tener un BMW. Que a mí los coches, plin. Me miro por última vez al espejo para comprobar que todo está correcto y bajo.

Entro en la puerta del copiloto, me siento, doy dos besos a Luis con la mayor de las indiferencias que soy capaz y enseguida reconozco el aroma de su perfume: Bottega Veneta. Dios, es mi olor favorito en un hombre. Me vuelve loca. Sol, controla. Miro hacia atrás para disimular la ceja, que ha dado un gran

respingo al percibir la fragancia, y de repente me quedo helada.

—¿Pero cómo se te ocurre traer a tu hijo? —le pregunto a Luis, atemperando en lo posible la indignación.

—Mi mujer está de viaje y no he encontrado familiar ni canguro con quien dejarlo.

—Me encanta tu Juan Vidal —interviene Guille—. Tienes un gusto exquisito para la ropa.

¡Coño, el monstruito empieza a caerme bien!

—Me parece que tu hijo —le comento a Luis— se basta y se sobra para quedarse solo aunque tenga ocho años. Se le ve muy maduro.

—Él quería venir, le caíste muy bien. ¿A que sí, Guille?

El pequeño asiente y yo ya sé por qué ha querido venir. Mis tetas. Y más al verme el generoso escote de mi Juan Vidal. Qué precoz el niño.

Durante el trayecto a la finca de El Escorial donde se celebra la boda de Esteban contesto con monosílabos a las preguntas o intentos de conversación de Luis. No sólo porque deseo demostrarle que no quiero nada con él, sino también porque me siento incómoda con la presencia de su hijo. ¿Es que Luis no está preocupado porque el niño le cuente a su madre que ha ido de pareja de una mujer a una boda? La verdad es que no entiendo nada.

Aunque intento no mirar a Luis mientras conduce, de vez en cuando se me escapan los ojos. Va razonablemente engominado, no repeinado, sino a lo moderno, en su punto. Lleva una camisa rosa clarito de Adolfo Domínguez y adivino en la chaqueta, perfectamente tumbada y estirada en el asiento de detrás, al lado de su hijo, que el traje que lleva es de Versace. Está claro que la publicidad da más dinero que el periodismo. Y eso que el periodismo vive de la publicidad.

La finca se encuentra no muy lejos del Valle de los Caídos y me pregunto qué pasaría si el dictador levantase la cabeza y se diera cuenta de que a pocos kilómetros de sus huesos se celebran bodas homosexuales. Me llaman la atención las medidas de seguridad que hay a la entrada de la finca, unos gorilas comprueban que estás en la lista de invitados pidiéndote el DNI.

Una vez pasado el excesivo control de seguridad, nos acercamos al lugar donde se va a llevar a cabo la ceremonia. Han habilitado una parte del jardín de la finca, un lugar precioso, rodeado de álamos, donde han aprovechado un espacio abierto para colocar unas sillas enfundadas en telas blancas, entre las que destacan las cuatro que van a ocupar los novios e, imagino, las madrinas. Veo que en las primeras filas está ya sentado Antonio, mi exsuegro, así que decido que nos coloquemos en la otra punta. Ante todo, discreción. Qué mal debe estar llevando el pobre Antonio la ceremonia gay, un bizarro militar como él, educado a la antigua usanza.

Poco a poco, las sillas son ocupadas por los invitados y es fácil comprobar la heterogeneidad del ambiente. Por su forma de vestir y sus peinados, se puede identificar a aquellos que son familiares de los contrayentes y a los que, sin duda alguna, han compartido noches de fiesta en Chueca con ellos.

Consigo vislumbrar a Esteban, ya colocado junto a su madre, Gloria, delante de las cuatro sillas de los contrayentes, esperando a su amado. Va vestido con un traje color crema, qué mal gusto, por Dios, seguro que ha sido cosa de mi exsuegra, que siempre le ha gustado llamar la atención. Hay un momento en que nuestras miradas conectan, me sonrío y con los labios me dice: «Gracias». Yo, lo más que puedo hacer es desviar la mirada hacia Luis Moreno, que asiste a la ceremonia con toda la naturalidad del mundo.

Por fin aparece el novio de Esteban y, al verlo, estoy a punto de caerme de espaldas. Noto un súbito mareo y Luis me tiene que agarrar para evitar el derrumbe.

¡Esteban se va a casar con...!

¡Carlos Sotelo, el actor!

Sol... Solecita... Tranquila... Está claro que los dioses te han elegido como conejillo de indias para probar en tu psique la capacidad que tienen los humanos de sobrevivir al caos mental... Tranquila... No paaasaaa ná... El *Juego de tronos* ese, al lado de tu existencia, es un celestial violín acariciando la luz de la luna en una playa paradisíaca.

Por eso el actor tenía tanto miedo de contar a la prensa que se iba a casar. De ahí las medidas de seguridad en la puerta. Carlos Sotelo, el guaperas de moda, el que trae a las chicas locas, es gay. Y, además, se está casando con mi ex, recién salido del armario hace seis meses. El mundo está loco y yo, con mis lextatines y todo, me parece que soy la única cuerda en mil kilómetros a la redonda.

Mientras recorre el pasillo que lo conduce al altar, Carlos, el guapo espigado de pelo rizado, se fija en mí y se queda blanco, color de piel que resalta aún más por llevar un esmoquin negro. Está claro que no esperaba encontrarme allí y que, por tanto, no sabía que era la ex de su novio.

Mientras se lleva a cabo la ceremonia, caigo en la cuenta de que si esta es la boda de Carlos Sotelo, es muy posible que Clara esté por allí. Inmediatamente, saco mi móvil para escribirles un WhastApp a las chicas.

Sun: Chicas, el que se está casando con mi ex es Carlos Sotelo.

Sun: Sí, yo también he flipado.

Sun: Eso quiere decir que quizá esté por aquí Clara. Así que coged las cenizas y veniros para acá inmediatamente.

Sun: Inma, las llaves de mi coche están en mi mesita de noche.

Sun: Os mando ubicación.

Cierro el grupo de WhatsApp, pongo mi iPhone en modo cámara de fotos y empiezo a tomar instantáneas del momento. No creo que Loles Bazán le haga ascos a la boda gay de Carlos Sotelo. Esto sí que es un pelotazo para el mundo del *cuore*. Mi yo periodista puede más que el hecho de que mi ex pueda salir en las revistas del corazón. Después, ya veré si decido utilizar las fotos para hacer un reportaje o no.

Cuando llega el momento del banquete y miramos el panel de la distribución de las mesas, veo que a Luis, a Guille (por acoplamiento) y a mí nos han colocado en la misma mesa que a las primas de Esteban, a las que por cierto odiaba cuando estaba con él. Esto sí que no te lo perdono, Esteban. Ellas siempre dejaron claro que yo no era lo suficientemente guapa para él. No sé si con Carlos Sotelo habrán colmado sus anhelos.

Menos mal que en la mesa también está Chuso, el primo jipi de mi ex, la oveja descarriada de la familia. En tiempos, y aunque yo no soy de fumar porros, me escondía a veces durante las reuniones familiares en el chalé de la tía de Esteban, y alguna calada que otra sí le daba. Era la única manera de soportar las soporíferas charlas de miembros tan estirados del clan como el tío Paco y la tía Margarita, siempre hablando de inversiones bursátiles e inmobiliarias.

Las primas de Esteban ni se levantan a darme dos besos, pero Chuso sí me saluda muy efusivamente. Aunque lleva traje, seguramente obligado por su madre, su pelo rasta y su *piercing* en la ceja delatan su personalidad.

—Hombre, Sol, ¿cómo estás? Guapísima, como siempre. Este quién es, ¿tu novio? —comenta por Luis Moreno.

Al decir esto Chuso, miro inmediatamente a Guille, que está con la oreja puesta. Es obvio que no puedo contestar que sí. Primero, porque no lo es. Pero yo querría decir que sí para que toda la familia de Esteban no piense que estoy en la mierda. ¿Qué hago?

—Bueno, somos eso que llaman ahora *follamigos*.

Pero tía, ¿estás loca o qué? Que lo ha oído el niño. Bueno, casi seguro que no sabe lo que significa. Por eso lo he elegido. Miro a Guille y no ha cambiado el gesto. Y Chuso tan normal, como si le hubiera dicho que nos acabamos de conocer.

—¿Qué buen rollo! Oye, tía, si queréis, tengo buen material —comenta, mostrándome disimuladamente una bolsita con marihuana—. Luego nos escapamos los tres al jardín. He localizado un sitio por allí cojonudo.

—Esto... Es que ya no fumo. Me sienta mal. Me da por rayarme con mis cosas y...

—¿Y tu chico?

—Igual después me animo —le contesta Luis—. Pero no te aseguro nada. Depende de cómo vaya la fiesta.

—Bueno, pues yo me voy a hacerme el primero. Si no, no veo manera de soportar esta boda —explica Chuso.

Segundos después y, cuando ya estamos sentados a la mesa, Guille suelta la pregunta:

—¿Es verdad que sois *follamigos*?

De repente, mi color de piel pasa de un carne tirando a morena a ponerse roja como las suelas de los Louboutin que nunca calzaré. Miro a Luis suplicando ayuda y su expresión delata lo que me temía, que yo me he metido sola en este embrollo y que yo soy quien debo salir.

—¿Tú sabes lo que quiere decir?

—¿Que sois amigos que follan? Por deducción, básicamente.

Joder, con el niño, pero... ¿cuántos años tiene? ¿Ocho o diecisiete? Y ahora qué le digo. Piensa, Sol. Que si no, se lo va a contar a su madre y la hemos liado. Y qué si la lía, mejor para ti, ¿no? Bueno, no, que yo no soy así, no soy de esas.

—Bueno, en realidad, era una broma, una broma que hago con Chuso cuando nos vemos. Siempre llamamos *follamigos* a los que están a nuestro alrededor. Pero no es en serio.

—Es que Sol es una cachonda, Guille. ¿O no te has dado cuenta? —se burla Luis.

—¿Has estado en muchas bodas, Guille? —intervengo para cambiar de tema.

—En dos. En una de mis tíos y en la de unos amigos de mis padres.

—¿Y te gustan?

—Bueno, yo lo que pienso es que la principal causa de divorcio en este país es el matrimonio.

¡Toma ya! Frase lapidaria y filosófica de Groucho Marx. Cada vez estoy más convencida de que este niño no es normal.

—A mí es que la rutina me aburre —concluye el niño.

El banquete continúa y Guille sigue soltando perlas por su boca. Chuso está desaparecido, probablemente en un universo paralelo gracias al consumo de cannabis. Las rancias de las primas de mi ex siguen sin hablarnos, pero es que no conversan ni entre ellas. Y no, no voy a hablar de lo inapropiado

de sus vestidos, que seguro que les han costado un dineral, pero parecen comprados en un chino.

Aprovecho que Guille se levanta un momento para ir al baño para preguntarle a Luis si su hijo es normal, porque en mi vida me he encontrado a alguien así a su edad.

—Tiene el síndrome del niño adulto. Por eso utiliza esas frases filosóficas y complicadas. Se cree que tiene más edad de la que tiene.

—Estás de coña, ¿no? Ese síndrome no existe.

—Claro que existe —comenta Luis riéndose—. Búscalo en Google. Pero no pasa nada. Es sólo que mi hijo es un tanto peculiar y ya está.

—Sí, eso desde luego. ¿No es lo que le pasaba al hijo de Sofía Vergara en *Modern Family*?

—Exacto. Y no me digas que no mola el personaje. Por cierto, ¿cuál es tu síndrome? —me pregunta el publicista con toda la intención.

—¿A qué te refieres? —le contesto, haciéndome la tonta.

—Llevas todo el rato contestándome con monosílabos y tratándome con indiferencia. —Saca el tema Luis a propósito—. ¿No quieres hablar de lo que pasó?

—¿Aquí? Estamos rodeados de gente.

Tengo que evitar hablar del tema como sea. Puede oírnos cualquiera. Precisamente en este instante llega Chuso y se sienta a mi lado. El color rojo se ha trasladado de mi piel a los ojos del primo de Esteban. Y, como es normal, debido al colocón trae un hambre atroz y comienza a comer compulsivamente.

—¿Esto qué es?

—Solomillo con salsa de piñones, está buenísimo —le contesto.

—Pues voy a arrasarlo con todo.

—Oye, Chuso, ¿me permites una pregunta? —interviene Luis.

—Dispara —le contesta el Rastas con la boca llena.

—¿Tú te enrollarías con una tía casada?

—Vaya pregunta. Pues claro. Si está buena, por supuesto.

—Pero es que él es un tío, es normal que piense así —puntualizo.

¡Dios mío! ¿Puede sonar más machista? ¿Pero es que no pasa nada porque un tío se acueste con mujeres casadas y rompa matrimonios y, sin embargo, que una mujer lo haga está mal visto? Pues claro que está mal, pero en ambos casos. Soy lo peor. Estoy tirando piedras contra mi propio tejado, contra todo el género femenino. ¿Y tú eres defensora de la igualdad? Que hasta escribiste un artículo sobre eso en la revista...

—Verás, Chuso —le cuenta Luis—. Yo tengo una amiga a quien le gusta un hombre casado. Pero lo que no sabe ella, y yo sí, es que el tipo, aunque no se ha divorciado y vive con su mujer, en la práctica sí está separado. Hacen cada uno su vida.

—¿Y por qué no se divorcia de su mujer? —pregunto con toda la mala leche del mundo universal.

—Porque el tío es un alto directivo de una agencia de publicidad y el consejo de administración le exige que acuda a las fiestas de presentación de las campañas con su legítima.

—¿Y eso por qué?

—Porque su contrato está ligado a una cuenta con un banco del que es máximo directivo su suegro.

—¿Y qué banco es ese?

—Uno de los dos más importantes.

—¿En serio? ¿Y su mujer se enrolla con otros hombres?

—Seguramente.

—Pues no entiendo por qué ella no se separa de él.

—Porque tampoco le interesa. Tiene una fundación solidaria y la empresa de publicidad de su marido le hace todo el trabajo de promoción y *marketing*.

—Menudo culebrón, chavales, yo ya me he perdido. ¡Estoy flipando con el matrimonio ese! —interviene Chuso, que no es capaz de soportar más la conversación—. Me voy a liar otro petardo.

—¡Espera! —le pido agarrándole del brazo—. Yo creo que la amiga de Luis no se enrolla con el tipo ese porque, a pesar del cuento de que él y la legítima hacen vidas separadas, ella no quiere ser la amante.

—Pero no sería la amante —contesta Luis—. Seguramente, el tipo casado piense más en ella que en su mujer.

—¡Eso sí que no! —Me levanto—. Yo no he venido a esta vida a ser la otra. ¿Te queda claro? Y si piensas que estoy chapada a la antigua, pues lo estoy. Pero yo tengo unos principios. ¿Vale?

Y con las mismas, me levanto de la mesa y me marcho, no sé en qué dirección. ¿Pero qué se ha creído? Por muy bueno que esté. Por muy bien que hable. Por mucha pasta que tenga. Por muy elegante que sea. ¡No, no y no! Menudo cuento chino lo de que hace vida separada con su mujer. Y aunque sea verdad. ¿Qué es eso de mantener un matrimonio por interés? ¿Y yo por qué tengo que aceptar eso? No le estoy pidiendo matrimonio, joder. Es más, ni siquiera le estoy pidiendo nada. Es él el que ha sacado el tema. Bueno, y yo que le he invitado a esta boda como acompañante. ¡Pero si no hemos echado ni medio polvo en condiciones! No le puedes exigir nada, Sol. Ni él te puede exigir a ti que aceptes sus condiciones. ¿Se puede saber adónde voy...? Ni yo misma lo sé.

De repente, me choco con alguien. Con el mismísimo Esteban. Visto de cerca, parece que no le queda tan mal el traje color crema. Por un segundo estoy a punto de desahogarme con él. Esteban, mi vida es un desastre desde que cambiaste de acera. No doy una. Todo me va mal. El mundo me es hostil. Quiero hacerme bicho bola. Con lo tranquila que era nuestra existencia cuando estábamos juntos. Bueno, tranquila la mía, que la tuya debía ser un proceloso mar de dudas.

—Qué guapa estás, Sol. Te veo bastante más delgada, ¿no?

—Es que últimamente estoy haciendo mucho ejercicio —miento.

—Oye, muchas gracias por venir. A Carlos y a mí nos hacía mucha ilusión que vinieses. Bueno, a Carlos menos cuando le he dicho hoy que eras periodista del corazón. Porque no vas a publicar nada de su secreto..., ¿no?

—Esto... Bueno, en principio no —vuelvo a mentir.

—Oye, menudo tiarrón con el que has venido. Es guapísimo.

Esto de que de repente Esteban, mi ex, tenga pluma, porque la tiene, que yo se la estoy notando, y emita juicios de valor estético con tanto entusiasmo sobre otros hombres, pues me incomoda. Lo que tuvo que reprimirse el pobre.

—Pues sí, la verdad es que sí. Es muy atractivo.

—¿Estáis juntos? Dime que sí. Por favor, dime que sí...

—Estamos juntos —vuelvo a mentir.

He negado tres veces la mayor, como hizo san Pedro con Jesucristo. Yo, que era la gran defensora de

la verdad. Que por eso quería ser periodista. Que era incapaz de mentir a mis padres y a mi hermana cuando hacía alguna trastada. Que nunca le dije a mi madre que me quedaba en casa de una amiga a dormir y, en realidad, me iba de fiesta, como hacían muchas de mi pandilla. ¿Por qué estás aprendiendo a mentir, Sol? ¿Qué te está pasando?

—Me alegro un montón de que hayas rehecho tu vida después de lo..., de la faena que te hice... Lo pasé fatal, ¿sabes?

—No te preocupes, Esteban. Eso es agua pasada. Lo importante es que ahora los dos somos felices —le miento por cuarta vez—. ¿El baño dónde está?

No puedo seguir pinocheando. Tengo que irme. Y, además, necesito hacer pis. Sigo las indicaciones de Esteban para llegar a los aseos y, justo antes de entrar, me encuentro con Guille. Pero qué repeinado está. Se ha debido de mojar el pelo en el lavabo del cuarto de baño. O le ha lamido la cabeza una vaca.

—Hola, Sol.

—Hola, Guille, ¿cómo va la noche?

—Pues he tomado cuatro sorbos de champán y estoy borracho, y como dicen que los borrachos y los niños no mienten, pues te lo digo.

—¿El qué?

—¿Quieres ser mi *follamiga* cuando cumpla dieciséis años? O, mejor, ¿casarte conmigo cuando cumpla dieciocho?

¡Esto no puede estar pasándome! ¡Me está... Me está entrando el hijo de Don Draper y tiene sólo ocho años!

—¿Pero no decías que casarse era el primer paso hacia la falta de libertad?

—Por ti estoy dispuesto a perderlo todo, hasta la mismísima libertad. Quiero ser tu preso. Te lo daría todo.

Ya podía aprender su padre de Guille. Esto sí que es comprometerse. Qué pena que cuando cumpla dieciocho probablemente piense como piensa Luis ahora.

—Esto... Me estoy haciendo pis. Voy al baño. Luego nos vemos en la mesa, ¿vale?

—Sé que te gusta mi padre, pero yo cuando sea mayor voy a estar tan bueno como él. Te lo prometo.

—Tienes razón, te has pasado con el champán.

Y entro en el baño. Alguien se ha dejado una copa de champán completa encima del lavabo. ¿Me la bebo? Me la bebo. Y, después de hacer pis, miro mi móvil. Menudo día de emociones fuertes. Sol, olvídale todo, ahora debes concentrarte en encontrar a Clara, que con todo el lío ni siquiera me ha dado tiempo a buscarla. ¿Por dónde andarán Inma y Tomomi? Las llamo.

—Entrando por la puerta de la fiesta —me contesta Inma—, que no veas qué lío para encontrar esto. Y me he tenido que camelar al segurata para que nos dejara entrar. Quiere que quede con él la semana que viene...

—¿Habéis traído las cenizas?

—¡Ostras, las cenizas!

—Inma, no me fastidies...

—Que es broma, tonta. Claro que las traemos.

—Estoy en el lavabo. Ahora salgo. Veniros para acá.

Me asomo por la puerta del baño para ver si Guille sigue donde lo dejé y, exacto, ahí continúa,

impasible, peinándose delante de un espejo. El mundo se ha vuelto loco, loco y, lo peor, yo no me puedo bajar de él. Veo acercarse al fondo a Inma y a Tomomi, esta última con una bolsa de Primark donde imagino que viene la urna. Por fin, se marcha Guillemonster y me reúno con mis dos compis.

Todos los invitados a la boda están pasándose a la barra libre. Esteban y Carlos se hallan ya bailando el típico vals. Para ser un enlace gay, es un bodorrio en toda regla, con Strauss y todo. Esto debe haber sido un imperativo de Gloria, mi exsuegra. Es el momento de encontrar a Clara. Nos dividimos los campos de acción. Tomomi se ocupará de la zona de la barra; Inma, de la parte cercana a los baños, un lugar muy concurrido en toda boda. Y yo, de la pista de baile. Hay que preguntar a todo el mundo por Clara.

Cuando voy a entrar a la zona donde varias parejas están ya bailando un tema pop, en concreto *El vals de las mariposas*, una melosa balada del pleistoceno musical, Luis me pilla por la espalda, me gira y comenzamos a bailar agarrados. Entre el olor a Bottega Veneta y que su cuerpo y el mío están pegados-pegados, se me eriza la piel y me entra un cosquilleo por todo el cuerpo. Su boca se encuentra muy cerca de la mía. Tengo la ceja disparada. Empiezo a tener recuerdos de la primera vez que nos besamos: sus labios suaves, el calor de su lengua... Le miro directamente a los ojos y veo que él se está fijando en mis labios. Tengo que ser fuerte. Recordar mis principios. No puedo ser la otra. ¿Y si le beso sólo un poco...? Voy a hablar para intentar cortar la peligrosa magia del momento, pero él se me adelanta.

—Dime que no tienes ganas de besarme.

Estoy a punto de contestarle acercando mis labios a los suyos, cuando una mano agarra mi brazo, me retira de Luis y me lleva hacia el cuerpo perteneciente a dicha mano.

—¡Cambio de pareja! —comenta Carlos Sotelo.

Mi vida de tío bueno en tío bueno, pienso. La distancia de seguridad con Carlos es mucho más amplia. Supongo, aparte de que no le gusto, que lo de que sea gay y se acabe de casar con mi ex también influye.

—Felicidades. Esteban y tú hacéis una pareja estupenda. —Menuda originalidad se me ha ocurrido.

—Gracias. No sabía que tú eras la ex de Esteban, y si llego a saber que trabajas en la prensa del corazón, no te habría invitado.

—Tranquilo, no voy a publicar ninguna foto de la boda.

—No, de la boda, no. Pero sí quiero contarlo. ¡Quiero salir del armario! Estoy harto de que mi representante me lo prohíba.

—¿En serio? ¿Estarías dispuesto a hacerlo en *Metropolitan*? ¿A que yo te hiciera una entrevista?

—Tenía pensado emitir un comunicado, pero Esteban me ha convencido para que te deje la noticia a ti.

—Me haces un gran favor, en serio, no te imaginas cuánto. Oye. Y otra cosa. ¿Está aquí tu hermana Clara?

—Me temo que no. Le he dejado mensajes por todos sitios para la boda, pero no ha aparecido.

—Vaya. Lo siento.

—La única pista que he conseguido es que su compañera de piso nos dijo que había conocido a alguien en Tinder y, después, desapareció.

—Joder...

—Clara siempre ha sido un poco rara y últimamente se había hecho vegetariana. No sé, supongo que

estará por ahí, a su bola, y no quiere que nadie la encuentre...

Imposible cumplir la misión para la que nos hemos juramentado Tomomi, Inma y yo. Tengo que encontrar a las chicas para contárselo. Y es en este momento cuando me doy cuenta de cómo el alcohol empieza a hacer estragos en la mayoría de los invitados a la boda.

Me dirijo hacia la barra, en busca de la oriental. Tomomi, devorada por su TOC, se encuentra ordenando todas las botellas y vasos que tiene el restaurante en la barra. Antes, según me cuenta un camarero, ha ubicado armónicamente los doce pares de cuernos —de ciervo, lógicamente— que adornan las paredes del salón. Me olvido de ella porque si interfiero en su labor, puedo dañarla psicológicamente.

Observo que Esteban y Carlos han quedado deslumbrados por el tipazo de Don Draper y ninguno disimula que desea ligar con él. ¡Dios mío, en el mismo día de su boda!

Luis Moreno trata de refugiarse en mis brazos, pero a mí me gusta hacerle sufrir un poco e intento escaquearme. Imagino que es una excusa como otra cualquiera para llevarme al huerto. Y no, ya he dicho que no. Y no es no. Ya sé que es una de mis muchas neuras, pero no seré nunca la otra.

Huyendo de Luis, vuelvo a ver a Tomomi. Ha terminado de ordenar todo el restaurante y no se ha puesto a barrer el suelo y limpiar las mesas de milagro. Ahora se encuentra tomando una copa y hablando con Chuso, el rastas. Probablemente se haya acordado de las recomendaciones de Aitor, una copa al año no hace daño, pero ya me veo yendo con ella esta noche de nuevo al hospital. Poco después, mientras me preparan un *gin- tonic*, intuyo que el primo de Esteban le está invitando a ir a la parte de atrás del jardín a fumarse su siguiente obra de arte.

Tras zamparme la bebida, noto cómo se me empieza a subir a la cabeza el alcohol del cuarto o quinto *gin- tonic* que me he tomado en mi vida. Que ya me vale, ahora que todo el mundo los toma. Me da un pequeño mareo y decido irme al baño a echarme un poco de agua en la parte de atrás del cuello.

Cuando entro, me encuentro a mi exsuegra, Gloria, aporreando la puerta de uno de los inodoros.

—¡Sal de ahí, zorrón! ¡Y tú también, hijo de la gran puta!

Agudizo el oído y percibo unos gemidos orgásmicos que provienen de dentro del inodoro, y que son claramente la causa del histérico sofocón de Gloria. Identifico perfectamente a Inma. Ya tuve el placer de disfrutar de su desaforada sonoridad amorosa en el entierro de Aitor. ¡Pero no puede ser que esté ahí Antonio, el militar, el padre de Esteban, mi exsuegro! Porque si no, no estaría su mujer histérica perdida. Pues está, claro que sí. Ha sucumbido a los encantos de la rubia y esta... Pero, ¿cómo se le ocurre? ¿Es que no ha aprendido nada de lo que le dijo Aitor?

Los gemidos llegan a su clímax y, tras los jadeos correspondientes, se abre la puerta. Sale Inma que, al verme, me mira con ojos culpables. Pero no le da tiempo a pensar mucho porque rápidamente Gloria empieza a darle bolsazos.

—¡Putá! ¡Eres una guarra! ¿Te crees que yo no puedo darle eso a mi marido? ¡Eh! ¿Te lo crees?

La rubia sale corriendo del baño y Gloria se dirige a su marido, preguntándole con dulzura:

—¿Estás bien, cariño? ¡Ya se ha ido!

Alucino. Como si el bueno de Antonio no tuviera culpa. Que digo yo que no ha sido violado, sino que algo habrá puesto de su parte.

Definitivamente, ha llegado el momento de irnos de esta boda. Tengo que reclutar a las chicas, a Luis, a Guille y salir pitando.

Ay, Dios mío, que el niño ha cogido el micrófono. Efectivamente, el hijo de Luis Moreno reclama la atención de todos los asistentes a la boda. Quiere que todos canten al unísono con él una canción en honor a los contrayentes.

—¡Podemos, Podemos, Podemos es cojonudo, como Iglesias no hay ninguno! ¡Podemos, Podemos, Podemos es cojonudo, como Iglesias no hay ninguno!

¿¡Quééé...!? ¡La madre que lo parió!

Joder, la que se va a liar. Toda la familia de Esteban es acérrima pepera y, por los abuceos y gritos que se oyen, los asistentes a la boda por parte de Carlos Sotelo son socialistas felipistas. El único que sale a defender a Guille es Chuso quien, totalmente fumado, corea los mismos cánticos que el niño.

Al final, Inma y Tomomi, Luis Moreno y el monstruo de su hijo, el porreta y yo, gracias, supongo, a nuestros respectivos ángeles de la guarda, logramos poner tierra de por medio entre nuestros cuerpos y los proyectiles de los invitados: vasos, sillas, botellas, centros de flores, zapatos...

Subimos al BMW y al Toyota Aygo y, finalmente, acabamos durmiendo en un hotelito rural porque no estamos, éticamente, para llegar conduciendo a Madrid. Inma y Tomomi en una habitación. Chuso y Guille en otra. Y en la más alejada, Luis Moreno y yo. Aunque el publicista intenta que la noche acabe con un polvo, no pasamos de algún piquito. Me niego a que la cosa vaya a más.

Y me niego rotundamente por dos motivos. Quiero seguir fiel a mis principios de no acostarme con hombres casados, por muy liberal que sea la relación. Y, en segundo lugar, la urna de Aitor se halla a un metro de mí. Y no es plan de que mi psicólogo se remueva en sus cenizas al oír mis gemidos.

CAPÍTULO 13

La casa de mis padres está llena de cables, señores que gritan términos ininteligibles y, lo más importante, focos y cámaras de televisión.

Sí, ha llegado la hora de la grabación del programa *Amor para toda la vida* en el que van a ser protagonistas mis padres y yo aún no me lo creo. ¿Por qué siguen en su empeño de hacerme esto a mí?

En el despacho de mi padre, entre fotos del Cristo de los Estudiantes y la Esperanza de Triana, han colocado el set de maquillaje, y unas chicas de veintipocos, muy pizpiretas, terminan de adecentar el rostro de mis progenitores. Los dos, no hay duda, están encantados con la idea de aparecer en el *reality* sentimental. No sólo por el interés en ganar visibilidad para sus particulares negocios, sino también porque, aseguran, el suyo debe ser un ejemplo a seguir por aquellas parejas que quieren tirar la toalla del matrimonio tras la primera discusión.

Yo no me explico cómo mis padres pretenden ser un ejemplo para nadie, si hay muchos días que pasan sin dirigirse la palabra y están ambos tan campantes. Y cuando se la dirigen, es mucho peor, porque el hecho de no encontrar el cargador del teléfono móvil puede ser el inicio de una pelea susceptible de acabar como el rosario de la aurora. Vale, sí, que llevan más de cuarenta años juntos, pero yo diría que, más que amándose, soportándose. Aunque claro, en todos los órdenes de la vida, la veteranía es un grado y el que resiste, gana.

En la cocina han ubicado un pequeño *catering* para el equipo. Hay platos con jamón, queso, canapés muy ricos con paté de salmón, humus y otras cremas que no sé identificar. Y hasta han traído *sushi*. Después de quince minutos esperando a que comience la grabación y no pudiendo evitar, por la ansiedad, comerme cinco canapés, siete trocitos de jamón y dos de queso, me voy al salón huyendo de la traicionera gula. Con lo bien que me he quedado por mi episodio de estrés y ahora un delicioso *catering* lo va a estropear todo. ¡Pues no!

El set principal está colocado en el salón, donde la presentadora, la sensual Sofía Montero, les va a entrevistar en profundidad, es un decir, sentados en el sofá. Pero la cosa no queda ahí, la subdirectora del programa nos ha explicado el resto del guion. Efectuará un recorrido por la casa mostrando cuáles son sus rincones preferidos y, lo peor de todo, las habitaciones de sus hijas, es decir, nosotras, MJ y yo. Mis padres siempre las han mantenido intactas por el temor a que algún día, por culpa de un divorcio o de la crisis, quisiéramos regresar al nido. Como veis, siempre han tenido una fe inquebrantable en nuestra capacidad de valernos por nosotras mismas.

Como he dicho, el recorrido incluye fotos de cuando éramos pequeñas y todo. Lo peor. Espero que el programa no lo vea mucha gente y no se enteren en la revista porque he visto las imágenes que quieren

enseñar y aparecen versiones de mí de otra época que ya había olvidado. Por ejemplo, la de las gafotas y el aparato en los dientes, ese artilugio que hoy han dado en llamar *brackets* para que no aparezca la humillación y el fin de tus días cuando te los ponen. No sé quién afirmó que cualquier ordinariéz dicha en inglés dejaba de serlo gracias a la lengua de don Shakespeare. Y parece cierto.

Durante esta última semana he tratado sin éxito de convencer a mis padres para cancelar la grabación, pero ha sido absolutamente imposible.

MJ, por el contrario, ha ido dándole forma a cómo publicitar su tienda de ropa de segunda mano para bebés. E incluso ha ensayado con papá y mamá cómo lo tienen que escenificar. Yo no he querido ni enterarme.

Por fin mis padres llegan al salón, ya completamente maquillados, y se dirigen al sofá. Los operadores de cámara les piden que se vayan sentando para ajustar los planos que el realizador les irá pidiendo desde control. Antes de que les coloquen el micro, les doy un beso a cada uno y les suelto por lo bajo:

—¡Por Dios, os pido que no me llaméis María Soledad en televisión!

—Vale, hija, y tómate una tila, que se te ve muy nerviosa —me aconseja mi madre.

Es verdad. Estoy yo mucho más nerviosa que ellos, que se toman todo con una naturalidad inusitada, como si aparecieran ante las cámaras todas las semanas. Mi madre hasta controla cada uno de los oficios que participan en una grabación televisiva, como el ayudante de producción, el realizador o el *steady*. Dice que es porque ha visto mucho *Sálvame* y suelen hablar de los que están detrás de las cámaras.

Decido hacer caso por una vez en la vida a mi santa madre y me voy a la cocina a tomarme una tila. Cuando llego, sorprendo una conversación de mi hermana por teléfono.

—No creo que sea buena idea que lleve a mis hijos — explica MJ a su interlocutor/a mientras mueve hacia delante y hacia atrás el carrito en el que está sentado Alonso—. ¡He dicho que no y ya está!

Parece que MJ está enfadada con alguien, lo cual no es ninguna novedad. La irritabilidad, como se dice modernamente, forma parte de su ADN.

—¿Ocurre algo? —pregunto después de que cuelgue.

—Nada. No te preocupes. ¿Va a empezar ya? —Mi hermana evita contestar y lo cierto es que a mí no me interesa nada su respuesta.

—Está a punto. Voy a ponerme una tila, que estoy de los nervios.

—¿Por lo de las cenizas? ¿Todavía las tienes en tu casa?

—Sí, pero no es por eso. ¿Es que a ti no te importa nada que papá y mamá vayan a contar nuestras intimidades en televisión?

—No son nuestras intimidades, son las tuyas, y cada uno es libre de hacer lo que quiera con ellas. Además, tengo el presentimiento de que esto va a ser bueno para todos.

Ya, para todos menos para mí. Porque yo no tengo un negocio al que dar visibilidad, sino una familia y un pasado que lo que necesita es precisamente opacidad.

Se abre la puerta de la cocina y entra Eugenio Carrasco, el director del programa. Tiene unos cincuenta años, el pelo semicanoso y unas gruesas gafas de pasta color crema.

—Vamos a empezar. ¿Os apetece seguir la grabación desde control...?

Acompañamos al director hasta el *hall* de entrada, donde han colocado unos monitores y una mesa con numerosos botones. Desde ella, el realizador maneja las cámaras y el director controla a la

presentadora, que escucha sus órdenes a través de un pequeño micro, llamado popularmente pinganillo, colocado en la oreja.

Sofía Montero tiene unos cincuenta años, pero está estupenda, eso que mis amigos solían llamar una MILF (*Mother I'd like to fuck*). Los rumores cuentan que consigue presentar programas de televisión, uno tras otro, porque se tira a los directivos de los canales. ¡Por Dios, vuelvo a ser machista! Introduce brevemente a mis padres y explica que se convierten en protagonistas de *Amor para toda la vida* porque llevan más de cuarenta años casados.

—¿Cómo os conocisteis?

—Pues mire usted —contesta papá—. Yo iba para cura y mi mujer para monja, pero a la vista está que no íbamos a ser capaces de aguantar el celibato.

—¿En serio? ¡Esto que me decís es realmente curioso!

—¡Benito! —interviene rápidamente mamá—. ¡Te dije que eso no lo quería contar, que no se lo había dicho ni a las vecinas de San Agustín!

Ya sabía yo que esto iba a traer problemas y no llevamos ni tres minutos. Veremos a ver si finalmente emiten el programa porque, de esta, mis padres se divorcian. ¡Ay, madre, que resucitan mis viejos miedos! ¿Y si se separaran, voy a tener que elegir entre si quiero más a papá o a mamá? ¿Y tienen que pasar por un juicio para ver quién se queda con la custodia de los hijos? Yo me pienso ir con el que no vaya MJ. ¡Sol, por Dioooooos, gilipollas, que tienes casi treinta años y tu hermana ya ronda los cuarenta!

—¿Pero cómo fue el primer encuentro?

—¡Cuéntale, cuéntale! —anima papá a mamá.

—No, sigue tú, ya que has empezado. Total, vas a contar lo que quieras.

—No, tú. Así no cuento nada inapropiado.

—Benito, por favor, contesta a la pregunta, que está esperando la señora.

—¡Está bien! —Mi padre mira a Sofía Montero y prosigue con su relato—. Estaba yo dando un paseo con otros alumnos del seminario de Córdoba y nos paramos frente a una tienda de ropa interior que había en una de las calles del centro. Se llamaba Interiores Anita, todavía me acuerdo. Contemplar las braguitas y los sujetadores del escaparate era, en aquellos tiempos, como darse hoy un calentón en una web de porno superduro. ¡Bueno, en realidad era más, mucho más!

—Benito, al grano, por favor —le apremia mi madre.

—Pues estaba yo mirando el escaparate cuando, de repente, me di cuenta de que el cristal reflejaba...

—¿A Mari? —se adelanta la presentadora.

—Exacto. Vestida de monja de arriba abajo. Pensé que se podía chivar a algunos de los curas del seminario, pero, de repente, me pregunté qué hacía ella allí. Y así me di cuenta de que enfrente de la tienda de ropa interior femenina había una tienda de ropa interior masculina. ¿Me explico...? Efectivamente, ella había ido allí a lo mismo que yo, a darle al ojo. Nos guardamos cada uno nuestro secreto y luego volvimos a coincidir en varias visitas a aquel escaparate «porno». Y así fue como entablamos conversación primero, después amistad, hasta que un día yo decidí enseñarle mis calzoncillos y ella a mí sus braguitas.

—¿Antes de renunciar a vuestras vocaciones?

—¡No, mujer, no! —se indigna mi madre—. Vale que nos separamos de Dios, pero en ningún momento le pusimos los cuernos. Antes de eso, habíamos cortado los dos con nuestra vocación religiosa.

Alucino en blanco y negro. Yo sabía que mi madre iba para monja y que mi padre se estaba preparando para ser cura. Lo que nunca nos habían contado con detalle era que se habían conocido mientras iban a calentarse con la visión de la ropa interior del sexo opuesto. ¿Cuántos secretos voy a descubrir hoy? Ay, santo cielo, todo San Agustín hablando de esto. Y verás el cachondeo en la revista cuando se emita el programita.

Sofía Montero les sigue preguntando anécdotas de su historia de amor: qué le enamoró a cada uno del otro, cómo se lo contaron a sus padres, cuándo decidieron tener hijos, cómo fueran el primer parto y el segundo. Y así es como me entero también de que a mí me llamaron María Soledad por una tía de nombre María que murió un mes antes de mi nacimiento y a la que le gustaba mucho estar sola. Tiene narices. ¿Pero esa es una razón tan poderosa como para traumatizar a una niña para el resto de su vida? Menos mal que cuando cumplí dieciocho años decidí cambiarme el nombre en el registro y me puse Sol. Ahora sí que me gusta mi nombre.

—Ya se va a enfadar la niña contigo, Benito. Que nos ha dicho que no la llamemos María Soledad. Que ahora se llama Sol.

—Pues no lo entiendo, porque María Soledad es un nombre precioso. El nombre que le hubiera gustado tener a mi tía, que en paz descanse.

—Ya, pero se va a enfadar. Mira que nos lo ha dicho.

—Bueno, pues... —Mira a cámara—. Lo siento, hija. Lo siento.

—¿Y cuál creéis que es el secreto de la longevidad de vuestro matrimonio? —les plantea Sofía Montero.

—Yo creo que una de las claves, sobre todo, es que respetamos las aficiones del otro —explica mamá—. Yo no le digo nada cuando él ve el fútbol o anda por ahí con sus marchas de Semana Santa. Y él no se mete conmigo cuando me tiro horas y horas viendo culebrones en la tele, o cuando me dedico a mis plantas, mis gatos y mis cuadros.

—¿Pintas, Mari? —se interesa la presentadora con un nada disimulado tono artificial.

—Pues sí. He pintado todos los cuadros de esta casa, que luego os los voy a enseñar. Y tengo mi propia web —comenta mi madre, señalando con el dedo la parte inferior de la pantalla como si lo hubiera estado ensayando toda la vida—. Aparece escrito aquí abajo, uve doble, uve doble, uve doble, tres uves dobles, marideblas punto com.

—Y yo tengo un canal en Youtube —interrumpe mi padre—, que también tiene que estar sobreimpresionado aquí abajo. Lo pueden buscar poniendo en *guguel*... Benito Llerena Nazareno.

—Si entráis en mi web, veréis que mis cuadros son superbaratos para la calidad que tienen.

—Yo tengo más de dos mil suscriptores. Y hasta un club de fans con seis admiradoras.

—Por cierto, y esto es una exclusiva, una prima de Belén Esteban se ha interesado por uno de mis cuadros. Una preciosidad titulada *Cascabeles sonando en silencio*. Andamos en trámites de negociación.

—Pues a mí me ha escrito nada menos que el hermano mayor de la Esperanza de Triana.

¡Ay, madre, que han entrado en bucle! Esto hay que detenerlo de alguna manera. Le digo al director que haga algo y este le indica a la presentadora, a través del pinganillo, que pregunte a mis padres si alguno le ha sido infiel al otro. ¡No, por favor, eso no! No creo que haya sucedido, pero si hubiera ocurrido, desde luego que no querría saberlo. Que está muy bien enterarse de las frondosas cornamentas de los famosos, pero no de las domésticas.

—Nosotros hemos sobrevivido y superado las crisis gracias a las infidelidades —proclama mi madre.

¿Qué? ¿Qué ha dicho? No he debido oír bien. No puede ser. ¡Mamááá, pooooorrrr Diiiooosss!

—Sí, Mari lo ha dicho bien. Tuvimos una época de infidelidad de mutuo acuerdo —reafirma mi padre—. Cuando nuestras hijas eran adolescentes, nos dimos cuenta de que la pareja no acababa de funcionar como debiera. Así que, de mutuo acuerdo, decidimos seguir juntos para no traumatizar a las niñas, pero cada uno se buscó lo suyo.

Está a punto de darme un síncope. Le doy un codazo a mi hermana que, como yo, se encuentra en estado de *shock* total. No puede dejar de mirar la pantalla, totalmente hipnotizada.

—Yo me enrollé con el secretario de un diplomático argentino —revela mi madre—. Era un señor muy elegante, con mucho mundo. Al principio me volví loca con él, pero luego me di cuenta de que no era como mi Benito. No tenía ni pajolera idea de cofradías sevillanas y no se entusiasmaba nada con el Betis o el Madrid. Y, lo peor, no paraba de hablar de sí mismo.

—Tuviste que probar la mortadela con aceitunas para darte cuenta de que lo que tenías en casa era jamón extremeño —le reprocha mi padre.

—Pues si yo probé la mortadela, lo tuyo fue aceite de colza comparado con el aceite de oliva virgen extra de Jaén que yo te daba. Anda, bonito, cuenta, cuenta...

—Yo me lie con una estudiante de artes escénicas dieciocho años más joven que yo. Me tenía toda la noche de discoteca en discoteca hasta las siete de la mañana. Yo no podía seguirle el ritmo, además, sólo quería escuchar un *rock n'roll* más duro que el pedernal. Decía que la Semana Santa era cosa de paletos y, por supuesto, no me daba los masajes en los pies que me da mi mujer.

¡Que alguien me pellizque y que me diga que esto es una pesadilla! O sea, que mis miedos tenían fundamento y hubo un momento en que mis padres estuvieron a punto de separarse. Si es que es normal. Si no hay quien soporte cuarenta años de convivencia sin ninguna crisis. Pero, en realidad, si han seguido juntos, es porque se aman. Porque han probado lo de fuera y han preferido quedarse con lo de dentro. Porque buscaron, compararon y no encontraron nada mejor para comprarlo. ¿O no...? ¡Que alguien me diga algo...!

—Gracias a aquella experiencia, yo me di cuenta de que no cambiaría a mi Benito por nada del mundo —concluye mi madre, cogiéndole la mano a mi padre—. No me puedo imaginar envejecer con otra persona que no sea él. Es el ser humano con el que más a gusto estoy sin hablar porque ya sé cómo va a reaccionar en cada momento. Y eso me gusta.

—Mari, qué cosas tienes. —Se ruboriza mi padre—. Yo sólo voy a decir una cosa. Fíjate que si mi Mari me lo pide, aunque yo sé que no me lo va a pedir, estaría dispuesto por ella a no ver una final de la *Champions League* del Real Madrid.

—¿Tan seguro estás, Benito? —le plantea la presentadora.

—¡Segurísimo! Mi Mari no me quitaría el fútbol por nada del mundo. Yo lo único que le pido a Dios es que no se la lleve a ella antes que a mí.

En cuanto termina la entrevista, mi hermana y yo vamos al salón y abrazamos a mis padres entre lágrimas, muy emocionadas. Emocionadas porque, en realidad, nos hemos dado cuenta de que ellos están juntos porque se aman y que sus pequeñas rencillas forman parte de la esencia misma del matrimonio. Y que el uno sin el otro no serían nada y que, por supuesto, no estarían mejor separados.

Los quiero. Quiero a mis padres un montón. ¿Os lo he dicho? Aunque a veces me saquen de mis casillas. Aunque en ocasiones me sigan llamando María Soledad. Aunque piensen que soy la oveja descarriada de la familia. Aunque duden de mis gustos para elegir a los hombres. Si hasta dudo yo. Claro que, ahora, a lo mejor no les parece tan mal que me líe con un hombre casado, ¿no? Bueno, eso ya lo pensaré en otro momento. Ahora hay que estar a lo que estamos. Y toca mi familia. Esta familia tan maravillosa que tengo. Yo, sin ellos, no sería nadie. Y sin mi hermana MJ, tampoco. María José. ¿Dónde está mi hermana? Ha desaparecido. No la veo.

—¿Y Mariajo dónde está?

—La ha llamado alguien y está en la cocina —me informa mi padre.

Justo cuando voy a buscarla para decirle que, a pesar de nuestras diferencias, es la mejor hermana del mundo, aparece por la puerta del salón.

—Me tengo que ir. Voy a buscar a Cayetana a la guardería y luego he quedado.

—¿Con quién?

—Con otras madres de la garde.

MJ coge a Alonso con todos sus trastos, carrito de bebé incluido, y se dirige hacia el coche. Algo le pasa. Está rara. ¿Tendrá problemas con Rodrigo? ¿Se habrá vuelto a ir a jugar al pádel cuando no debía? ¿Con quién estaría hablando antes? ¿Irá de verdad a quedar con las madres de la garde? Sol, deja tu yo periodista. No seas cotilla. ¿No has tenido bastante con lo que te has enterado hoy de tus padres?

—¡María Soledad!

—¿Qué?

—¿Ves como respondes a María Soledad, tu verdadero nombre? Que tenemos que seguir con la grabación por el resto de la casa y tu hermana se va a quedar sin salir. ¿Tú te quedas, no? ¿Quieres salir?

—Esto... No. Tengo que preparar la entrevista a Carlos Sotelo, el chi..., digo el marido de Esteban. Es muy importante para seguir conservando mi trabajo.

Me despido de mis padres, del director y de Sofía Montero, y, previendo que mi hermana está todavía terminando de guardar las cosas en el maletero, salgo al calle. Allí está, plegando el carrito. Menos mal, porque mi intención es seguirla. Sí, me ha podido el cotilleo, pero entendedlo, me preocupo por mi hermana mayor. Igual que ella lo hace por mí, a su manera. Y esto a pesar de que tengo muchos frentes abiertos, como la entrevista a Carlos Sotelo o la búsqueda de Clara para entregarle las dichas cenizas de Aitor. Pero la familia es la familia.

Sigo a mi hermana por la A-1 a una distancia prudencial, aunque sé de sobra que ella jamás mira por los espejos retrovisores, lo cual es un verdadero peligro para sus hijos. Primero veo como recoge a Cayetana en la guardería de San Sebastián de los Reyes, para después volver a tomar la carretera dirección Madrid. ¿Pero no había quedado con algunas madres de la garde?

Al llegar a la M-30, nos desviamos hacia el paseo de la Castellana y, nada más pasar el hospital La Paz, tomamos la calle Monforte de Lemos hacia el barrio del Pilar. MJ me dirige, sin saberlo, hasta el *parking* del centro comercial La Vaguada.

Allí, una vez más, ella sola. Sin marido, sin el coñazo de mi cuñado. Saca a los dos niños del coche. Monta el carrito de Alonso, que tiene una plataforma para que Cayetana vaya subida de pie, y se dirigen hacia la cafetería Manila, en cuya terraza se sientan. MJ pide un café y algo de merienda para Alonso.

Yo me sitúo a unos veinte metros y disimulo mirando un escaparate, mientras no dejo de observar con

mi visión lateral la terraza de la citada cafetería.

Y, de repente, aparece la persona con la que había quedado mi hermana.

¡No puede ser!

¿Y esto qué quiere decir?

Es Víctor Sastre, el profesor del instituto Príncipe Felipe.

Y trae unos regalos para Alonso y Cayetana.

¿Le está poniendo los cuernos mi hermana al idiota?

Demasiadas emociones fuertes para un solo día.

Pero lo único que me sale pensar es: ¡ya era hora de que le diera una lección al impresentable de mi cuñado!

Pero... ¿Por qué el profesor le ha traído unos juguetes a los niños...?

¡Ay, ay, ay...!

CAPÍTULO 14

¿Os he dicho alguna vez que soy indecisa?

Pues sí, dudo todo el rato. Los que me conocen aseguran que tiendo a hacerme demasiadas preguntas. Pero qué narices, soy periodista, ¿no? Se supone que me tengo que cuestionar todo. Sí, pero ponte unos límites, Sol. ¿Pero cómo queréis que no me impacte que durante un tiempo indeterminado, aún no sé cuánto, mis padres se convirtieran en una pareja liberal? Abierta, que se dice ahora. ¿No les importó tener relaciones con terceros? Qué digo terceros, cuartos. Y lo que no hayan contado. ¿Es que esto no les afectó cuando decidieron continuar con una relación seria? ¿No se preguntaron cómo habían ido sus experiencias sexuales extramatrimoniales? ¿Se contaron los detalles? No sé, quizá sea demasiado moralista.

¿Y lo de mi hermana? Que va de que tiene el matrimonio perfecto y luego se los pone con un profesor. Y la tía bien que me mintió. Bueno, nos mintió a todos, a mis padres y a mí. Y, sobre todo, al idiota. Ahora hasta me da pena y todo. Y mis padres también nos mintieron. ¡Joder, se me están cayendo todos los principios morales sobre los que se construyó mi familia! Los que mis padres nos transmitieron. Lo que ellos han quebrantado y ha quebrantado mi hermana.

¿Creéis que soy demasiado moralista? O clásica o conservadora, yo qué sé. ¿Pensáis que no me debo reprimir con lo de Luis Moreno porque esté casado? Él tiene una relación abierta. O eso dice. A lo mejor sólo me quiere llevar a la cama. ¿Y qué si sólo me quiere llevar a la cama? Si es lo que deseo yo, ¿no? Al menos, una parte de lo que quiero. Dios, me estoy volviendo loca. El mundo me vuelve a ser hostil. Necesito a Aitor más que nunca. Pero él ya no está, ¿por qué torturarme inútilmente? Y sus cenizas se encuentran en mi casa. Por cierto, tengo que llamar a mis dos compis.

Necesito imperiosamente escribir en el blog. Tengo una idea. ¿Por qué no invoco a Aitor en el blog? ¿Por qué no lo revivo y me creo una consulta con él en el *post*? Es una buena idea o al menos a mí me lo parece. Igual es un poco loco, pero puede que dé resultado. Vamos allá...

DIÁLOGO IMAGINARIO CON AITOR

—Hola, Aitor, ¿cómo estás? ¿Qué tal te encuentras en tu urna de cenizas, en mi casa?

—Bien, no estoy mal, aunque desearía que me llevaras ya con Clara. Me alegro de que me hayas sacado un rato de allí gracias a tu imaginación.

—De nada, pero es algo interesado. Te necesito. No puedo vivir sin tu consejo.

—A ver, ¿qué ha pasado esta vez?

—¿Que qué ha pasado? Todo. Ha pasado todo.

—Tranquilízate y cuéntame, que seguro que no es para tanto, que ya sabes que tú eres muy exagerada.

—Resulta que mis padres han grabado un programa de televisión en el que cuentan su historia de amor de más de cuarenta años.

—Bueno, pues eso está muy bien. No todo el mundo puede decir lo mismo, ¿no?

—Ya, pero hay trampa. En el programa contaron y, ay, Dios, ahora lo va a saber todo el mundo, que hubo una época en la que llevaron una relación abierta y cada uno se lió con quien quiso.

—Bueno, si estaban de acuerdo las dos partes, ¿qué problema hay?

—Pues que mis padres no nos educaron así. Al menos a mí, no. Yo qué sé. Seré muy clásica. Pero yo quiero un novio para mí nada más, no compartirlo con otras. Y lo otro me parece, no sé, como de no haber amor.

—Hay muchas formas de amar. No sólo la clásica. Es más, hay tantas formas de amar como personas hay en el mundo. Incluso más, porque cada persona ama de manera diferente a distintas personas.

—Pues qué lío, entonces. Una no sabe a qué atenerse.

—¿Y tu hermana piensa igual que tú?

—Bueno, esa está más perdida que yo. Resulta que la he pillado quedando con un tío que no es su marido. Yo creo que también está teniendo una experiencia extramatrimonial.

—¿Estás segura?

—Bueno, segura, segura, segura, pues no. Pero vamos, lo parece.

—Si es lo que tú estás diciendo, sus razones tendrá.

—Pero en este caso no creo ni que su marido lo sepa. Y si el idiota lo supiera, se pondría hecho un energúmeno.

—En la vida no todo es blanco o negro. Hay que entender las razones de cada uno. Y la mayoría de las veces, todo tiene explicación. Lo importante es actuar con buen corazón.

—¿Crees que todo esto me legitima para acceder a los deseos de Luis Moreno de quedar conmigo...?

—¿Quién es Luis Moreno?

—El publicista. Aitor, que no te enteras.

—Si es que contigo tengo un lío. Ah, ya, que estaba casado, ¿no?

—Bueno, dice que está casado, pero que él y su mujer hacen cada uno su vida. Vamos, que viven juntos por puro interés económico.

—Entonces no hay impedimento, ¿no?

—El impedimento es que yo, para mi desgracia, soy una clásica. Y una moralista. Quizá una retrógrada. No sé.

—Uno siempre tiene que hacer lo que le dicte el corazón, porque si no lo hace, corre el peligro de frustrarse. Hay una frase que siempre digo: más vale arrepentirse de lo que has hecho que de lo que no has hecho.

—Ya, pero ¿y si no sale bien?

—¿Quieres quedarte con la duda el resto de tus días?

—No sé, no lo veo muy claro.

Miro la hora en la pantalla del ordenador. Son las once y media de la mañana y a las doce he quedado con Carlos Sotelo, el ahora marido de mi exnovio, en una cafetería del centro para hacerle la entrevista. Aún no se han ido de viaje de novios porque Carlos tiene que grabar capítulos de la serie. Le doy al botón de publicar sin repasar el *post*. Ay, madre, seguro que he puesto algo inconveniente. Bueno, da igual. Ahora lo importante es la exclusiva, que finalmente se ha tenido que retrasar un día por los problemas de agenda del actor.

Llego al Pepe Botella, emblemático café bar malasañero situado en la plaza del Dos de Mayo. Un lugar de reunión de gente del cine al que, por ejemplo, solía acudir Amenábar con sus amigos en sus inicios. Y, en esa línea, ha sido el lugar elegido por Carlos para que nos reunamos. Cuando entro por la puerta, lo veo sentado en un rincón, leyendo el guion.

—Antes de nada, quiero pedirte perdón, por la parte que me toca, por cómo salimos de la boda. ¡Menuda se lió!

—No te preocupes. Estuvo muy divertido. Nosotros nos lo pasamos genial. Así tendremos más cosas que contar a nuestros hijos.

—¿Por qué me has elegido a mí para contarlo?

—Tenía que contarlo ya. Estoy harto de esconderme. Por mucho que se empeñe mi representante. Y, bueno, en cierto modo, creo que te lo debo. Al fin y al cabo, te robé el novio.

—Bueno, eso sí. Pero imagino que no ha sido culpa tuya. Es algo que estaba dentro de Esteban y tenía

que salir de uno u otro modo.

—La verdad es que lo pasó mal. Él ya había tenido una relación con alguien. Un tío, me refiero. Fue su primera vez. Pero pasó y quiso enterrarlo. Quería seguir queriéndote. Quería seguir siendo hetero. Y estar contigo. Porque él te sigue queriendo, aunque, claro está, ya no desde el punto de vista sexual.

—¿Y cómo os conocisteis?

—Me hizo una entrevista para *El Mundo* y surgió el flechazo. Es tan gracioso, tan dulcemente torpe, ahí, con sus gafitas de pasta y su barbita.

—Exacto. Ese es su encanto. ¿Pero cómo pasó lo que pasó?

—¿De verdad quieres que te lo cuente?

—Ahora ya no me afecta. De verdad. Tengo otros dolores de cabeza.

—Pues en la entrevista yo detecté claramente que había atracción mutua. Y, como me había localizado con su teléfono personal, le mandé un WhatsApp. Se hizo el duro, supongo que por todas las dudas internas que tenía, pero finalmente aceptó. Y una cosa llevó a la otra. Enseguida que pasó lo que tenía que pasar, tú le descubriste las fotos con el otro chico con el que había estado.

—¿El cachas de la camiseta de tirantes?

—Sí, yo también vi la foto. Qué horror de tío. ¡Odio el cachismo!

—Supongo que en el fondo te tengo que dar las gracias. Si hubiera seguido con Esteban, la relación habría explotado por un lado o por otro. Era contra natura.

—Como contra natura es que yo siga dentro del armario a estas alturas de mi vida personal y profesional. Yo soy lo que soy. No creo que por asumir públicamente que soy gay, me vayan a dar menos papeles de *rompebragas*. Y si no me los dan, pues me darán otros. ¿O no?

—Claro que sí. No sabes lo bien que me va a venir esta entrevista, porque va a haber reestructuración de plantilla seguro. Y claro, cualquier ayuda para conservar el empleo es buena.

—Me alegro entonces de ayudarte.

Saco la grabadora que me compré en una página de internet china, una de esas en las que todo está baratísimo y los productos tardan un mes en llegar a tu casa. A mí me funciona y no me ha dado ningún problema. Miro a Carlos a los ojos y le pregunto si está dispuesto a empezar, que todavía le da tiempo a echarse atrás. Afortunadamente, está seguro de sus pasos y todo lo que me cuenta es jugosísimo. La verdad es que el tío es guapísimo, majísimo y listísimo. No me extraña que Esteban se haya enamorado de él. Me alegro por los dos. Espero que sean muy felices. Y lo digo desde el corazón. Es lo mejor que podía habernos pasado a los tres.

Además, es generoso, algo que no es muy fácil de encontrar en estos tiempos de crisis, porque me invita al café y todo. Justo antes de despedirme, le hago una última pregunta que no tiene nada que ver con lo que le interesa a *Metropolitan*.

—¿Seguís la familia sin saber nada de Clara?

—Absolutamente nada.

—¿Y no estáis preocupados?

—Pues, si te digo la verdad, al principio sí. Pero estoy seguro de que no le ha pasado nada malo. Ha sido su propia decisión, quizá esté buscando encontrarse a sí misma. Clara es... Clara. Y punto.

Me marchó del Pepe Botella hacia la redacción de *Metropolitan* con la desazón de seguir sin saber dónde está Clara y la misión incompleta de entregarle las cenizas de Aitor. Pero, por otro lado, estoy

entusiasmada. ¡Tengo no una exclusiva, sino LA exclusiva! No ha sido fruto de un arduo trabajo de investigación, pero... ¿quién hace trabajo realmente de investigación en la prensa del corazón? Sobre todo en los tiempos de internet. Lo único que importa es tener contactos que te cuenten cosas. ¿Y no es eso lo que he hecho yo?

Llego al palacete de Ayala y me dirijo rápidamente a mi mesa. Transcribo la entrevista lo más rápido que puedo y, enseguida, empiezo a darle forma. Las palabras, los argumentos y la manera de enfocar el texto me salen solos. No tardo ni hora y media en tenerlo todo listo. Después de repasarlo dos veces, le envío el reportaje a Loles Bazán.

No pasan ni veinte minutos cuando la tirana me hace una señal desde su despacho para que vaya a verla. No tengo miedo, como otras veces cuando la directora me ha hecho la misma señal. Esta vez sé que no es para echarme la bronca, seguro que es para felicitar me por salvar este número de la revista. En esta ocasión, yo tengo la sartén por el mango. Porque, sin mí, esta revista sería un desastre. Quién sabe si no soy yo quien asegura la sostenibilidad de la editorial.

¡Ehhhh...! Para el carro, Sol. No te vengas arriba. Sólo has conseguido una entrevista. Nada más. Y no es que hayas dado con la Preysler, Amancio Ortega o Mark Zuckerberg. Es sólo un actorzuelo que trae a las niñas locas y sale del armario. ¿Y qué? La gente ya no se escandaliza por nada.

Mi cabeza funciona a todo gas y aún me da tiempo a pensar otras dos hipótesis por lo menos en el camino de mi mesa al despacho de la Wintour.

Está muy seria mirando la pantalla de su ordenador con la mano apoyada en el mentón. Me indica con un leve movimiento de ojos que me siente... ¡Ay, madre, que esto no pinta bien! Tarda unos diez segundos en iniciar la conversación.

—¿Tú crees que esto realmente le interesa a alguien?

Todo el entusiasmo se me baja de un plumazo y siento como si me hubieran puesto una pinza de la ropa en la garganta para evitar que pase la saliva que trago sin parar. Me he quedado pálida. Seguro que se me nota. Muda. Sin palabras. Di algo, coño. ¡Defiende tu trabajo!

—Que es broma, mujer, menuda cara se te ha quedado —se burla Loles soltando una carcajada.

—¿Qué? —acierto a preguntar, desconcertada.

—No es la bomba, pero es la leche. Vamos, que creo que nos puede salvar el número. ¡Enhorabuena!

—¿Ya no me van a despedir?

—Yo, no. Pero ha entrado una empresa externa para hacer una auditoría y analizar cómo optimizar los recursos y eliminar los gastos innecesarios.

—Eso suena a despidos.

—No te puedo decir más.

Salgo del despacho sin saber muy bien si la entrevista a Carlos Sotelo sólo va a servir para alargar la agonía o si debo estar contenta por haber recibido la aprobación, sin insultos, de Loles Bazán.

Voy al baño y hago pis con todo el cuidado del mundo al limpiarme para que no me vuelva a ocurrir lo del papel higiénico. Al salir, me topo con Óscar.

—La semana que viene, ¿vale? —le suelto al jefe técnico sin dejarle emitir sonido—. Te lo prometo. En cuanto solucione unos problemas personales que tengo.

Sin esperar a que me conteste continúo hacia mi escritorio. Es hora de irme con el trabajo bien hecho.

—Lo estás petando. Eres una crack —me felicita Noelia Linares, la directora de la web.

—¿En serio?

—Sí, tu blog es el más leído de todos y el que más comentarios tiene. Debes de tener una vida muy interesante.

—Para nada. Mi vida es un caos.

—Entonces por eso triunfa. Sigue así. En lo que llevamos de mes, gracias al invento de los blogs, hemos subido el tráfico un montón, y sobre todo gracias al tuyo.

¿Dos felicitaciones seguidas? Esto no puede ser, seguro que va a pasar algo malo de aquí a diez minutos, así que antes de que ocurra, cojo mis bártulos y me largo. Mañana será otro día.

Cuando llego a casa, me encuentro a Inma chateando con el móvil, tumbada en el sofá en pijama y pantuflas, en vez de buscar trabajo, que es lo que realmente tendría que hacer si quiere dejar de ser una *okupa*. A mí no me viene mal que esté en casa, porque si no estuviera, quizá le daría más vueltas a la cabeza de las debidas, pero a veces echo de menos un poco de intimidad.

—Dime que estás metida en una aplicación de búsqueda de empleo, tipo LinkedIn.

—Qué va, estoy en Tinder.

—Inma, por tu madre, tienes que poner algo de tu parte si quieres cumplir las recomendaciones de Aitor.

—No, si no es por ligar. Y no te preocupes, que he estado trabajando todo el día intentando *hackear* la contraseña de Tinder de Clara.

—¿Y eso por qué?

—¿No recuerdas que en la boda nos dijeron que había quedado con alguien por Tinder antes de desaparecer?

—Sí... No sé cómo no se me ha ocurrido a mí.

—Pues porque no eres *hacker*. Yo, antes de trabajar en seguridad en el banco, hice mis pinitos. Se me tenía que haber ocurrido antes.

—¿Y lo has conseguido?

—Sí, acabo de quedar con él para esta misma noche.

—¿Con quién?

—Con el tipo con el que quedó Clara. Ella no se ha conectado a Tinder desde que chateó por última vez con él.

—¿Pero has quedado tú sola?

—No, vamos todas. Las tres. Es una despedida de soltero y lo de que vayan tres tías le ha parecido una idea genial. Genial para aumentar las posibilidades de follar, está claro.

Venía con la idea de darme un baño caliente con sales para relajarme después de todo el estrés vivido, pero la misión no está acabada. Tenemos que encontrar a Clara. Y tratándose de una despedida de soltero, igual ligo. Claro que tratándose de una despedida de soltero, es posible que estén todos casados o a punto de casarse. Está claro: es mi sino.

Ojalá estuviera Don Draper aquí para darse el baño conmigo.

Claro que seguro que se traería a su hijo. Al cerebritito de las narices.

Mejor me voy de despedida de soltero.

CAPÍTULO 15

Cuando estamos saliendo de casa, recibo una notificación del trabajo en el móvil. Mañana sábado, en el salón de actos de la compañía, nos convocan a toda la plantilla de la revista con el presidente del grupo. Esto no pinta nada bien. Sin duda se trata de algo grave. Pero tú, Sol, te vas de despedida de soltero. No te vas a liar mucho, ¿verdad? Porque mañana a las diez y media tienes que estar en el palacete de la calle Ayala con los oídos bien abiertos.

Llegamos a Serrano 41, una de las discotecas más pijas y famosas de Madrid, donde Daniel, el chico del Tinder de Clara, ha acudido con sus amigos a celebrar la despedida de soltero de uno de ellos. Un tal Arjona, que menuda cogorza tiene ya encima, no sé si para celebrar que se casa o para olvidar que se casa.

Es fácil identificar a los de la fiesta porque todos están bailando en medio de la pista con una máscara de lucha mexicana a modo de pasamontañas. Lo difícil es identificar a Daniel, precisamente por el mismo motivo, a pesar de que hemos visto algunas de sus fotos en la aplicación.

Se sabe perfectamente quién es el novio, el tal Arjona, porque, aparte de la borrachera, lleva una muñeca hinchable rubia adherida al cuerpo por la espalda. Digamos que se trata de un acólito que debe transportar toda la noche. Y el pobre, no sé si por el peso de la citada amiga o por el número de copas que lleva encima, casi no se tiene en pie.

Nada más llegar, Inma se dirige a uno de los enmascarados.

—¿Quién de vosotros es Daniel?

—Está en el baño —informa un tipo de casi dos metros, al que se le traba la lengua.

Mientras Inma habla con el Gasol, se me acerca uno bajito, más que yo. Parece nervioso, porque no para de moverse de un lado a otro y, a veces, da saltos como si se tratara de un saltimbanqui de circo. De repente, me grita en la oreja:

—¿Vosotros sois las *strippers*?

—¿Qué? —No es que no le haya oído por la música, sino que me ha dejado patidifusa, anonadada, estupefacta.

—Que si sois las *strippers*, las que os vais a desnudar para Arjona.

—¿De qué estás hablando? Nosotras hemos quedado aquí con vuestro amigo Daniel. Pero no hemos venido a desnudarnos. Eso vale mucho dinero.

—¿Cuánto?

—Eh, déjalas en paz, Pertur. Han venido porque he quedado yo con ellas. No las asustes. —Nos salva un chico de mediana estatura y el único que parece normal entre la flora y fauna que nos hemos

encontrado.

¿En serio ha dicho Pertur? ¿De Perturbado? Cómo debe de ser este tío para que sus propios amigos le llamen así. No querría encontrármelo por la calle a altas horas de la madrugada. Mi imaginación empieza, una vez más, a elucubrar y me veo a mí misma conociendo a un tipo, este en concreto, del que todavía no sé cómo es su cara, en el metro a las seis de la mañana en pleno invierno. Me parece simpático y, no sé por qué, le digo que si me acompaña a casa. Yo vivo en una colonia de chalés de esas que suele haber no muy lejos del centro de Madrid. Él va conmigo por las calles oscuras, apenas iluminadas por la tenue luz de unas farolas a media asta por los recortes en gastos de energía del ayuntamiento. Entonces, me da por preguntarle su nombre y él me dice: «Pertur, me llaman Pertur, de Perturbado». Ahí es cuando me acojono y huyo, y él me sigue corriendo hasta que me alcanza y me acorrala en una zona boscosa de la citada colonia de chalés... Ay, Dios, Sol, por favor, deja de rallarte. Será un mote cariñoso o, quién sabe, a lo mejor es su apellido.

—¿Cómo le has llamado? —pregunta Tomomi tan desconcertada como yo.

—Pertur. De Perturbado. Es su mote. Es un poco pesado cuando bebe, pero es inofensivo. Os lo prometo.

—¿Y tú eres...? —quiero saber yo.

—Yo soy Daniel —se identifica el muchacho, quitándose la máscara—. El que había quedado con Inma.

Daniel tiene un vozarrón de telediario, los labios carnosos y, cuando habla, se rasca la nuca todo el rato. Parece buena persona, no un tipo de esos que te van a violar en la primera esquina como su amigo. Bueno, eso es lo que me he imaginado yo, pero ya sabéis que la imaginación me rebosa por las orejas. Y no siempre para bien.

—¿Y tú les has dicho a tus amigos que éramos las *strippers*?

—¿Yo? Qué va. ¿Quién os ha dicho eso?

—El bajito, ese que has llamado Perturbado.

—Es que está fatal. Demasiadas copas. ¿Cómo os llamáis?

—Yo soy Inma, con la que chateaste —se presenta la rubia—. Ella es Sol. —Por mí—. Y la que está allí recogiendo la copa que ha tirado tu amigo el Pertur es Tomomi.

—Encantado. —Nos damos los protocolarios dos besos—. ¿Queréis tomar algo? ¿Jäger?

Intento decir que no, pero Inma, que se apunta a un bombardeo y a hacer salto base en los Pirineos si algún tío se lo propone, acepta encantada. Ya sé que Tomomi no va a beber, se ha puesto muy seria con el alcohol, pero yo no pongo la mano en el fuego por mí, sobre todo para aguantar a tipos como el Perturbado.

Daniel se dirige a la barra a por los chupitos de moda. Ahora todo el mundo bebe jäger. Mientras, me fijo en Tomomi. Algo le pasa. No es que hable tanto como yo o como Inma, pero no ha intervenido en ninguna conversación y anda como ausente. Se ha alejado del grupo y está sentada en un sillón, pensativa. Mirando el infinito.

—Oye, tía. ¿Qué le pasa a la chinita? —me pregunta el Pertur, de quien puedo adivinar suciedad en su mirada a través de la máscara de lucha mexicana.

—No es china, es mitad japonesa mitad francesa —le corrijo.

—Pues más morbo aún.

—¿Pero tú de qué vas? Además, está casada y tiene hijos. Eso le debe pasar, que los echa de menos. Que estará pensando qué hace aquí.

—Pues te lo digo yo, que quiere mambo. Y si está casada y con hijos, pues más morbo todavía.

—¡Eres un descerebrado!

Este tío da asco. Ahora me doy cuenta de lo que ya sospechaba, que lo de Perturbado es por algo. Tengo que hablar con Daniel como sea y, en cuanto consigamos la información que necesitamos, nos largamos de aquí. El resto de invitados no para de dar saltos como locos asustando a los que están alrededor. Sobre todo uno, que hace lo que ellos llaman el baile del muelle. Todo es muy absurdo. ¿Dónde está Daniel? Ah, ya lo veo, ahí viene con los chupitos. Inma se toma uno de un trago. Y luego otro. Ya veo el final de esta noche con la rubia en el baño con uno de estos pirados. Tengo que impedirlo. Yo también me tomo un jäger para coger fuerzas y terminar decentemente la noche.

Para lo que me da fuerzas es para acercarme a Daniel y decirle al oído que la siguiente me la tomo yo con él en la barra. Tengo que hablar de Clara. Me mira con ojos brillantes. Otro que piensa que ha pillado, pero, en mi caso, es sólo una estrategia periodística. Un método como otro cualquiera para conseguir información. Además, yo sólo le he dicho que quería hablar, nada más.

—¿De qué quieres hablar?

—De tus amigos. Son un poco peculiares, ¿no? Sobre todo el Pertur ese...

—Sí, están un poco tarados. Pero para salir de fiesta son muy divertidos.

—Si tú lo dices. Si se los presentaste a Clara, ahora entiendo por qué ella salió corriendo.

—¿A quién?

—A Clara. Mi amiga Clara. Ha desaparecido y, según hemos podido saber, tú eres la última persona con la que quedó por Tinder.

—¿Me estás acusando de algo? ¿Tengo que buscarme un abogado?

—No tienes cara de asesino. Aunque sí tienes un amigo con pinta de violador. Lo único que quiero es que nos ayudes a encontrarla.

—¿Clara...? Espera, voy a husmear en la aplicación a ver si me acuerdo de ella.

Mientras Daniel consulta su Tinder, me fijo en que la rubia lleva demasiado tiempo hablando con el enano perturbado y, poco después, se les une Arjona, el futuro hombre casado. ¿No irá a sucumbir también Inma con el tarado ese? Espera, que se quita la máscara. Pues no es feo el chico, a pesar de que esté desequilibrado. Pero, eso sí, principios morales no tiene muchos. Tengo un amigo muy alto que dice que todos los bajos son unos cabrones y pone como ejemplo a Franco o a Hitler. Yo no sé si el Perturbado será mala persona, pero lo que sí veo es la mano tonta de Inma, mi amiga adicta al sexo, a quien ya le tengo cogida la táctica. Cuando alguien le gusta, empieza poco a poco a manosearle. Ahora, por ejemplo, le ha cogido de la perilla. Y, después, de la nariz. Mucho sobeteo veo yo. Y Tomomi, ¿dónde está Tomomi? Qué rara está.

—Ah, Clara, ya sé quién es. ¡Menuda loca!

—¿Por qué dices eso?

—Estaba un poco *pallá*. Se empeñó en que hiciera con ella un curso de cocina vegetariana.

—Bueno, eso tampoco es tan raro, ¿no?

—Ya, pero nada más conocerme, me dijo que quedaba conmigo como último paso para conocerse a sí misma, que llevaba consigo algo así como... ¿Qué dijo? Ah, sí. Dijo que llevaba un pesado equipaje de

sombras.

—¿Y eso qué quiere decir?

—Ni puta idea.

—¿Qué fue lo último que supiste de ella?

—Que se había ido a vivir a un pueblo nudista, una especie de comuna instalada en un huerto ecológico o algo así.

—¿Te suena por dónde?

—En la sierra, creo que por Rascafría.

—Muchas gracias. Me has sido de gran ayuda, de verdad.

—¿Sí? ¿Lo suficiente para que quedes conmigo otro día sin la presencia de estos tarados?

Justo cuando Daniel me formula la pregunta, veo como Inma, que ha seguido hablando con el Perturbado y el novio, se dirige hacia el baño tocándose el culo. Les hace una señal para que le esperen y se encamina hacia un dispensador automático de preservativos que hay en un rincón. ¡Ay, no, otra vez no! Tengo que impedirlo. Por su propio bien. Creo que si vuelve a caer en los brazos de Eros, habrá igualado su número de amantes del mes pasado y entonces no podrá seguir con la terapia recomendada por Aitor. Rápidamente voy a hablar con el Pertur y el otro.

—Eh, vosotros, ¿qué vais a hacer con mi amiga Inma?

—Le hemos propuesto hacer un trío y ha dicho que encantada. Verás, va a ser flipante. Ha ido a comprar condones fosforescentes.

—¡De eso nada!

Cuando voy a decirles que no se aprovechen de una pobre enferma, aparece Inma sin el paquete de preservativos y les espeta a los dos salidos:

—Tíos, lo he pensado mejor y paso.

—¿Pero por qué? —le pregunta decepcionado el Perturbado.

—Porque no me apetece y punto.

—Pues mejor así. Si no, me iba a sentir culpable —se consuela Arjona.

—Eso no vale. Si has dicho que sí, no te puedes echar atrás —protesta el Pertur.

Pero Inma ya no le contesta. Me agarra del brazo y, tras avisar a Tomomi, que anda aún con la mirada perdida, nos largamos del tugurio de perversión.

De camino a casa, la oriental nos suelta lo que le ocurre. Resulta que ha tenido una discusión muy gorda con su marido a cuenta de sus idas y venidas con nosotras por el tema de las cenizas de Aitor. Y ha terminado por confesarle que sí, que un poco sí estaba enamorada del psicólogo. Total, que su contrario se ha ido de casa y se ha quedado ella sola con los niños. Hoy se los está cuidando una vecina. Así que va a aprovechar y se va a quedar a dormir en mi casa, porque sus hijos están constantemente haciéndole preguntas sobre su padre y ella no sabe qué contestar.

Estoy muy orgullosa de Inma. Hoy ha dicho no a una oportunidad sexual. Y encima doble. Este mes sigue habiéndose tirado a un tío menos que el anterior. Ha conseguido contenerse y eso, aunque parece un pequeño paso, es un gran avance para su recuperación. Por otro lado, estoy preocupada por Tomomi. La encuentro triste, como desubicada. Lo que sentía por Aitor era algo puramente platónico, como yo, y ha estado toda su vida, desde prácticamente los dieciocho años, únicamente con su marido. Se encuentra perdida, muy perdida, y esa es una sensación que comprendo perfectamente porque la he experimentado.

Nos conocemos desde hace tan poco y compartimos tantas cosas, aparte de haber estado enamoradas del mismo psicólogo, que es como si fuéramos amigas desde hace mucho más tiempo.

Seguimos teniendo un objetivo común, encontrar a Clara. Y el siguiente paso en la búsqueda es investigar si existe algún pueblo nudista en los alrededores de Rascafría, en la sierra norte de Madrid. Por cierto, menudo lugar para practicar el nudismo. En invierno, y sin necesidad de despelotarse, se te congela todo. No sé si me explico... Visto así, sería una buena terapia para Inma.

Y.. ¡bingo! No hay nada como internet. A treinta kilómetros de Rascafría se encuentra, ya cruzando a Segovia, Húecar del Rey, un pueblo que, según leemos en la web, ha sido comprado por un alemán aficionado al nudismo que ha instaurado allí una comunidad medio jipi. Todos andan en pelotas y son vegetarianos. Eso es porque no han probado jamón del bueno. Seguro.

Ya tenemos plan para el domingo: despelotarnos en el pueblo segoviano.

Pensar en desnudarme y venirme a la mente Luis Moreno es todo uno. No sé nada de él desde la boda y empieza a molestarme que no haya vuelto a intentar quedar conmigo. ¿Se habrá arreglado con su mujer?

Inma y Tomomi se han quedado en el sofá de abajo y yo me subo a mi habitación. Justo antes de acostarme, recibo un WhatsApp. ¿Será Luis Moreno? Pues no. Es un Moreno, pero no el padre, sino el hijo.

Guille Presidente: Hola, soy Guille. He pillado tu número del móvil de mi padre. No puedo dejar de pensar en ti.

Y yo no puedo dejar de pensar en su padre.

Va a ser verdad el axioma marxista (de don Groucho, no de don Karl) de que el verdadero amor sólo llega una vez en la vida, y luego no hay manera de quitárselo de encima.

A ver qué hacemos.

Buenas noches.

CAPÍTULO 16

Sábado por la mañana. Las nueve. Abro el ojo sin que suene el despertador. Santo cielo, ¿qué me está pasando? Eso sí, me despierto abrazada al móvil. No haría nada inconveniente ayer, ¿verdad? Inmediatamente, recuerdo el mensaje que me mandó el hijo de Luis. Ay, madre, ¿le llegué a contestar? Decido comprobarlo en la pantalla y... por fortuna no lo hice.

De repente, me salta una alerta. Reunión dentro de una hora en *Metropolitan*. Joder, lo había olvidado. Ya voy justa.

Me ducho y me seco el pelo a toda mecha. Me pinto la raya para disimular las ojeras. Estoy cada día más delgada. Demasiadas cosas en la cabeza. Me pongo un vestido de flores que me compré en Springfield por internet con un treinta por ciento de descuento, que no es por nada, pero me queda monísimo, y salgo a toda velocidad. Eso sí, tengo que saltar en el salón para esquivar a Tomomi e Inma que, no sé por qué, están dormidas en el suelo.

Allá voy sin intuir siquiera lo que quiere decirnos el presidente del grupo editorial. ¿Te imaginas que nos quisiera regalar un iPad a todos los empleados? Ja, qué ilusa soy.

Cuando llego al salón de actos, está a punto de comenzar la comparecencia. Mis compañeros están todos ya sentados, lógicamente elucubrando sobre el contenido de la reunión. A nadie se le escapan las palabras de Loles Bazán cuando dijo que si no se conseguían exclusivas, iba a haber despidos. Me siento al lado de Sara que, en vez de preocuparse por su trabajo, me pregunta si he vuelto a ver a Don Draper. La llegada del presidente me ayuda a evitar contestarle.

Don Arturo de Gándara, solo frente al atril, comienza su exposición:

—Buenos días a todos y disculpad que os hayamos hecho venir un sábado a la oficina, que sé que la mayoría deberíais estar en casa descansando. —Carraspea y se afloja un poco la corbata—. Hemos tenido que convocar esta reunión antes de tiempo por recomendación expresa de la empresa que nos está haciendo la auditoría. Y, lamentablemente, lo que os tengo que dar es una mala noticia. Como creo que ya sabéis todos, la revista *Metropolitan* no ha tenido sus mejores números económicos en el último año y vamos a tener que llevar a cabo un expediente de regulación de empleo.

Se produce un ¡ohhhhhh! soterrado y un masivo cruce de miradas aterradas. Miro a mi lado y Sara está leyendo el WhatsApp. Cómo se nota las que tienen el puesto de trabajo asegurado. Miro a los demás y las caras denotan la tensión que se ha apoderado de la mayoría.

—Tras darle muchas vueltas, el criterio elegido para seleccionar a los empleados que deben abandonar la empresa con una indemnización de veinte días por año trabajado es el de antigüedad. Todos aquellos que lleven menos de cinco años con nosotros tendrán que marcharse.

¿Cinco años? Ay, ¿yo cuánto tiempo llevo? Miro la fecha en el móvil: 29 de abril. Que no me da, que llevo exactamente cuatro años y once meses. Levanto la mano y hago una pregunta.

—¿No podrían esperar un mes más?

Se oye una carcajada generalizada.

—No, señorita. De ahí la premura. O lo hacemos ahora o tendremos que cerrar la revista.

Entonces levanta la mano Silvia Ilundain, la especialista en casa real y en preguntas sindicalistas. Pero yo ya sé que no hay vuelta atrás, que la decisión está tomada y que, con la reforma laboral de 2012 en la mano, no hay nada que hacer. Por sólo un mes. ¿Se puede tener más mala suerte? De nada ha servido la agotadora búsqueda de una exclusiva, la entrevista a Carlos Sotelo con su salida del armario pública o las horas sin dormir.

Por un mes, insisto, ¿se puede tener más mala suerte? Murphy, por favor, abandóname de una vez. Aléjate de mí. Bueno, Sol, a ver, míralo por el lado bueno. Al menos así tendrás tiempo de buscar a Clara, de cerrar ese capítulo de tu vida, y luego, por qué no, quién sabe si no intentar retomar tu sueño periodístico como narradora de los conflictos internacionales.

Deja de imaginar, tonta, y sé realista.

No me quiero quedar a la comida que ya están organizando mis compañeras de la redacción para planificar una huelga y evitar que salga la revista. No va a servir de nada. Lo sé. Por eso decido irme a dar un paseo por el Retiro y, quizá, de paso, pueda encontrarme a Don Draper. Ay, mi publicista, cuánto desearía hablar contigo en estos momentos.

Tras varias horas deambulando sin rumbo fijo, como boya sin amarra, y habiéndoseme olvidado comer, vuelvo a mi casa y cojo el coche.

Sábado por la tarde. Atasco en la A-1. ¿Pero es que ya no se respetan ni los sábados por la tarde? La culpa es del IKEA de San Sebastián de los Reyes. Precisamente la salida que tengo que tomar yo para ir al adosado de mi hermana. He quedado con ella porque esta noche emiten el programa de *Amor para toda la vida* en el que salen mis padres. Ay, madre. Pánico. Nerviosismo. Temor a las habladurías. Me entran escalofríos sólo de pensar que toda España o, al menos, una parte de ella va a penetrar en la intimidad de mis padres y de mi familia. Lo del ERE de la revista en estos momentos me parece *peccata minuta*...

Cuando llego, me abre MJ y, al verle la cara, noto enseguida que le pasa algo. Tiene los ojos hinchados, como de haber llorado. O eso o se ha pasado todo el día vomitando con un virus de los que te tienen veinticuatro horas hecha polvo.

—¿Estás bien? Tienes la cara como las famosas que salen en el *Cuore* sin maquillar. Monstruosa.

—Anda, pasa. —Ignora mi pregunta.

Entro con la mosca detrás de la oreja y elaboro diferentes hipótesis a toda velocidad. ¿Será por lo del programa? ¿Se habrá enterado de que papá y mamá han dicho algo en la grabación que no le ha gustado? ¿No se irán a separar? Ya, ya sé que soy muy pesada con el tema, pero cada uno tiene sus obsesiones. Ya lo tengo, ha sido el idiota, que sigue en sus trece de pasar de todo y practicar sus *hobbies*.

—¿Está el idiota? —MJ niega con la cabeza—. ¿Qué tenía hoy? ¿Fútbol? ¿Póker?

—Se ha ido de casa.

—¿Qué? ¿Pero qué ha pasado?

MJ me pide que me siente en el sofá del salón y comprueba que sus hijos están ya dormidos. O casi.

Porque Cayetana está viendo *Peppa Pig* en la tableta, muerta de sueño, pero sin querer cerrar los ojos. Mi hermana le quita el dispositivo tecnológico y la acuesta. Vuelve al salón.

—¡Venga, cuenta! —la apremio.

—A ver. Voy a empezar por el principio. ¿Te acuerdas de que a Rodrigo y a mí nos costó mucho tener hijos?

—Sí —asiento—. Como diez meses, ¿no?

—Bueno, en realidad fueron tres años. Lo que pasa es que no dijimos que lo estábamos buscando hasta mucho tiempo después. Y eso ralla. Afecta mucho a la cabeza. Nos hicimos pruebas por si alguno de los dos fuéramos estériles. Bueno, yo me las hice y salió que no lo era. Que podía quedarme embarazada. Pero Rodrigo no quería hacerse las pruebas.

—Muy típico de los cuñados que no quieren poner en duda su virilidad.

—El caso es que me las ingenié para que analizaran su semen sin que él se enterara.

—¿Cómo...? Esto..., mejor no pregunto, ¿verdad?

—Verdad. El caso es que era él el estéril.

—¿Cómo? ¿Pero qué estás diciendo? —No me lo puedo creer—. ¿Y Alonso y Cayetana?

—Espera... Yo no se lo podía decir a Rodrigo porque sabes que él no es alguien que pueda soportar eso. Una noche que se había ido a Barcelona a ver un partido del Madrid, salí con mis amigos de siempre por Malasaña y coincidí con Víctor Sastre.

—Ay, Dios...

—Bebí algo y le acabé confesando a Víctor, entre lágrimas, el problema que tenía. Él me insinuó que, si yo quería, podría embarazarme y, luego, desentenderse del bebé.

—Ay, ay, ay... No me digas que aceptaste...

—No sé exactamente qué pasó. Una cosa llevó a la otra y en mi inconsciencia pensé: «¿Por qué no?». Nos acabamos acostando esa misma noche y me quedé embarazada a la primera.

—¡No fastidies!

—Le dije a Víctor que no nos volveríamos a ver nunca más y que nadie sabría que ese bebé no era de Rodrigo. Él había conseguido lo que quería: un polvo conmigo. Y yo, una hija, Cayetana.

—Y entonces... ¿Alonso?

—Es que Rodrigo se empeñó en tener la parejita.

—Y claro, tuviste que acudir de nuevo a Víctor para que hiciera una obra de caridad contigo...

MJ asiente y en la geografía de su cara se refleja un inmenso sentimiento de culpabilidad.

—Y me volví a quedar embarazada, supongo que al tercer o cuarto polvo. Se ve que, cuando se trata de procrear, Víctor y yo somos ultracompatibles.

—¿Y no quedasteis en que se olvidaría de la paternidad?

—Sí, pero Víctor cambió de idea con el segundo hijo. No quiso desentenderse del asunto y se empeñó en ver a los niños todas las semanas.

—Pero no le habrás contado nada a Rodrigo, ¿verdad?

En este momento, mi hermana se pone a llorar. En estado histérico. Apenas le salen las palabras. ¿Pero cómo se le ocurre? Se supone que ella es la centrada, la civilizada, la que iba a ser una responsable madre de familia. Claro, la obsesión por tener hijos.

—¡Me... me...! —El llanto le impide hablar—. Me dejé el móvil en casa un día que estaba él y me

miró los mensajes con Víctor. Se lo he tenido que confesar todo.

—¿Y por eso se ha ido de casa?

Mi hermana asiente sin poder controlar las lágrimas. La abrazo. Ay, cabecita loca. Está claro que mi locura viene de familia. No hay más que ver a mi madre, a mi padre y a mi hermana, la templada. La abucheo lo más fuerte que puedo, como ella me abrazaba en el cole cuando los niños de mi clase se metían conmigo y me llamaban gafotas. ¿Sabéis qué? Que en parte me alegro, porque... ¿Tantos años soportando al idiota? Pero también, pobrecillo. Mira que enterarte a estas alturas de que tus hijos no son tus hijos. Eso es lo peor que se le puede decir a un cuñado por muy idiota, machista y egoísta que sea. Bueno, y a cualquiera.

—Entiendo que se haya enfadado, pero a lo mejor se lo piensa y comprende que todo lo hiciste por él.

—No lo va a comprender y no me va a perdonar nunca. Tú no sabes lo celoso y posesivo que es. Vale que se separe de mí, pero... ahora, ¿va a repudiar también a sus hijos?, porque de alguna forma son sus hijos, ¿no?

—No sé. Cualquiera sabe. Y si no te perdona, ¿qué? Tú lo hiciste por él y ya te he dicho mil veces que Rodrigo no te merecía. Es demasiado egoísta, machista y autocomplaciente.

—Ya, pero ahora qué hago yo sin él. ¿Eh? ¿Qué hago?

—Vivir. Mirar *p' adelante*. ¿No era eso lo que tú me decías después de lo de Esteban?

Mi hermana me vuelve a abrazar, justo en el momento en que la empalagosa sintonía de *Amor para toda la vida* en el televisor nos reclama la atención.

—Vamos a ver cómo ha quedado el programa y nos olvidamos un poco del tema de Rodrigo, ¿vale?

Aunque sé que no debo, que es peligroso y que las redes sociales están llenas de *trolls*, decido seguir el programa por Twitter a través del *hashtag* #AmorParaTodaLaVida1.

Tanto mi hermana como yo quedamos sorprendidas por la naturalidad y el desparpajo con los que mis padres hablan delante de las cámaras. Y no sólo nosotras, la mayoría de los comentarios sobre el programa y sobre ellos en Twitter son positivos. Se convierte en *trending topic* en poco tiempo. Todo el mundo está encantado con la gran relación que mantienen mis padres y les parece muy sano el hecho de que hubieran estado un tiempo teniendo relaciones al margen del matrimonio.

—¿Ves? —Le hago ver a mi hermana—. A lo mejor es hasta sano que tú hayas tenido los hijos con otro.

—Sí, anda, eso díselo tú a Rodrigo.

—A lo mejor ha sido una señal del destino, MJ. Quién sabe si la naturaleza es sabia y tú con quien tienes que estar es con Víctor Sastre...

—¿En serio? ¿Tú crees?

—Tú eres quien debe creerlo.

—Sabiendo lo que hemos descubierto de papá y mamá... —Evita responder a mi pregunta—... Y lo que yo te he confesado hoy, imagino que ahora no tendrás reparos con el publicista ese casado, ¿no?

—No te creas. Yo soy muy cabezota y fiel a mis principios.

Pero es verdad. Todo esto me hace replantearme muchas cosas. Primero, lo de mis padres, que ahora a la mayoría de la gente en Twitter le parece maravilloso y la forma en la que se ha mantenido sana su relación. Y luego lo de mi hermana, que está mal, vale, pero también tiene sus razones, ¿no creéis? ¿Su

mayor ilusión era ser madre y no iba a poder serlo por culpa del orgullo de su marido? Además, fue por no hacerle daño a él. Y, en mi caso, si lo intento con Luis, no hacemos daño a nadie. Según él, lo tiene hablado con su mujer, ¿no? En cualquier caso, el publicista debe haberse cansado de mí y se estará buscando a otra porque no he vuelto a saber nada de él. ¿Debería llamarle o esperar?

Termina el programa y ha quedado todo perfecto. No sólo por los comentarios en ciento cuarenta caracteres, sino porque no me he visto tan fea en mis fotos de adolescente como pensaba. Y hasta la publicidad que tanto mi padre como mi madre han metido de sus respectivos negocios y del de MJ ha quedado muy natural. Y, aparte de natural, efectiva, porque mi hermana ya está aumentando rápidamente el número de seguidores de su tienda en Twitter y hasta ha recibido dos o tres emails. Y, lo mejor de todo, no han dicho nada de Esteban.

—¿Quieres que me quede contigo esta noche?

—No te preocupes, vete a casa. ¿No habéis logrado encontrar a la tal Clara esa?

—Precisamente mañana vamos a una comuna nudista a ver si la encontramos. ¿Te apuntas?

—Me temo que no. Anda, vete a casa, que estaré bien. Y cuanto antes me acostumbre a la separación, mejor. Lo malo son los niños...

A las doce de la noche apenas hay tráfico de vuelta a Madrid por la A-1. Los que han ido desde Madrid al polígono comercial de San Sebastián de los Reyes ya han hecho sus compras y han vuelto.

Por el camino no paro de pensar en lo de mi hermana. ¡Qué fuerte! Y en Luis Moreno. ¿Por qué narices no me llama? Seguro que ya anda por ahí con alguna pelandrusca a la que no le importa ser la otra sin serlo. Aun así, a pesar de todo, me costaría mucho estar con él. ¿Qué haría Aitor en mi situación? No puedo saberlo. Sí, podría volver a imaginármelo, como cuando escribí el *post*, pero sería mentira y por eso no me serviría de nada.

Al llegar a casa, una idea me viene a la cabeza. Tecleo Aitor Alegría en Google. Aparecen noticias de un señor de Euskadi que juega a la pelota, de un dirigente local de Podemos de Barakaldo y algunas menciones a ponencias de Aitor, además de su web. Pero, de repente, encuentro algo que llama vivamente mi atención. Mi pobre psicólogo tenía un canal de Youtube. Entro y veo su último vídeo, cuyo título es: «Estoy enamorado, ¿voy a por todas o me quedo sin saber qué hubiera pasado?».

Pincho para verlo.

Aparece en el salón de su casa mirando a la cámara del ordenador como un *youtuber* más. Vamos, como si fuera mi padre hablando de pasos y marchas de Semana Santa.

Hola, amigos. Aquí estoy una vez más. Esta vez para hablaros de esas situaciones límite en las que nos pone la vida y en las que tenemos que tomar una decisión clave en nuestro devenir personal. Yo estoy atravesando ahora por uno de esos momentos. ¿Qué pasa cuando posees una vida asentada que no te gusta y tienes claro cómo querrías que fuera? ¿Debes abandonarlo todo e intentar ir a por ello? Yo se lo digo siempre a mis pacientes. Lo peor que hay en nuestra existencia es arrepentirse de lo que no has hecho. En mi caso, tengo claro que quiero volver a ver a una persona que fue muy importante en mi vida y a la que todavía no he olvidado. Y ya lo he decidido. Muy pronto voy a ir a buscarla. Como sea. Por mucho que me dé miedo romper con todo lo que tengo ahora. ¡Así que voy a por ello!

¡Es increíble! Aitor había decidido buscar a Clara. Miro la fecha en la que se publicó el vídeo y descubro conmocionada que fue sólo tres días antes de su trágica muerte.

Inmediatamente, miro hacia la mochila donde se encuentran guardadas las cenizas de Aitor. Tengo más claro que nunca que estamos haciendo bien buscando a Clara. Y lo vamos a conseguir, cueste lo que cueste. Empezando mañana por el pueblo ese nudista de Segovia.

Y, por otro lado, igual que Aitor, ya tengo claro que debo ir a por Don Draper. Si no doy el paso, no me lo perdonaré el resto de mi vida.

Decido mandarle un WhatsApp.

Sun: Hola, Luis. Que digo que sí, que quiero que me devuelvas esos pendientes. ¿Quedamos mañana por la noche a cenar?

El mensaje le ha llegado porque aparece el *double check*, pero aún no está en azul, por lo que todavía no lo ha leído.

Espero.

Sigo esperando.

¿Por qué coño no lee el mensaje?

Ay, que ya lo ha leído, que ya sale en azul.

Venga, contesta...

Pero... ¿por qué no me contesta?

Continúo esperando.

Ay, que por fin parece que va a contestar.

Escribe.

Sigue.

Continúa escribiendo.

¿Pero está redactando la Biblia o un discurso de un dictador latinoamericano...?

Hasta que por fin...

Luis: Lo siento, no puedo quedar contigo. Mi mujer y yo hemos decidido darnos una segunda oportunidad.

¡Anda, Sol, chúpate esa, menudo zasca!

Mi abuela Escolá contaba que un gusano perdió el culo al pasar por la vía del tren. Volvió a por el culo y perdió la cabeza. Moraleja: que un culo no te haga perder nunca la cabeza.

CAPÍTULO 17

¿Por qué? ¿Por qué he sido tan gilipollas? ¿Por qué he dejado pasar el tren? Si me hubiera decidido antes, si no hubiese tenido mis principios, si hubiera sabido lo de mis padres y lo de mi hermana cuando lo tenía que haber sabido, no habría perdido a mi Don Draper. Y digo bien, mío, porque tenía que ser para mí y no para su mujer. O, si no, ¿por qué se habían separado o medio separado antes? Eso es por algo, porque no va a funcionar, lo sé, porque sólo tienen un acuerdo económico, una coalición de intereses. ¿Cómo se puede basar una relación, supuestamente amorosa, en algo así?

Y lo peor de todo es que ha sucedido el día de mi cumpleaños. Sí, hoy. Con todo lo que tengo en la cabeza, lo había olvidado. Me lo ha recordado una llamada de mi madre a las ocho de la mañana. Y no, no lo voy a celebrar. No estoy yo para festolines, mucho menos después de las calabazas que me dio anoche Luis. Mis amigas de la facultad, entre ellas Ruth, me han acribillado a WhatsApps esta mañana, pero no he contestado a ninguno. Ya lo haré mañana, con más calma y mejor humor. Hasta me ha escrito Óscar, el mutante. Qué majo, el pobre. Me ha mandado una foto con el regalo que me ha comprado: unas entradas para el concierto de Bruce Springsteen en el Bernabéu. Le deben de haber costado un riñón, aunque dice que tiene contactos y le han salido tiradas. No sé si creérmelo. Tengo que ir. Quién sabe si no se muere Bruce y no hay otra oportunidad de verlo. No me va a pasar nada por quedar con Óscar. Igual sabe contar unos chistes estupendos. Qué pena doy, por favor. Me siento ruin.

Ay, qué mareo. Ay, que voy a echar la pota. ¡Ay, Chuso, por Dios, ten cuidado! ¡Deja lo de ser Fernando Alonso para otro día, tío!

Las curvas de la subida al puerto de Navafría me han hecho despertar de mis enfermizos pensamientos, de una vez más darle vueltas y vueltas a lo mismo, del comecocos que me tiene frita desde que anoche Luis contestara a mi WhatsApp y, horas más tarde, me diera cuenta de que justo había sido el día en que cumplía treinta años.

La furgoneta de Chuso, el primo de Esteban, es vieja, huele a marihuana y parece que se va a quedar en cada cuesta. ¿Que por qué voy con Chuso? Por qué vamos, mejor dicho. Porque estamos camino de Huécar del Rey y mi Toyota Aygo me ha dicho esta mañana que hasta luego Lucas, que él pasa de desnudos, que se queda en casa. Vamos, que no ha tosido siquiera el motor y mañana lo tengo que llevar al taller. Más problemas para una que se va a quedar en paro. Y Tomomi ha tenido la buena idea de llamar a Chuso, que alguna que otra vez le ha mandado un mensaje desde la boda de Esteban.

Con el último suspiro de *Lola*, así llama Chuso a su furgoneta en recuerdo de un polvo que echó dentro de ella con una chica llamada Lola, llegamos a la cima del puerto e iniciamos el descenso. Ya queda poco para llegar al pueblo nudista, que por eso hemos convencido a Chuso de que nos lleve. La

perspectiva de ver glándulas mamarias en todo su esplendor, o decadencia, quién sabe, y frondosos pubis al aire es algo a lo que no se ha podido negar.

Y precisamente eso es lo que a mí más me aterra. Sí, yo me he depilado, pero es que nunca he ido a una playa nudista. Soy demasiado pudorosa. Pero todo sea por Aitor.

Pasamos Navafría y, dos curvas más allá, un cartel con el dibujo de un tipo y una tipa desnudos nos indica que tenemos que girar a la derecha porque Huécar del Rey se encuentra a tres kilómetros.

Aparcamos a la entrada de la localidad y nos bajamos en silencio, mirándonos unos a otros. Vemos a un señor y a una señora de unos sesenta años paseando en pelota picada por el monte. Eso sí, llevan unas sandalias para no lastimarse los pies. Cuando vuelvo la mirada a Inma, Tomomi y Chuso, les veo desnudos como su madre los trajo al mundo. Pero no, se trata de una alucinación transitoria, una vez más, de mi exceso de imaginación. Observo cómo Chuso me está mirando. ¿Me estará viendo él también desnuda? Qué tontería, pero, por si acaso, me tapo con la mano derecha lo que puedo de mi pecho y con la izquierda la entrepierna.

—Bueno, pues habrá que despelotarse, ¿no? —se lanza Chuso, que ya se está quitando los pantalones—. ¡Venga!

—¿Pero ya? —pregunto sin dejar todavía de taparme la no desnudez con las dos manos—. Vamos a esperar un poco, ¿no?

—¿Esperar a qué? —me apremia Inma, que ya ha iniciado también la operación despelote—. Hemos venido a esto, ¿no?

—Yo creía que habíamos venido a buscar a Clara y no pensé que fuera necesario desnudarse —apunta Tomomi.

—Eso, a lo mejor no nos tenemos que desnudar —sugiero—. Podemos ir vestidos, que este es un país libre.

—Sí, claro, y que los nudistas nos miren con ojos asesinos. —Se enfada el rastas—. Yo estuve una vez en una playa nudista en Asturias y aparecieron dos *heavies* vestidos. ¿Sabes qué hicieron los nudistas? Les echaron los perros. ¿Quieres que te muerda un perro el culo mientras corres?

—No, querido, no. Está bien, me desnudo.

Desde luego, tengo mucho más pánico a los perros que a que la gente me vea desnuda. En realidad, tengo miedo a todo lo que posea pelos y se mueva, sea una tarántula, un pollito, un hámster o un perro. Cuanto más grande sea el can, más me asusta. Y hablando de grande... ¡Madre mía, qué tamaño tiene el pene de Chuso...! ¡Joder, con perdón, ni que fuera el de un negro de la NBA! Que no puedo dejar de mirarlo. Que mira que lo intento, pero se me va la vista. Es que es descomunal, vamos, un misil de largo alcance. Si eso está así flácido, no me quiero ni imaginar cómo será en pie de guerra. Mejor me concentro en desnudarme. Inma tampoco le quita ojo. Y Tomomi menos, aunque, eso sí, más disimuladamente.

Ya estoy como Dios me trajo al mundo. Bueno, Dios o mi madre, que cada uno opine según su religión o ateísmo. ¿Y ahora qué hago con la mochila que contiene la urna funeraria? ¿Me la cuelgo a la espalda o me la pongo por delante y así me tapo las tetas? Terminó decidiéndome por esta segunda opción. Eso sí, me pongo también las gafas de sol para preservar mi identidad en caso de que me encuentre a alguien conocido. Que nunca se sabe.

—Vaya tres jamelgas que estáis hechas —comenta Chuso sonriendo y mirándonos indisimuladamente

a las tres.

A la entrada del pueblo, una chica morena, delgada y con apenas pecho, nos obliga a dejar los teléfonos móviles. En palabras suyas, acabamos de llegar a un centro de comunión con la naturaleza y esta circunstancia hace que tanto la ropa como los *smartphones* perturben la paz del lugar. Podremos recogerlos cuando salgamos. Ahora entiendo por qué Clara, si es que verdaderamente se encuentra aquí, está ilocalizable para su familia.

Paseamos tranquilamente, es un decir, contemplando pechos femeninos con morfologías de todo tipo: desde el tamaño guinda, pasando por las peras hasta llegar a los amelonados. E igual ocurre con los penes: desde los invisibles a los morcillones, sin olvidar los curvados, que son la mayoría, hasta los erectos; eso sí, de veinte centímetros, ni uno. Y vellos púbicos desde los selváticos enrulados a los rasurados, pasando por los de diseño minimalista.

Y preguntando, preguntando, una señora de tetas tan grandes como su barriga nos indica que Clara se encuentra en una casa al final del pueblo, preparando comida vegetariana para la comunidad. Hacia allí nos dirigimos y, ¡por fin!, la encontramos. Ni fea ni guapa, ni gorda ni delgada, ni fría ni caliente, ni simpática ni desagradable.

Una más... Del montón... Pese a que recuerdo que Víctor Sastre dijo que era muy guapa...

A primera, segunda y tercera vista, nada explica la mitología que Aitor se había creado en torno a ella. Lo cual prueba que el amor es ciego, y por esta manifiesta minusvalía psicológica, los humanos tenemos tantos accidentes conduciendo nuestra vida sentimental.

—¡Clara! Eres Clara, ¿verdad? —reclamo su atención con un tono amable y conciliador.

—Sí, hola. ¿Sois nuevos en la comunidad?

—No, en realidad hemos venido buscándote a ti. Verás, somos amigas de Aitor. Aitor Alegría —le informa Tomomi.

Al oír el nombre de nuestro psicólogo, la mujer, cuya piel disimula perfectamente que le queda poco para los cuarenta, cambia el gesto y, por un instante, pierde la mirada en el infinito, como rememorando momentos olvidados.

—Vaya, Aitor... Hacía tiempo que nadie me hablaba de él.

—Verás, es que... tenemos... una mala noticia... —Ay, madre, que me cuesta un montón decírselo.

—Aitor ha muerto —le suelta Inma sin ningún tacto—. Un accidente... Atropellado por una malnacida.

Al escuchar las palabras de la rubia, Clara se queda en estado de *shock*. Durante varios segundos, no emite palabra alguna. Por un momento, cierra los ojos. No sé si porque los recuerdos acuden a su mente, porque está tratando de asimilar la mala noticia tan de repente o porque se pregunta para qué carajo hemos ido a contarle todo esto si ya no le importa lo más mínimo. De lo que no hay duda es de que le ha impactado la noticia, aunque parece intentar no exteriorizarlo demasiado.

—Vaya, lo siento. La verdad es que lo siento... Hace muchos años, en el instituto, tuvimos una relación..., una intensa relación, y de vez en cuando me he acordado de él... Alguien me dijo que trabajaba como psicólogo.

—Puedes llorar. Nosotras tres lo hemos hecho. Y mucho —le aconseja Tomomi.

—Y vosotras, ¿quiénes sois?

—Éramos sus pacientes. Y hemos traído algo de él para ti.

—Bueno, en realidad te lo hemos traído a él —le aclara Inma.

—¿Cómo que a él? —pregunta Clara desconcertada.

—Que... que... —A ver cómo se lo explico—... Que por circunstancias de la vida, que sería muy largo de contar, tenemos sus cenizas y pensamos que con quien deben estar es contigo.

—¿Cómo...? —La expresión de alucine de Clara es absolutamente indescriptible, y más para una juntaletras neófita como yo—. A ver, a ver... Pero... ¿por qué? ¿No tenía familia? ¿Mujer? ¿Hijos?

—Estaba casado, pero se estaba separando. Su mujer, voy a ser fina... ¡Su mujer es una guarra, una impresentable, una..., una...! —estalla la rubia.

—Unos días antes de su muerte, Aitor confesó en internet que pensaba buscarte para recuperar la historia de amor que tuvo contigo. Y también me lo dijo a mí.

Los ojos de Clara comienzan a humedecerse. Está claro que ella se había acordado de él mucho más de lo que nos ha dado a entender. ¿Quizá sigue enamorada? ¿Es posible que por el trauma que supuso su separación haya acabado en una comuna jipi, nudista y sin móvil? Tarda unos segundos en recomponerse y en poder emitir palabras.

—Vaya... No sé qué decir... La verdad es que es muy halagador. Yo, es cierto, estuve muy enamorada de Aitor cuando estudiábamos en el instituto. Luego, por circunstancias de la vida y tragedias familiares de él, acabamos dejándolo. Y sí, siempre lo he recordado con cariño. Pero si hubiera venido a buscarme, no sé qué habría pasado... Creo que no habría vuelto con él... He pasado un largo periodo de crisis personal. Y, por fin, he encontrado mi camino...

—¿Qué..., qué quieres decir, si no es indiscreción...? — me intereso.

—Ya no soy heterosexual... Soy lesbiana.

Las tres, y Chuso también, la miramos ojipláticas. Es decir, con los ojos más abiertos que los de un dibujo manga. Sobre todo, Inma. Por un momento pienso que menos mal que se ha muerto Aitor. Seguro que no hubiera podido soportarlo.

—Vaya... —Es lo único que acierto a decir—. Pues muy bien, ¿no...? —Ni me atrevo a mirar a mis compis.

—He mantenido muchas relaciones con hombres que no me han satisfecho y, al final, por cosas de la vida, tuve una historia con una mujer. Tampoco terminó de salir bien. Me asaltaron algunas dudas. Pero ya lo tengo claro... Me gustan las mujeres.

Si nuestro psicólogo hubiera llegado hasta donde nosotras y hubiera encontrado a Clara, no se habría puesto furioso. Quizá algo triste, pero tampoco. Al contrario, se habría alegrado de que hubiera encontrado su camino. Y, seguro, le habría dado muy buenos consejos para llevar a la plenitud su nueva identidad sexual.

Después de conocer a Clara y de que nos confiese su secreto o, mejor dicho, su reconversión, nos invita a la comida vegetariana que está preparando para varios miembros de la comunidad. A mí, si me quitan el jamón, no respondo, pero comer verduras sin proteínas animales un día de vez en cuando tampoco está mal. Conozco a muchos vegetarianos, inteligentes por supuesto, que hacen todo tipo de excepciones con el jamón ibérico. Si es extremeño, más.

Chuso, como no podía ser de otra manera, se ha traído algo de «material». No sé si para celebrar mi cumpleaños, para olvidar que he dejado pasar la opción de subirme al tren de Don Draper o para resistirme a la versión 3.0 que hoy comienzo, el caso es que acepto darle un par de caladas. El mareo y la

sensación de relax me invaden a partes iguales.

Al atardecer, a propuesta de la propia Clara, con la que estamos de acuerdo las tres, decidimos ir a un río cercano y esparcir sobre sus aguas las cenizas de Aitor. Según ella, esta comunión con la naturaleza hará que su alma, si es que existe, descanse en paz. A Chuso lo de las cenizas le da yuyu y decide esperarnos en el bar del pueblo.

Caminar por el monte con zapatillas deportivas y en pelotas es una sensación extraña, pero lo cierto es que, después de varias horas en Huécar del Rey, ya no me sorprende ver los genitales de los demás ni mi propia desnudez. Ni siquiera me siento desprotegida por si saliera algún animalillo del monte a nuestro encuentro. A ver si me voy a volver jipi. Eso sí, algo de rasca ya hace. Calculo que unos diecisiete o dieciocho grados, pero como no tengo móvil, no puedo comprobarlo. Conducidas por Clara, y después de subir una cuesta considerable que me vuelve a recordar mi bajo estado de forma, llegamos a un lugar paradisíaco. El río baja por la montaña y, al encontrarse a su paso con rocas que articulan escalones, se transforma en una ruidosa y espumosa cascada que, un poco más abajo, se remansa en una especie de poza de agua cristalina. Dan ganas de sumergirse, pero al estar todavía en mayo, aunque sea un día de calor, el agua debe de estar congelada.

El lugar transmite una paz infinita... Y la calada que le he dado al peta de Chuso, también. Me encantaría quedarme aquí más tiempo, pero la cercanía de la noche y el biruji que empiezo a sentir, sobre todo en mi entrepierna, me recuerdan que hemos venido a despedir a Aitor y que nos demos prisa. Tomomi propone que cada una de nosotras cuatro digamos unas palabras justo antes de esparcir las cenizas. Una oración fúnebre a nuestra manera.

La primera en hablar es Inma.

—Aitor, gracias a ti he conseguido en este mes de abril acostarme con un hombre menos que en marzo. Y ahora sé que esta es una progresión que no va a parar. Ya no me satisface tener sexo y he pensado en cortar por lo sano. Para siempre. O, al menos, durante una temporada hasta encontrar a alguien que merezca la pena. Y lo que más te tengo que agradecer es haber encontrado a amigas como Tomomi y Sol. Gracias. Sé que en este lugar tan maravilloso vas a descansar en paz.

Al terminar Inma, le veo un rostro mucho más relajado que nunca, como si se hubiera quitado un peso de encima. Es el turno de Tomomi.

—Aitor, yo sigo obsesionada por la limpieza y el orden. Si no, no sería yo. Y lo sabes. Hasta tal punto que ha acabado con mi matrimonio. Pero creo que, en los últimos días, gracias a ti o por ti, estoy mucho menos obsesiva. He descubierto que me encanta fumar porros, sólo de vez en cuando y en momentos ocasionales. Y estoy aquí desnuda, despidiéndome de ti. Creo que con eso lo he dicho todo. Te voy a echar de menos. Un beso.

Siempre negaré haber dicho o pensado esto, sobre todo ante la policía y cualquier miembro del Plan Nacional sobre Drogas, pero creo que a Tomomi le sienta bien el cannabis. Si lo tomara como medicación, seguro que sanaría del todo.

Me toca.

—Aitor, me voy a quedar en paro y sé que mi vida sentimental es un caos, pero, al menos, tengo claro que, cuando quiera algo, tengo que ir a por ello con todas mis fuerzas y caiga quien caiga. Incluso si caigo yo. Y, lo más importante, sé que aunque te hayas muerto, aunque descanses en esta maravillosa poza, tus consejos siempre me ayudarán a dejar la puerta de la jaula abierta para que el pajarito igual que

entre, salga. Un beso de los grandes.

Por último, las palabras de Clara.

—Te quise... Te amé locamente... Y siempre te he recordado con cariño. Ahora he encontrado otro camino y eso, aunque no lo creas, ha sido gracias a tus consejos y a tus palabras cuando estábamos juntos. Yo sabía que te ibas a dedicar a ayudar a los demás. Hasta siempre, Pitu... Hasta siempre...

¿Pitu...? Debía de ser un apodo cariñoso con el que Clara se dirigía a Aitor cuando estaban juntos.

Ha llegado el momento. Clara es la encargada de abrir la urna y verter sobre el agua las cenizas que, poco a poco, bamboleadas por un ligero viento, van posándose y alejándose por la corriente. Las cuatro, embobadas, nos quedamos mirando el remanso del río.

Adiós, Aitor, adiós...

Por fin, nuestra misión ha terminado.

De vuelta al casco urbano, como ha refrescado, no está mal visto ponerse algo de ropa. En un bar encontramos a Chuso, que prefiere seguir con su descomunal pene al aire. Se está tomando un mojito preparado por un camarero barbudo y con *piercings*. Todas, menos Tomomi, nos apuntamos a tomar uno.

Qué rico está. Qué bien me cae. Por un momento, me siento como si estuviera en una isla del Caribe sin ningún tipo de preocupaciones. Totalmente liberada por haber cumplido la misión de encontrar a Clara y entregarle las cenizas, por haberlas esparcido por el río, por tener la seguridad de que Aitor va a descansar en paz y por no importarme en este momento haber perdido el curro y el amor. Hasta, por efecto del mojito sin duda, me planteo mudarme aquí y pasarme al nudismo como Clara. Y lo pienso como si estuviera totalmente convencida. Y planeo cómo se lo voy a decir a mis padres: «Mamá, que me he hecho nudista y me voy a una comuna jipi. Y no me llames loca y liberal, que tú casi llegaste a hacer intercambio de parejas».

Y me prometo a mí misma dejar el jamón ibérico y abrazar la filosofía vegana. Si hasta tengo una sonrisa tonta. Entre las caladas de antes y el mojito, como que me encuentro a mí misma divertida. Miro a Tomomi que está hablando junto a la barra con Chuso. Ay, Chuso, qué pene tienes. El rastas le dice algo al oído a Tomomi y se marchan del bar. Huy, huy, huy, aquí va a haber algo más que porros.

Intento buscar la mirada cómplice de Inma a la desaparición de nuestra amiga y no la encuentro porque... ¡Ay, Dios mío...! ¡Ay, Dios mío...! ¡Ay, Dios mío! La rubia se está besando con Clara. Sí, con Clara. ¿La devoradora de hombres probando las mieles del lesbianismo? Es verdad que ha prometido la abstinencia sexual con tíos, pero no ha dicho nada de féminas. A ver si se va a estar reinventando. También ha dicho que lo del sexo lo dejaba hasta encontrar algo que merezca la pena. Qué rápido lo ha encontrado, coño, y yo, por mucho que busco, me encuentro más sola que la una.

Me doy cuenta de que el camarero barbudo me mira con ojos golosos. Lascivos, diría yo. Pero no, no me apetece. Así no. Quizá debería reinventarme yo también. Pero qué tonterías dices, Sol. Anda, bebe. De un trago me acabo el mojito.

Y decido largarme de allí. Es hora de irme a casa. Recupero mi móvil. Pero... ¿cómo vuelvo? Las llaves de la furgoneta de Chuso las tiene él y no es plan de entrar en este momento a pedírselas. Y a este lugar apartado del mundo no llegan autobuses a las once y media de la noche. Pues me voy andando.

Aquí estoy, caminando por una carretera desierta y a oscuras. No veo casi nada, aunque menos mal que hay luna llena. Ya está, ya ha terminado todo. Mi historia con Don Draper murió antes de comenzar. Se acabaron también mi trabajo y la aventura de las cenizas. Y, por finalizar, hasta se me ha ido de la

cabeza esa loca idea de volverme jipi y nudista.

¿Y ahora, qué coño hago yo con mi vida?

Vuelvo a acordarme de que hoy es mi cumpleaños. Al menos hasta las doce de la noche. En el móvil se agolpan muchos mensajes. Infinitos. Pero sigo sin querer leer ninguno. Ya contestaré mañana. Bastante tengo con que me aguante la batería. A ver si llego a una carretera con coches y alguien me recoge para llevarme a Madrid. Una media hora más tarde, diviso unas luces a lo lejos. Es un coche. Me siento como cuando un náufrago en una isla desierta ve pasar un avión y empieza a hacer señales. Enciendo la pantalla del móvil para que me vean y empiezo a mover los brazos. Le grito: «¡Aquí! ¡Aquí! ¡Por Dios!». ¿Qué hago? ¿Enseño la pierna por si funciona? Total, llevo todo el día enseñándolo todo. Ya qué más me da.

El coche se detiene. Me dirijo hacia el asiento del conductor para preguntarle adónde se dirige y... ¡Ay, madre! ¡Ay, que me va a dar un soponcio! ¡Ay, que no puede ser! ¡Ay, que me va a entrar un yuyu! Si es que no puedo fumar porros y beber mojitos. Luego entro en alucinaciones y...

—¿Estás bien? —me pregunta Luis Moreno, alias Don Draper.

—¿Qué..., qué haces tú aquí?

—Buscarte.

—¿Buscarme a mí? ¿Pero tú no decías que habías vuelto con tu mujer? ¿Que os ibais a dar una segunda oportunidad?

—¿Yo? Yo no te he podido decir eso nunca.

—¿Cómo que no? Mira. —Le enseño los WhatsApps que me envió.

Los lee y queda estupefacto de toda estupefacción.

—Yo no he escrito esto. Habrá sido mi hijo Guille, que quiere que vuelva con su madre o que, por no sé qué motivo, no quiere que esté contigo. Y luego me los ha borrado del móvil.

—¡A tu hijo Guille, o lo matas tú o lo mato yo! Por cierto, ¿cómo narices sabías que yo estaba aquí?

Luis me enseña una aplicación de mapa en su móvil.

—¿Ves este puntito rojo en el móvil?

—Sí.

—Pues ese puntito rojo eres tú.

—¿Me tenías geolocalizada? —le pregunto queriendo parecer indignada.

—Correcto. Activé el geolocalizador en tu móvil en la boda de tu ex sin que te dieras cuenta. Sólo quería hacerme el contradizo contigo para devolverte los pendientes. Pero antes quería solucionar una cosa. Y es lo que he venido a decirte. Que me voy a separar de mi mujer definitivamente y a todos los efectos. Espero que no te haya molestado lo del geolocalizador.

—Pues, la verdad, no. Estoy encantada. Sobre todo si vienes a decirme que has dejado a tu mujer para quedarte conmigo. En otras circunstancias, sí que pensaría que eres un posesivo, celoso o controlador. Pero si no me hubieras geolocalizado, podría haber muerto de inanición o hipotermia aquí a la intemperie.

—¿Soy tu salvador entonces?

—Sólo si me desgeolocalizas en este momento.

—Eso está hecho. ¿Quieres subir al coche?

—Sí, pero sólo... Sólo si es para hacer el amor —le suelto de la manera más directa que puedo porque de esta no se me escapa, seguro.

Y aquí, en medio del monte, metidos en un BMW azul, coche incómodo donde los haya para estos menesteres, Don Draper y yo echamos el mejor polvo de mi historia sexual. Como si tuviéramos dieciocho años y nos hubiéramos ido a la Ciudad Universitaria a las cuatro de la mañana en un Renault Clío. Y esta vez sin cortes en las ingles. Me había depilado porque sabía que venía a un pueblo nudista. Tampoco me confundo de nombre al gritar en el orgasmo. Bueno, sí, se me escapa lo de Don Draper. Al principio se mosquea, pero cuando cae en la cuenta, se siente halagado. Y no, no lo hacemos una única vez. Hasta en tres ocasiones llegamos a la cima del paraíso. Y no es un farol machista, que lo sepáis.

Mucho me tengo que contener para no decirle las fatídicas palabras que pueden arruinar una relación que recién comienza: te quiero. No, no se las digo, pero las pienso. Porque, otra cosa no, pero yo soy muy de lanzarme a la piscina sin flotador y sin saber nadar.

Definitivamente, ha sido el mejor cumpleaños de mi vida.

CAPÍTULO 18

Han pasado tres meses desde el día que pisé los treinta años, el que ahora recuerdo como el mejor cumpleaños de mi vida. Ya había puesto patas arriba mi vida un mes antes, pero aquella explosión orgásmica fue como el final de una comedia romántica de esas que tanto me gustan. Y la protagonista era yo. Bueno, no, aquello no fue el final, resultó ser el principio de algo maravilloso. Después de aquella noche en su BMW azul, no sé si yo, él o los dos nos volvimos locos.

Luis puso en marcha un divorcio exprés de esos en los que en tres meses los miembros de una pareja se sacuden el pesado yugo del vínculo matrimonial cuando las cosas no van bien. Afortunadamente, su mujer, aunque al principio se sintió humillada, no puso ningún problema y todo se ha desarrollado por cauces sorprendentemente normales.

¿Que por qué digo que nos volvimos locos?

En estos momentos me hallo ataviada con un vestido blanco, corto, de Carolina Herrera, en un *bungalow* de una playa de Cádiz llamada Zahora. Obviamente, el vestido me lo he podido permitir gracias a Luis. Yo me habría comprado uno de Zara, como mucho. Al otro lado de la puerta me está esperando mi padre uniformado con un traje color gris plata, con un transistor en el bolsillo y uno de sus auriculares colocado en la oreja. Está escuchando un partido de pretemporada del Real Madrid, el debut de no sé qué nuevo fichaje que han hecho. ¿Es que no podía olvidarse de su Madrid ni en la boda de su hija?

He dicho boda, sí, habéis oído bien. Me caso. Nos casamos, mejor dicho, que ahora tendremos que hablar siempre en la primera persona del plural, supongo. Ya sé que os estáis preguntando cómo se ha podido divorciar Luis y arreglar los papeles de la boda en tan poco tiempo. Os cuento un secreto. Luis sí que ha conseguido divorciarse ya, pero lo de los papeles ha sido otro cantar. Pero yo me quería casar en la playa y en agosto, así que lo de hoy es una especie de paripé, que a nivel legal no tiene ningún valor. Chsssssst, que no se entere nadie. Ya nos casaremos legalmente cuando esté todo listo en los juzgados de Madrid.

Ya es la hora. Las nueve. La misma a la que he quedado con Luis en que iba a salir del *bungalow* con destino a la arena de la playa, donde los responsables del Sajorami Beach, el hotel en el que hemos decidido organizar la boda, han colocado unas sillas y un atril. Sí, ahí, en medio de la arena. Y tengo que salir a esta hora para que el final de la celebración coincida con los minutos justos de la puesta de sol.

Salgo del *bungalow* y, cuando voy a reñir a mi padre porque está escuchando el fútbol, me ve y, disimuladamente, se quita el auricular y lo guarda en su bolsillo. Mantengo la mirada asesina y él comprende perfectamente que tiene que sacar el transistor de donde lo tiene guardado y tirarlo al césped.

Entonces sí le doy mi aprobación.

Camino del brazo de mi padre por los jardines del hotel y tres minutos después piso la arena de la playa. Allí, de pie, esperándome, veo a Luis, mucho más guapo que cuando lo conocí en la fiesta de los directores de cine gays, en el pisazo de Alonso Martínez. Viste un elegante traje de lino color crema con camisa blanca y una pajarita azul cielo abrialeño, que ahora están muy de moda. Me mira con los ojos brillantes y percibo, casi físicamente, que soy amada. Muy amada.

Camino por entre la gente y puedo ver a todos los que han venido a mi boda.

Mi madre, que por mucho que se ha empeñado, no la he dejado traer ningún gato.

Mi hermana, que ha venido con sus hijos y con Víctor Sastre, con el que ha iniciado una relación permanente y está la mar de contenta. El idiota ya es pasado.

Esteban y Carlos Sotelo, que nos han devuelto la visita que les hicimos en su boda. Espero que no terminen en la nuestra igual que nosotros terminamos en la suya.

Tomomi ha venido sola con los niños. Aunque con Chuso inició una relación basada en los porros y, supongo, en el descomunal pene del rastas, después aquello murió rápidamente por culpa de una francesa. Pero Tomomi está feliz, ha aprendido a estar sola, y luego se va a quedar unos días con sus hijos en la playa de Bolonia, donde los ha apuntado a un curso de surf. Y, dentro de quince días, va a participar en el rodaje de un spot publicitario de la agencia de Luis. Ese que le prometió en su momento.

Inma está con Clara, ya que se ha convertido definitivamente al lesbianismo. O mejor dicho, a la bisexualidad, ya que, según ella dice, ahora se enamora de las personas, no de hombres o mujeres.

También está Oscar. El pobre. Al final fui al concierto de Bruce Springsteen con él y la verdad es que es un tío majísimo. Le expliqué que me había enamorado de Luis y que me iba a casar y lo asumió con mucha deportividad. Si es que es más majo... Seguro que encuentra a una chica que lo quiera como se merece.

También están mis amigas de la facultad, las de San Agustín, como Ruth, y algunos de *Metropolitan*, que ya os contaré lo de *Metropolitan*, que hoy es el momento de disfrutar.

De hecho, no podía ser de otra manera, está aquí Sara, la diseñadora, que gracias a ella comenzó mi historia con Luis. Por eso va a ser la encargada de pronunciar unas palabras antes de que un concejal de Barbate nos convierta en marido y mujer. De mentirijilla, ya lo sé, pero no digáis nada.

Otro que anda por aquí, no podía faltar, es Guille. El cerebritito, desde que Luis y yo oficializamos nuestra relación, no me ha vuelto a mandar mensajes intentando ligar conmigo, pero me sigue mirando el escote. Ha querido venir a la boda con esmoquin, ya que, según dice, hay que ir elegante a todas partes, aunque sea a una boda jipi en la playa.

Y además de todos los reseñados y los invitados de la parte de Luis, pulula una serie de espontáneos en bañador mostrando lorzos y barrigas sin complejos. Han venido a pasar el sábado a la playa y se han encontrado con un bodorrio nada convencional. Y como en España somos muy de mirar y cotillear, pues ahí tenemos a algunos de ellos en primera fila, balón azul de Nivea incluido.

Todo te da igual cuando le vas a dar el sí quiero al hombre de tu vida. Todo es maravilloso. Hasta la marcha nupcial rasgada, juraría que sale de un vinilo pleistocénico, que tosen los bafles negros de casi dos metros que flanquean la mesa nupcial.

Llego hasta donde está Luis con una sonrisa de tonta que no me aguanto ni yo y comienza la ceremonia con las palabras de Sara.

—¿Sabéis aquellos jefes que se creen que la mejor manera de demostrar la autoridad es dando voces e insultando? Pues un día, el centro de las iras de nuestra jefa fue Sol. Y yo pensé que la mejor manera de quitarse el estrés y el mal rollo de encima era invitarla a una fiesta. Yo conocía a Luis por otras fiestas y por su amistad con mi marido, y al segundo de ver a Sol, se acercó y me preguntó por ella. Inmediatamente supe que ella se iba a enamorar de él. Vamos, que me habría enamorado yo si no tuviera ya lo mío. Y no me equivoqué. Aunque los comienzos fueran un poco accidentados, ¿verdad, preciosa? —Me guiña un ojo—. Os deseo que seáis muy felices, porque los dos sois grandes personas y lo merecéis.

Después de las palabras de Sara, es el turno de mi hermana. Desdobla un papel y se acerca al lugar donde está colocado el micrófono. Le tiembla la mano con la que sostiene su discurso.

—Querida Sol... —Comienzan a humedecerse los ojos—. Me acuerdo del día en que naciste. Yo quería una hermanita y papá y mamá me concedieron ese deseo. He estado toda la vida riéndote y dándote consejos y, al final, tú eres la que me ha dado lecciones a mí. Primero, por cómo te comportaste al querer cumplir el último deseo de tu psicólogo y entregarle las cenizas a Clara, aquí presente. Y, segundo, porque si no fuera por ti, nunca habría decidido intentarlo con Víctor, que ahora es el gran amor de mi vida. Pero la protagonista hoy eres tú. Luis, cuídamela, que siempre ha sido, es y será mi hermana pequeña. —Finaliza con una amplia sonrisa—. Si algún día le haces daño, juro por la maravillosa puesta de sol que vamos a vivir que te mato.

¿Por qué lloro...? Que es mi propia boda, que yo soy la protagonista. Ay, es que mi hermana nunca me había dicho unas palabras tan bonitas. Ella llora también. Vaya dos tontas. Me guiña un ojo. Quiero a mi hermana, es la mejor del mundo.

Llega el momento de la verdad, el del sí quiero, el de unirte para siempre a una persona, en la salud y en la enfermedad, en la riqueza y en la pobreza, todos los días de mi vida. Aunque eso a estas alturas nunca se sabe, pero hoy por hoy yo creo que sí. Sí, quiero. Sí, quiero. Sí, quiero y mil veces sí quiero. A Luis le cuesta un poco meterme el anillo, se le atasca. Claro, está nervioso, como yo. Porque me quiere. Y ya estamos casados y nos besamos y todo es maravilloso.

—¿Sabes que el amor lo inventó gente de la publicidad, como yo, para vender mucho más el día de San Valentín? —me suelta Luis para provocarme justo después de besarme.

—¿Sabes que eres un poco tontorrón?

—Sí, claro. El amor nubla la razón, entontece un poco. Esto explica que una mujer cuajada de complejos como tú sea la persona más maravillosa del mundo para mí.

Lo hemos cuadrado, es la hora justa de la puesta de sol. Todo el mundo aplaude y soy la protagonista de mi propia película.

Antes de las fotos en la playa, todos los invitados vienen a darnos la enhorabuena. Inma me entrega un sobre. Yo me empeño en que no es el momento de darme el regalo, pero ella insiste. Lo abro y encuentro dos mil euros dentro.

—Hija, creo que te has pasado.

—No. No me he pasado. Este dinero es tuyo...

—¿Por...?

—Fui yo quien secuestró las cenizas...

—¿Cómo?

—Necesitaba dinero porque iban a desahuciarme y estaba desesperada. En ese momento no sabía que te ibas a convertir en una de mis mejores amigas. Lo siento. Lo siento mucho.

Tengo que decir en estos momentos, aunque un pelín indignada, eso sí, que el secuestro de la urna crematoria fue una faena. Lo pasé mal, muy mal, pero el hecho de que Inma me la jugara en su momento no me importa nada.

—No te preocupes, Inma. Eso es agua pasada.

La abrazo y ella se pone a llorar, emocionada. Clara también me felicita. Al igual que Guille, quien me da un abrazo muy fuerte.

—¿Sabes qué? Me alegro de que te hayas casado con mi padre porque así podré verte casi todos los días.

Ay, Dios, qué miedo da este niño. Lo voy a tener a mi lado el resto de mi vida. Tendré que acostumbrarme y, por supuesto, controlarlo.

Nos vamos hacia el cóctel cuando mi madre se me acerca muy emocionada, llorando de alegría.

—Mamá, ya sé que si se casa tu hija pequeña es motivo de emoción, pero contrólate un poco — bromeo con ella.

—No, si no es sólo por la boda, hija, que también, es que además acabo de ver en el móvil que me han enviado un email Mediaset, los de Telecinco. Nos van a hacer una oferta a tu padre y a mí para ir a *Supervivientes*.

—¿Qué?

—¿Tú sabes la de cuadros que puedo vender yo gracias a eso y la de seguidores que va a ganar tu padre en la tele esa por internet?

Dios mío. Tierra, trágame, por favor. Ay, que no, que es mi boda. No, no me tragues. Qué más da si mis padres van a hacerse aún más famosos en toda España. No creo que haya nada que no hayan contado ya. Así que yo, a lo mío. A mi historia de amor. Vamos al cóctel.

Son las... nueve y cincuenta.

Comenzamos a cenar a las once y cincuenta y seis.

Justo la hora en la que Tomomi termina de ordenar los platos, los vasos, las servilletas y los cubiertos de los ciento noventa y dos comensales.

CIERRO EL BLOG

Este es mi último post en el blog de Metropolitan.

Se ha descubierto que Loles Bazán, la directora de esta revista, pasaba gastos personales difíciles de justificar (viajes, joyas, restaurantes, tratamientos de belleza) a la cuenta de la empresa. Por lo tanto, ha sido fulminantemente cesada de su cargo.

Y eso a pesar de que gracias a la entrevista a Carlos Sotelo, en la que confesó su bisexualidad y su reciente boda, las ventas de la revista aumentaron y se consiguió evitar el ERE que el grupo editorial estaba a punto de poner en marcha.

La antigua redactora jefe ha pasado a directora y a una servidora le han ofrecido su puesto. Es decir, pasaría a ser jefa.

Tras dudar mucho, he decidido rechazarlo. Y no sólo eso, sino que abandono Metropolitan.

Resulta que a mi marido le han ofrecido ser socio de una agencia de publicidad en Estados Unidos y nos mudamos los dos a Nueva York. Bueno, los dos y su hijo Guille, que vendrá durante las vacaciones del colegio, y con el que poco a poco me he ido llevando mejor. Ahora hasta analizamos juntos las posibilidades electorales de los distintos partidos. De hecho, se ha convertido en mi mejor consejero, pues en muchos campos es más maduro que su propio padre.

¿Qué voy a hacer en Nueva York?

Dedicar los siguientes nueve meses a que mi embarazo vaya estupendamente. ¡Sí, voy a ser madre de un niño o una niña estadounidense! ¡Qué emocionada estoy! Y voy a entrar de lleno, bueno, ya he entrado, a manejar términos como diabetes

gestacional, sacaleches, ácido fólico u oxitocina.

Y mientras llega el bebé, voy a aprovechar para escribir la que será mi primera novela. Una importante editorial, basándose en los textos y el éxito de este blog, me la ha encargado. Ya tiene un romántico título, a ver qué os parece...

EL AMOR NO ES UN INVENTO DE LOS POETAS

El amor NO es un invento de los poetas

Rita Nixon

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con Cedro a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© del diseño de la portada, Planeta Arte & Diseño, 2016

© de la imagen de la portada, © Dani Jiménez, 2016

© Mediaset España Comunicación, S.A., 2016

© Rita Nixon, 2016

© Ediciones Planeta Madrid, S. A., 2016

Ediciones Martínez Roca es un sello editorial de Ediciones Planeta Madrid, S. A.

C/ Josefa Valcárcel, 42. 28027 Madrid

www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): septiembre de 2016

ISBN: 978-84-270-4294-0 (epub)

Conversión a libro electrónico: Àtona - Víctor Iguaul, S.L.

www.victorigual.com

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!

EN
FEMENINO



¡Síguenos en redes sociales!

